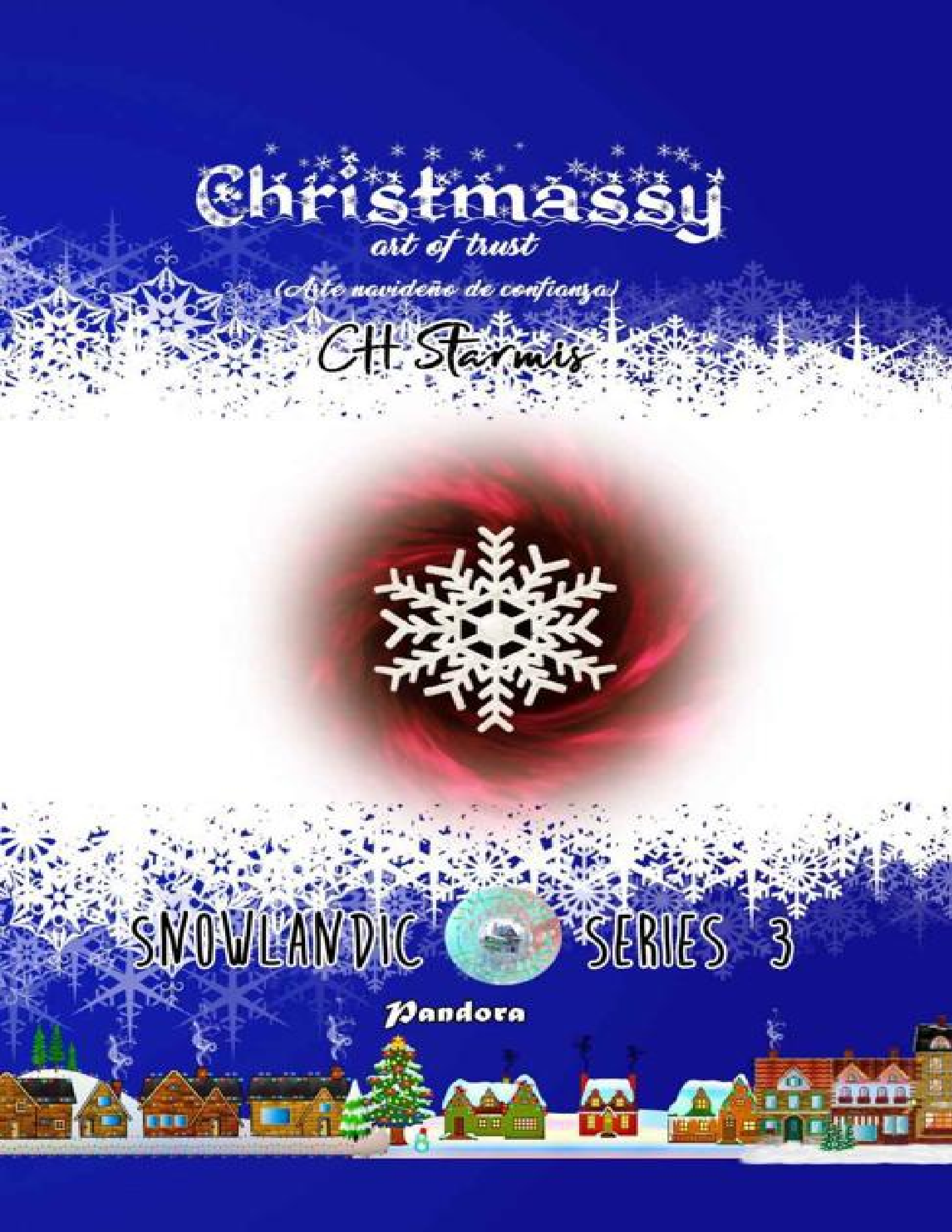
Christmassy

art of trust

(Arte navideño de confianza)

CH Starmis



SNOWLANDIC SERIES 3

Pandora

Christmassy art of trust

(Arte navideño de confianza)

Snowlandic Series
3

Christmassy art of trust

(Arte navideño de confianza)

Snowlandic Series
3

CH Starmis

Pandora

©CH Starmis, 2023
©Christmassy art of trust (Arte navideño de confianza) - Snowlandic Series 3, 2023
©Pandora, 2023
Apartado de Correos 4015, 24010, León (España)
www.pandora-magazine.com
info@pandora-magazine.com

©Edición de cubierta: Pandora

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: diciembre 2023
Registrado en Safe Creative.
Código de registro: 2309285436329
Editado en España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A los que piensan que una película navideña
puede verse en cualquier época del año.

“La Navidad no es una fecha, es un estado de la mente”
Mary Ellen Chase.

“*El mundo está lleno de pequeñas alegrías: el arte consiste en saber distinguirlas*”
Li Tai-Po.

Extras que vas a encontrarte en este libro[1]

Este no es un libro al uso, es mucho más. Y, por ello, nos hemos visto en la situación de tener que incluir esta especie de *manual de instrucciones* para saber cómo sacarle el máximo partido.

En la serie de Snowlandic podrás encontrarte algunos extras que complementan la lectura de la historia en sí. Hay que tener cuidado porque en ocasiones puede haber algún spoiler así que, si quieres leer completamente a ciegas la historia, revisa estos extras cuando termines de leer. Se marcará debidamente la zona de extras al principio del libro para que no haya ninguna duda al respecto salvo *Pero esto no ha sido todo*, que irá justo al terminar el último capítulo.

A continuación, te explicamos lo que debes tener en cuenta.

Nota de autora: podrás saber más de la historia a través de las propias palabras de la autora y su relación con Mist Rachs. ¿Desvelará algún día todo lo que realmente conoce sobre este pueblecito?

Lista de personajes: en cada libro se van sumando nuevos personajes y puede que en algún momento dudes quién era alguno en concreto. Para ello se elabora una lista con todos los vecinos del pueblo, añadiendo en cada libro los turistas que vayan a aparecer si es el caso o los nuevos vecinos que iremos conociendo.

Introducción: siempre es agradable entrar en una historia con un ambiente determinado en tu cabeza y para eso se incluye este extra. Será el mismo en cada libro pero podrás sumergirte en Mist Rachs justo antes de comenzar la lectura.

Cuenta la leyenda: en cada libro se incluye una leyenda diferente que podrá tener relación con la historia que se desarrollará a continuación. Mist Rachs es un pueblo en el que dan mucha importancia a las leyendas, los cuentos y las tradiciones así que no podía faltar una dosis de las mismas también en los extras.

Lo que ha sucedido hasta ahora: a quién no le ha pasado querer empezar la

continuación de un libro pero sentir que hay detalles de los que no se acuerda del anterior. Pues bien, hemos solventado eso añadiendo un resumen de lo acontecido hasta el momento justo antes de empezar la lectura. Porque las relecturas siempre son geniales pero a veces un breve resumen también viene bien, ¿no creéis?

Plano: como los personajes van a moverse por el pueblo constantemente, no viene mal saber dónde quedan las cosas así que un plano del lugar os será de mucha utilidad a la hora de saber dónde está el hotel, el mercadillo navideño o en qué calle viven algunos personajes.

Calendario de actividades: Mist Rachs vive la Navidad como ningún otro sitio lo hace y está bien saber qué talleres y actividades se llevan a cabo durante el mes de diciembre. Todo va a estar reflejado en este calendario para que os podáis hacer una idea de lo que van viviendo los vecinos del lugar. Cada año se irán añadiendo nuevas actividades y en todos los libros se marcarán los días que ya han pasado del mes (más oscuro) y de los que va a constar ese libro en sí mismo (más resaltado), para que tengáis todos los detalles y no os perdáis nada.

Pero esto no ha sido todo: y es que la historia no termina con el último capítulo, por ello se añade al final un adelanto de lo que podremos encontrar en el siguiente libro.

Nota de la autora

Por tercer año, volvemos a vernos en las páginas de un nuevo libro navideño. Ni que decir tiene que adoro la Navidad, y eso imagino que se nota en cada una de las historias que escribo sobre Mist Rachs. Quiero aprovechar que ya estamos en confianza para agradeceros vuestro apoyo y amor hacia la historia que hace ya tres años comencé a publicar. Muchos me dijeron que las historias navideñas tenían que ser más bien relatos, publicarse sobre septiembre y no complicarlo demasiado. Una trama sencillita, algo rápido de leer y pasar a otra cosa. Pero mi amor por la Navidad en general y por Mist Rachs en particular, no me iban a permitir hacer algo al uso. Necesitaba tiempo para contar lo que fue para mí saber que existía este pueblo. Quería, además, hacer algo de lo que mi abuela hubiera estado orgullosa.

Ojalá, esté donde esté, lo sienta así.

Y, como decía al principio, aquí estamos un año más, contando las más extrañas y perfectas navidades que alguien pueda vivir. Hablando de un lugar mágico, con gente extraordinaria y mil secretos y misterios que rodean todo aquello.

Poneos vuestros calcetines más navideños, id a preparar una taza de chocolate humeante, hundid en ella un bastón de caramelo y sentaos frente a la chimenea, sea real o un fondo de pantalla con efectos especiales. Encended una vela de un olor navideño y tapaos con una amorosa manta.

Los habitantes de Mist Rachs están deseando daros la bienvenida de nuevo con más historias, leyendas y misterios.

¿Os atreveis a volver a entrar?

Personajes

Jenna: Chef y dueña del Jenna's dessert (Mist Rachs)
Philip: Chef y dueño del Philip Rest (Mist Rachs)
Loreen: Dueña del hotel Timeless (Mist Rachs)
Helen: Trabajadora del hotel Timeless (Mist Rachs)
Mathias: Trabajador del hotel Timeless (Mist Rachs)
Tom: Dueño de un taller, reparaciones varias (Mist Rachs)
Marie: Alcaldesa (Mist Rachs)
Olive: Contable en una empresa.
Max: Padre de Marie, Olive y padre adoptivo de Philip.
Erza: Madre de Marie, Olive y madre adoptiva de Philip.
Massie: Organizadora de Eventos (Mist Rachs)
Chas: Dueño de cafetería (Mist Rachs)
Andy: Hijo de nuevos vecinos en Mist Rachs.
Sally: Dueña tienda de antigüedades (Mist Rachs)
Lia: Abogada (Mist Rachs)
Tyra: Dueña tienda de ropa (Mist Rachs)
Rudolph: Ayudante en Philip Rest (Mist Rachs)
Jo: Cocinera en Philip Rest (Mist Rachs)
Erik: Cocinero en Philip Rest (Mist Rachs)
André: Camarero en Philip Rest (Mist Rachs)
Pete: Sheriff (Mist Rachs)
Annie: Desaparecida hija de Pete.
Christine: Peluquera (Mist Rachs)
Daiana: Profesora de patinaje sobre hielo (Mist Rachs)
Alan: trabaja en el invernadero (Mist Rachs)
August: Bibliotecario (Mist Rachs)
Cathy: profesora taller villancicos (Mist Rachs)
Gabriel: Secretario de la alcaldesa (Mist Rachs)
Sandrine: Hermana pequeña de Gabriel (Mist Rachs)
Cynthia: Profesora de arte de Sandrine en un internado de Altas Capacidades.
Pascal: Dueño del puesto del mercadillo navideño de vino especiado y pretzels (Mist Rachs)
Edmund: Auxiliar en el ayuntamiento (Mist Rachs)
Frederick: Teniente de alcalde (Mist Rachs)
Johann: Jefe del teatro (Mist Rachs)
Agatha: Profesora en Evergreen School (Mist Rachs)
Leo: Teleoperador emergencias.

Intro

No sabría bien cómo describir el extraño y encantador pero casi desconocido pueblo de Mist Rachs. Es uno de esos lugares en donde no te detienes nunca aunque pases cada día por allí. No es que tenga un acceso complicado o esté prohibida su entrada por motivos gubernamentales. Tampoco es que sus habitantes mantengan en secreto su localización. Es un pueblo que cualquiera podría encontrar. Aparece en todos los mapas y es visible para los que estén por la zona.

Pero, por algún motivo, pasa desapercibido para demasiada gente.

Mist Rachs es el típico pueblo que desearías conocer en época navideña y quedarte allí a vivir por siempre jamás. Es todo un misterio el motivo por el que esto no le sucede a todo el que encuentra el lugar. A otros, sin embargo, les invade un sentimiento de pertenencia a ese pueblo al instante. La explicación a esto es un misterio que los habitantes del lugar temen que un día alguien quiera desentrañar por las consecuencias que podría acarrear.

Si te acercas algún día a Mist Rachs y sientes que debes visitarlo, haz caso a esa corazonada. Detente, entra y sumérgete en él. Pasea a orillas de su río o por entre las calles que hay al otro lado del mismo. Toma una taza de chocolate caliente con malvaviscos en su coqueta cafetería y atrévete a visitar las ruinas del misterioso castillo que se divisa desde cualquier punto del pueblo. Charla con los amables vecinos y maravíllate con cada rincón de ese idílico lugar, con sus casas de diferentes estilos y colores que parecen sacadas de un cuento de hadas.

Y si tienes la suerte de visitarlo durante el mes de diciembre, podrás asistir a concursos de decoración e iluminación. Hay carreras benéficas y teatros navideños sobre una blanca y brillante capa de nieve. El menú de su restaurante se llena de colores rojos, blancos y verdes, y puedes encontrar muérdago casi en cada esquina. Disfruta del olor a eucalipto y abeto, degusta dulces típicos y trata de alojarte al menos una noche en su hotel boutique: podrás pasar una increíble velada frente a la gran chimenea del salón central, viendo una película navideña con tu vaso de vino especiado en las manos.

Ojalá seas uno de los afortunados que tiene la necesidad de visitar Mist Rachs; nadie llega allí por casualidad y eso siempre significa algo. Pero mientras averiguas el motivo real de tu extraña visita, disfruta de cada uno de los instantes que pases allí.

Quién sabe, puede que incluso encuentres en Mist Rachs tu nuevo hogar.

Cuenta la leyenda…

Cuenta la leyenda que hace muchos años en Mist Rachs vivía una peligrosa bruja. Tenía su hogar en mitad del bosque y nadie osaba acercarse a aquel lugar para no enfurecerla. Se escuchaba a veces una risa estridente, una explosión seca o cuervos graznando a lo lejos, pero nadie del pueblo se atrevía jamás a importunarla en su territorio.

En aquella época, había una chica y un chico a los que siempre se les veía juntos. Eran amigos desde la infancia y compartían risas y penas. Michael y Anna habían ido juntos a la escuela y desde entonces se habían vuelto inseparables. Ambos estaban enamorados, pero ninguno se atrevía a confesarle al otro lo que sentía, aunque en el pueblo todos estaban convencidos de que acabarían formando una familia más pronto que tarde. Ellos, sin embargo, dedicaban sus días a trabajar y salían a dar un paseo siempre que libraban. Ella le llevaba a él unos dulces que preparaba en la panadería y él le llevaba unas fresas del huerto de su casa. Disfrutaban de una agradable merienda en compañía, pero luego cada uno volvía a irse a su casa.

Un día, Anna estaba saliendo de trabajar cuando vio a lo lejos, en los límites del bosque, una pequeña niña jugando despreocupada. Era la hermana pequeña de Michael, que no se estaba dando cuenta de lo cerca que estaba del límite mientras recogía flores aquí y allá. Anna trató de llamarla de lejos, pero aquella niña no contestaba. Seguía acercándose cada vez más al bosque, hasta que de repente se perdió entre los matorrales.

Anna no se lo pensó ni un segundo y se echó a correr hacia aquel lugar para intentar rescatarla. Y aunque la hermana pequeña de Michael salió sana y salva horas después, Anna seguía sin aparecer.

Michael se volvió loco durante las horas que ambas estuvieron perdidas. Cuando su hermana apareció y les contó que Anna había ido a rescatarla al bosque, todos temieron lo peor. La daban por muerta, imaginando que la bruja la habría capturado, y nadie quería ir a buscarla, como ella había hecho con la hermana de Michael. Pero este no se iba a rendir tan fácilmente. Se despidió de su hermana, pensando que jamás volvería a verla, y se adentró en el bosque para buscar a su amiga y amada. Tenía que encontrarla y tratar de salvarla, aunque fuera lo último que hiciera.

Caminó por horas, perdiéndose entre aquella extraña vegetación. Tenía frío, hambre y sed, y sus fuerzas empezaban a fallar cuando a lo lejos vio un hilo de humo salir hacia el cielo. Al acercarse, se dio cuenta de que provenía de una pequeña casa de madera con chimenea, ubicada frente a él, en un pequeño claro del bosque. Tenía las luces encendidas y el aroma que emanaba era como de hierbas y azufre. Se acercó sigilosamente a una de las ventanas para ver si

allí estaba Anna y efectivamente, la vio a través de uno de los cristales, atada con una cuerda en mitad de la estancia a una columna de madera. No parecía haber nadie con ella, así que abrió rápidamente aquella ventana y pasó dentro, para sorpresa de su amiga.

Soltó aquella cuerda mientras ella le pedía que se fuera, que la terrible bruja estaría al llegar. Él siguió desatando la cuerda que le impedía mover manos y pies, y luego lo hizo también para liberarla de la columna. En un momento tan peligroso como aquel, reconocieron lo que en realidad sentían el uno por el otro, jurándose amor eterno a partir de entonces. Pero cuando estaban a punto de huir por la ventana, una fuerza extraña les arrastró hacia el centro de la estancia de nuevo. Ante ellos se materializó la bruja, una mujer muy, muy mayor, con horrible nariz y verrugas por toda la cara. Su pelo, verde oscuro y mal peinado, brillaba con destellos amarillos. Sus manos, firmes pero torcidas, se extendían hacia ellos, como si fuera eso lo que les retenía allí. Fue entonces cuando pronunció su maleficio: por haberse adentrado en su territorio sin permiso, quedarían condenados de por vida a no reconocer el amor que se profesaban en realidad. Michael y Anna se miraron, aterrados, y comenzaron a suplicarle que tuviera clemencia, porque una vida sin amor no merecía ser vivida. La bruja, que era terrible y extremadamente peligrosa, se apiadó por primera vez en su larga vida. Y quiso hacer un trato: ella sólo necesitaba a uno de ellos, así que el otro podría irse. Les dejó que decidieran a quién querían que liberara y quién se quedaría con ella. Pero ambos fueron firmes: preferían sufrir juntos la mayor de las desgracias que dejar al otro atrás. Les tentó diciendo que, el que huyera, podría ir en busca de ayuda, pero ninguno de los dos se quería arriesgar a dejar al otro ni por un segundo más. La bruja parecía volver a sorprenderse con aquella actitud, así que, cuando ambos volvieron a suplicarle que les perdonara, les aseguró que podrían reconocerse como algo más que amigos si conseguían liberarla a ella de su propio maleficio. Les dio de plazo cinco días, justo hasta Navidad; a partir de entonces, su amor quedaría tapado por un fuerte velo que jamás podrían quitarse de encima.

Ambos se quedaron pensativos. ¿La bruja estaba maldita? ¿Cómo podía ser eso posible? Salieron ambos de allí sin que la bruja les pusiera ningún impedimento. Caminaron juntos, cogidos de la cintura, hasta los límites del bosque, en donde les recibieron sus vecinos, dando saltos de alegría por semejante milagro. Pero no duró mucho su júbilo, ya que Michael y Anna procedieron a contarles lo que había acontecido. Todos ellos escucharon con asombro lo que ambos les contaban sobre aquella temible bruja que había mostrado misericordia con ellos y no ejecutaría aquella maldición si conseguían liberarla a ella de su propio maleficio, uno que no les contó siquiera.

Pasaron días pensando cómo librar a la bruja de su propia maldición para evitar que ella les maldijera, pero no conseguían dar con una solución. Al cuarto día, todo el pueblo se reunió en la plaza y trataron de llegar a una solución, pero todas ellas tenían sus pegas insalvables. Parecía

que Michael y Anna estarían malditos por toda la eternidad y comenzaron a llorar amargamente por su aciago destino.

Fue entonces cuando Belmont, el hombre más anciano del pueblo, alzó la voz ante aquel relato: él sí creía saber de qué estaba hablando aquella bruja. Y, aunque había guardado silencio durante más de medio centenar de años, creía que ya era hora de contar lo sucedido. Les comenzó a relatar una historia muy parecida a la que ellos dos habían sufrido, pero con consecuencias muy diferentes. Y es que la bruja no era tal, ni él era el hombre más anciano del lugar. Para asombro de todos sus vecinos, confesó ser en realidad Annette, y la conocida bruja dijo que era el Belmont real. Ambos habían corrido la misma suerte que Michael y Anna salvo que, quien les había lanzado la maldición, había sido un horrible brujo. Cuando les dio a escoger quién debería irse y quién quedarse, acordaron que fuera ella la que huyera para pedir ayuda, quedándose él en aquella casa con el terrible brujo. Pero cuando le comunicaron su decisión, este se echó a reír y les comunicó que no habían pasado la prueba, así que la maldición sería a perpetuidad, cambiándoles las almas de cuerpo y arrastrando con un viento huracanado a Annette hacia el pueblo con el cuerpo de Belmont y a este convirtiéndole en una bruja rencorosa y despiadada, tomando el lugar del brujo, que quedó liberado de aquel lugar y nunca nada más se supo de él. Annette no se atrevió a volver al bosque, temiendo las represalias de él convertido en bruja, y Belmont no quiso regresar al pueblo jamás.

Michael y Anna lamentaron que les hubiera sucedido aquello, y comenzaron a comprender. Todo el pueblo quedó asombrado por este descubrimiento, pero no sabían cómo ayudar a ninguno de sus cuatro vecinos. Pero Anna fue la primera que habló, sabiamente, sobre lo que pensaba que habría que hacer: no se puede en realidad poner límites a perpetuidad al amor verdadero. Este se abriría camino, fuera como fuese, y ellos lo iban a intentar.

Planearon ir al día siguiente al bosque junto con el anciano que en realidad era Annette. Anna estaba segura de que, una vez que ambos volvieran a verse, ese maleficio terminaría. Porque el amor podría reconocerse aunque sus cuerpos fueran diferentes.

Pero no lo tendrían nada fácil.

Como si los mismísimos dioses supieran lo que tramaban, cuando a la mañana siguiente emprendieron el camino hacia aquella casa, comenzó a caer una fuerte nevada que les impedía avanzar. Anna buscó desesperadamente unas hierbas especiales que sabía que derretirían la nieve en cuanto fueran lanzadas sobre ella y consiguieron seguir avanzando de ese modo. Más adelante, un enorme árbol cayó frente a ellos. No había forma de saltar por encima y tampoco eran capaces de rodearlo, ya que parecía cruzar de punta a punta el bosque. Entonces Michael comenzó a cavar el terreno para pasar por debajo del mismo. Al cabo de unos minutos, los tres conseguían seguir su camino. Pero cuando la casa de la temible bruja, que en realidad no lo era, apareció ante ellos, esta empezó a vibrar, moviéndose aquí y allá, y desapareciendo en uno de

esos movimientos. Los tres se quedaron sin comprender cómo llegar entonces a la casa, si ni siquiera la podían ver. Fue entonces cuando el anciano, que no lo era, sonrió y les indicó el camino a seguir, encontrando la casa en escasos minutos de camino, detrás de una arboleda. Cuando Michael y Anna le preguntaron que cómo supo dónde estaba, él les respondió que sintió la fuerza del amor de Belmont y esto fue lo que le indicó el camino.

Una vez entraron en la casa, la bruja, que no era otra más que Belmont, les salió a recibir. Se quedó asombrada al ver quién les acompañaba. Ni siquiera prestó atención a Anna o a Michael; sólo tenía ojos para el anciano que era en realidad Annette. Comenzaron a acercarse el uno al otro sin pronunciar palabra. En cuanto las puntas de sus dedos se rozaron, un potente chisporroteo salió de ellos y les envolvió unos segundos. Nada más que Michael y Anna pudieron volver a ver a ambos, se sorprendieron al darse cuenta de que, ante ellos, ya no estaba el hombre más anciano del pueblo ni la bruja más malvada del bosque, sino una pareja de su edad, mirándose con amor antes de fundirse en un abrazo mientras se besaban por primera vez en mucho tiempo. Annette y Belmont habían vuelto a la edad que tenían cuando ese brujo les lanzó el maleficio y ambos dieron las gracias a Michael y Anna por hacer esto posible. Ellos no sufrieron ninguna consecuencia tampoco y pudieron las dos parejas volver al pueblo para contar a todos sus vecinos lo sucedido. Hubo un gran revuelo a su vuelta y todos decidieron festejar aquella hazaña con una gran fiesta en honor a los cuatro valientes enamorados.

Desde entonces, los habitantes de Mist Rachs recuerdan a todos los enamorados que tienen que ser valientes y mostrar su amor hacia el otro. Si no se hace así, una terrible maldición podría cernirse sobre ellos.

Los niños cantan en el recreo la aventura vivida por estas cuatro personas con una tonadilla conocida por todos desde hace muchos años: Cinco días, dos parejas, dos maleficios que romper. Tres hazañas, tres personas para salvar a quien atrapado esté.

Y el bosque… Quedó libre de brujos y brujas desde ese momento, pero no fue ni mucho menos el final de ese tenebroso lugar, convertido durante unos años en un sitio tranquilo por donde los vecinos podían pasear. Años más tarde sucedió algo que hizo que todo cambiara…

Pero esa es otra leyenda que deberá ser contada más adelante.

Y ese momento está casi a punto de llegar.

Lo que ha sucedido hasta ahora

En los dos libros anteriores ya hemos visto lo especial que es el pueblecito de Mist Rachs. Suceden cosas inexplicables y aparecen visitantes de todo tipo, turistas que pueden venir de cualquier parte del mundo, como si este peculiar pueblecito estuviera junto a su casa, pero también de otros tiempos, sin saber todavía cómo puede pasar algo así.

Conocemos a Jenna y Philip, dedicados en cuerpo y alma a la cocina. Comparten pasión y esto acaba por unirles.

También aparece en escena Sisi, la famosa emperatriz del imperio Austro-húngaro cuando no era más que una adolescente. En ese punto de la historia, vamos sabiendo qué une a Philip y a esos personajes históricos que han aparecido, puede que en más de una ocasión ya, en Mist Rachs.

A su vez, la situación se complicó con la aparición de más turistas: Sara y Luca, la primera escritora de novelas históricas, documentándose para escribir la historia precisamente de Sisi, y el segundo su pareja y guía turístico en Viena.

Tanto Sisi y sus acompañantes como Sara y Luca deciden volver a su tiempo y a su casa, respectivamente, aunque, para desgracia del sheriff Pete, las cosas en Mist Rachs no se van a calmar precisamente…

I

Cynthia

Nieve por doquier, villancicos en cada esquina, olor a abeto y a dulces navideños. Eso es lo que acabo de ver de golpe al pasar por el pequeño puente que da acceso al pueblecito de Mist Rachs. Antes de cruzarlo, la nieve no parecía ir a aparecer siquiera en el cielo, y ahora una preciosa y suave capa lo cubre todo a lo largo de la que parece ser la calle principal. La gente que pasea por la misma disfruta de una mañana tranquila, llevando bolsas aquí y allá, charlando entre ellos, como si las preocupaciones mundanas no les afectaran lo más mínimo.

—Es bonito, ¿verdad? —me dice Sandrine desde la parte de atrás del coche, asomándose para hablar conmigo.

Gabriel, su hermano mayor, sonríe mientras sigue conduciendo.

—Es bastante asombroso —reconozco.

—Ya te dije que Mist Rachs era especial —responde ella, volviéndose a sentar hacia atrás—. ¡Mira, si es Tyra! —exclama con emoción. Baja su ventanilla mientras Gabriel se detiene—. ¡Eh! ¡Tyra!

Veo a Sandrine saludar a alguien con la mano por fuera del coche y me fijo a quién va dirigido todo aquel despliegue de atenciones. Es una chica que tendrá mi edad, con el pelo lleno de bucles de colores, tez mulata y poco más puedo ver de ella, porque está abrigada de arriba abajo con ropa muy original. Carga un par de cajas en la mano, dificultándola un poco caminar. Aun así, se gira hacia el coche y sonríe con sinceridad, acercándose a nosotros.

—Vaya, vaya, pero si está aquí la más listilla del lugar —le dice con cariño a Sandrine mientras posa las cajas en el suelo. Y mira ahora a Gabriel—. ¿Hoy te dieron el resto del día libre?

—Tenía que ir a recoger a mi hermana y a… —Me mira y sonríe antes de continuar hablando—. Ha venido con una amiga del internado.

—¡No me digas! ¿Un nuevo turista? Pete va a… —Se asoma para verme entre el asiento del conductor y el propio Gabriel hasta que sus ojos se cruzan con los míos—. ¿Tú eres la amiga de Sandrine?

Se echa a reír al darse cuenta de que no soy una amiga al uso. Sandrine me convenció para pasar las navidades aquí y dijo que avisaría a su hermano de que iba a venir. Claro que nunca pensé que le dijera que yo era una amiga, sin especificar que soy su profesora de arte en el

internado de altas capacidades al que ella asiste. En realidad no iba a venir. No tenía ganas de fiestas ni nada parecido. Iba a encerrarme en la habitación del internado todos estos días, comiendo dulces de manera infinita y pintando paisajes tétricos para contrastar un poco con la mierda de ambiente navideño que hay siempre por todas partes. No es que odie la Navidad ni mucho menos; lo que odio es que todos quieran comportarse como si fueran santos bajados del cielo… pero los que en realidad te gustaría que, al menos, disimularan un poco, no se molesten en hacerlo. Que digo yo, que ya que la gente finge en esta época, que lo haga todo el mundo, no sé.

Por mostrar un poco de humanidad una vez al año al menos.

Aunque no sea real.

Sonrío a aquella chica desconocida llamada Tyra y saludo con la mano antes de contestarle.

—Aquí Cynthia, la amiga barra profesora de Sandrine.

—¿Profesora? —pregunta ella con sorpresa—. ¿De qué? Porque para dar clase a cerebritos…

—De arte —respondo algo cohibida.

Porque siempre que digo que doy clases de arte, la gente no me suele tomar en serio y piensa que es algo que usan en el internado de relleno. Y nada más lejos de la realidad.

Tyra, sin embargo, abre sus ya de por sí enormes ojos verdes y su sonrisa se vuelve más luminosa aún.

—Vaya, eso es interesante —dice, volviendo a coger sus cajas acto seguido—. Chicas, os dejo, que tengo que llevar esto a la tienda, que luego he quedado, pero ya nos veremos.

Gabriel y Sandrine se despiden de Tyra y volvemos a ponernos en camino, torciendo hacia la derecha hasta entrar en una bocacalle con menos gente pero igual de acogedora.

—Tenemos que ir a la tienda de Tyra a renovar vestuario —me dice Sandrine, apretándome el hombro.

—¿Tiene una tienda de ropa? —le pregunto.

—La mejor tienda de ropa del mundo —comenta Gabriel, que abre con un mando la puerta del garaje de una casa unifamiliar adornadísima por fuera.

Bajamos ya dentro del garaje y entramos en la casa con las maletas por una puerta de metal. Y si lo de fuera estaba adornado en exceso, el interior no se queda atrás. Al subir unas estrechas escaleras me encuentro un amplio salón con chimenea tan acogedor que querría tirar todo aquí mismo e irme a sentar en el sofá frente al fuego. Calcetines en la repisa de la chimenea, un árbol de Navidad justo al lado, guirnaldas por doquier…

—¿Qué os pasa en este pueblo con la Navidad? —pregunto con absoluto asombro por todo lo que estoy viendo.

¿Eso de ahí es un plato con galletitas de jengibre?

Gabriel se acerca precisamente a ese plato y me lo ofrece. Y yo no puedo negarme a probar lo que resulta ser un verdadero manjar.

—Nos gusta celebrar estas fiestas —me cuenta él, con sonrisa amable.

—Y hacemos un montón de actividades —dice ahora Sandrine—. ¿Recuerdas que te conté que hacíamos talleres y concursos durante todo el mes?

—Bueno, pensé que sería algo como un concurso de tarjetas de Navidad y…

Gabriel y Sandrine sonríen, con ganas de reírse a carcajadas.

El primero viene hacia mí, posando su mano en mi hombro y dándome un ligero apretón.

—Cynthia, vas a vivir unas navidades inolvidables —me dice de forma enigmática—. Venga, vamos a dejar las maletas, os instaláis y nos vamos a comer algo fuera.

—¿Podemos ir a ver a Philip? —le pregunta Sandrine mientras subimos otras escaleras, al fondo de esta planta—. Tengo ganas de probar el postre de este año. —Y se gira hacia mí—. Philip es el chef del pueblo y cada año hace un taller de postres navideños y luego un concurso. El que gana, se sirve durante todas las navidades en su restaurante. ¡Y están deliciosos!

Gabriel va sonriendo de camino a nuestros dormitorios.

—Iremos al restaurante a comer —le promete—, aunque no sé si él estará.

—¿Y eso? —le pregunta con asombro.

—Han pasado algunas cosas estos días y…

—Pero, ¿él está bien? —insiste Sandrine.

Su hermano sonríe para tranquilizarla.

—No te preocupes, que estos días le podrás ver —le asegura—. E imagino que también a su novia.

—¿Novia? —casi grita ella—. ¿Por qué nadie me ha contado algo así?

Por la sorpresa que se ha llevado, parece que ese tal Philip es todo un personaje.

Su hermano se detiene frente a una puerta en concreto y me mira.

—Este es tu dormitorio, Cynthia. —Y se gira hacia su hermana—. Y lo mejor de todo: tiene el restaurante y su propia casa decorados de arriba abajo.

Sandrine empieza a gritar de pura emoción. Y, aunque no sepa por qué, tengo ganas de conocer más sobre esa historia, pero también ver a fondo todo lo que este pequeño pueblo me va a ofrecer en estas semanas.

Entro en mi dormitorio con mi maleta y dejo a los hermanos fuera, poniéndose al día. Por dios, ¡qué habitación! ¿Todo en este pueblo tiene que ser tan acogedor?

Me tiro en la mullida cama y cierro los ojos, pero los abro rápidamente al ver las caras de mis padres mirándome de forma acusadora.

Necesito un poco de magia navideña para descansar al menos unos días de tanta mierda.

Espero que me pueda dar algo de eso Mist Rachs.

II

Tyra

—Creímos que no ibas a poder venir hoy —le digo a Jenna en cuanto aparece en la plaza donde habíamos quedado todas, corriendo desde el restaurante con su melena pelirroja al viento.

—Le dije a Philip que necesitaba hablar con vosotras con urgencia y salí corriendo —nos cuenta, acalorada y con la respiración agitada todavía.

—Mi hermano tiene que estar todavía algo afectado —dice Marie mientras se frota las manos enguantadas, dando pequeños saltitos en el sitio.

—La verdad es que pensé que estaría hecho polvo —nos cuenta ella—, pero esta tarde decidió ir al restaurante a dar las cenas y allí dentro era otro.

—Y tú estás de vacaciones, claro —le digo, picándola y dándole un codazo, haciendo que se ría.

La nieve cae tan suave a estas horas de la tarde que no nos importa estar sin paraguas. Mist Rachs está igual de bella cuando nieva que París bajo la lluvia.

Sally viene hacia nosotras después de haber ido a comprarse el primer chocolate de la tarde. Por la mañana ya se tomó un par en los descansos que hicimos en el trabajo; es una adicta al chocolate caliente de nuestro mercadillo.

—¡Ya estoy, chicas! —nos dice, y ve a Jenna—. Vaya, ¿y Philip?

—Phil en el restaurante, nosotras aquí, ¡vámonos a dar una vuelta ya! —les pido, generando risas entre ellas, pero haciéndome caso finalmente.

Comenzamos a pasear por los puestos del mercadillo mientras unas nos hacemos con un vaso de vino caliente especiado y otras con más chocolate con nata por encima, coronado con un bastón de caramelo. Esto último es demasiado dulce para mí. Yo necesito algo fuerte con lo que entrar rápido en calor, por eso siempre voy al puesto de Pascal, el enólogo por afición de la zona, que siempre nos deleita con sus especialidades en uno de los mejores puestos del mercadillo. Vino caliente con una ramita de canela, clavo, anís estrellado, azúcar moreno y una rodaja de naranja.

No me digáis que no se os hace la boca agua con semejante delicia.

—Yo todavía no he empezado siquiera a preparar los regalos —nos cuenta Jenna, algo estresada.

—Normal, con tanto ir y venir en el tiempo y el espacio…

Jenna ríe con mi comentario y me abraza unos segundos, haciendo que por poco se me derrame el vino con ese movimiento.

—Yo hoy quería haber terminado de hacer todo, pero se me complicó el día —dice Marie.

—Se te fue Gabriel y… —bromea con ella Sally, haciéndola cosquillas para que sonría un poco.

—Le vi con su hermana hoy entrando en Mist Rachs —les cuento—. ¡Está cada día más mayor!

—Bueno, vamos creciendo, pero él no es que… —dice Marie, creyendo que lo he dicho por Gabriel.

Me echo a reír con su equivocación.

—Me refiero a Sandrine, Marie. Su hermana está más mayor —le explico, todavía entre risas, provocando las de nuestras otras dos amigas—. Tu Gabriel está igual de arcángel que siempre.

—Que él no… —comienza a decir, algo avergonzada.

—No hay quien os entienda a ninguno —corto a Marie antes de que continúe con lo de siempre—. Lleváis toda la vida así los dos y no hay forma. Ojalá tener algo como lo vuestro, Marie, aunque yo no la cagaría tanto como vosotros.

Va a protestar de nuevo cuando Sally media en la conversación.

—Es que no lo entiendo —dice, dando un trago a su chocolate antes de seguir—, os gustáis y no hacéis nada. ¿Estáis esperando a que uno de los dos se canse y se vaya con otra persona o qué?

—A ver si la chica que iba a su lado en el coche… —pienso en alto. Y al ver las caras de mis tres amigas girarse hacia mí cual niña del exorcista, temo por mi vida e intento aclarar la situación—. Dijo que era la amiga de Sandrine.

—Ah, vale… —suspira Sally.

—Aunque era su profesora de arte.

—¿Su profesora? —pregunta Jenna.

Marie intenta disimular su malestar, pero si lo hace dirigiendo la mirada al cielo, moviendo la cabeza con rapidez, más bien lo que parece es que está intentando descontracturarse el cuello. Cada una tiene sus técnicas para disimular, pero las suyas son las peores que he visto en mi vida.

—Pero sería fea, ¿no? —me dice Sally con ojos de *di algo malo de ella porque nuestra amiga va a colapsar*.

—Es que… —comienzo a decir, no siendo capaz de mentir de esa forma.

Porque no era fea para nada. Esa combinación oscura en pelo y ojos contrastaba con una

luz especial que irradiaba de toda ella. Parecía no querer llamar la atención y, sin embargo, era como si Mist Rachs le hubiera puesto un foco con luz iridiscente que le acompañara durante toda su estancia.

—Bueno, pues entonces era antipática —insiste Sally, dispuesta a no creer que Gabriel en realidad puede estar interesado en esa profesora de arte.

—La verdad es que sólo dijo una frase —reconozco.

—¿Ves? —dice ella, aferrándose a mis palabras, mirando a Marie—. A Gabriel seguro que ni siquiera le cae bien.

—Da igual, Sally —le dice ella—. Si Gabriel quiere…

—En serio, necesito conocerle ya —nos dice Jenna, que todavía no ha tenido la oportunidad de encontrarse al flamante amigo de la infancia de Marie.

—Pues pásate mañana por el concurso de envolver regalos —le digo—, porque hace unos días vino a la tienda a apuntar su nombre y el de su hermana.

—Ay, es cierto, que este año Massie lo organiza en tu tienda —comenta Sally—. Puede que también se pase esa profesora y así salimos de dudas. —Y mira a Marie—. Deberías ir tú también.

—Pero Sally, que tengo mil cosas que… —se queja ella, empezando a poner excusas.

—Eres la alcaldesa y tienes que supervisar un concurso navideño —le recuerdo—. Tampoco sería algo tan extraño.

—A mí me apetece ver eso —dice Jenna—. Se lo comentaré a Philip para ver si podemos pasarnos también.

—A ti te apetece ver a Gabriel —le digo, haciendo que se eche a reír. Y miro a Marie—. Vas a venir. Y lo sabes.

Ella agacha la cabeza un instante, algo nerviosa, pero asiente y sonríe cuando vuelve a mirarme. Todas ven ese gesto, así que empezamos a plantear mil escenarios con respecto a Gabriel y esa nueva turista que tenemos en el pueblo hasta que nuestros vinos y chocolates varios se van terminando y es hora de volver a casa. Cada una toma un camino diferente, en solitario aunque sólo durante escasos minutos; las distancias en Mist Rachs son extremadamente cortas.

Todavía tengo ciertos recuerdos de cuando vivía en Estocolmo, sobre todo, en momentos así. Las distancias eran mucho más largas, la gente menos amable y todo en general estaba bañado de un clima impersonal que te hacía tomar distancia de cualquier persona o cosa. Bueno, en realidad esto se podría decir de cualquier lugar del mundo si lo comparamos con Mist Rachs. Porque Estocolmo es grandiosa, su arquitectura espectacular. Y reconozco que las distancias habrían sido mayores si hubiera vivido en Londres o París. Pero era… Era muy diferente de Mist Rachs. Y cuando vine a parar aquí, por circunstancias del destino, algo en mi cabeza estalló. Supe que no volvería a mi casa, porque acababa de encontrar mi verdadero hogar. Nada me unía

a mi ciudad natal en realidad, sólo recuerdos dolorosos que aquí no me han vuelto a molestar.

Abro la puerta de mi hermosa casa unifamiliar, adornada por dentro y por fuera. Cien metros en dos plantas con una pequeña buhardilla, todo para mí. El primer año la gente que conocía en Estocolmo me llamó loca por dejarlo todo y mudarme aquí yo sola, pero a mí no me importó. Ellos siguen llevando esas tristes vidas que llevaban hace años. Yo, sin embargo, tengo gente a mi alrededor a la que quiero y que me quieren realmente como yo soy. Vivo una vida de ensueño en un lugar que es la perfección caída del mismísimo cielo.

No puede haber una vida mejor que la que yo estoy viviendo.

Me doy una ducha caliente, me pongo mi pijama de invierno favorito y me hago algo rápido de cena mientras veo la televisión y repaso la programación del ciclo de cine navideño del pueblo para este fin de semana. Creo que me pasaré a ver alguna película. A lo mejor las chicas quieren apuntarse. Escribo en el grupo que tenemos y se lo comento. Cinco segundos después, todas salvo Olive, que al parecer no se encuentra bien desde hace unas horas, han confirmado que quieren ir el finde a ver cualquiera de las películas que hay programadas en el cine del pueblo. ¿Sabéis cuánto tardaba en hacer planes en Estocolmo, con gente con quien en realidad no me apetecía salir, para que, al final hubiera siempre algún problema o ni siquiera se acabara quedando? Creo que tenéis vuestras propias experiencias en mente y lo más seguro es que no difieran mucho de las mías.

Sí, Mist Rachs puede parecer extraño cuando vienes por primera vez. Es todo tan diferente del resto del mundo que no sabes ni qué pensar.

Pero te acabas quedando.

III

Marie

—¿Seguro que no quieres quedarte aquí a comerlo? —me pregunta Jenna—. Nos sentamos en la parte de atrás y cenamos tranquilas las dos.

—No te preocupes, de verdad. Me apetece llevármelo a casa y cenar allí tranquilamente —le aseguro, cogiendo mi bolsa con la cena que mi hermano acaba de prepararme hace un momento.

—Marie, que seguro que esa chica no… —comienza a decirme, algo preocupada por si lo que me pasa es que estoy triste.

—No es nada de eso —le digo—. De verdad que no me pasa nada. Gabriel es un amigo y un compañero de trabajo, nada más.

—Bueno, pero si os conocéis desde hace tanto tiempo y…

—Eso no significa nada.

—Ya, bueno, pero cuando las chicas hablan de él, tu cara se ilumina, Marie. Y sé que no llevo tanto tiempo aquí, y no te conozco tanto como las otras, pero se te nota muchísimo que Gabriel te importa mucho más que como un amigo o un compañero.

Si en el fondo sé que tiene razón, pero si digo en alto algo así, temo que no haya vuelta atrás.

—Le quiero mucho, y por eso quiero que sea feliz con quien él decida estar.

Y no he mentido con mis palabras, sólo con la sonrisa que he forzado mientras lo decía.

Y creo que Jenna me lo ha notado por cómo sonríe ella ahora.

—Claro, sí… Pero mañana vete al concurso de envolver regalos.

Me echo a reír con ella y su incansable tozudez, esa que le ha llevado a mudarse a nuestro pueblecito, desafiando mil problemas personales y laborales. Esa misma tozudez que enamoró a mi hermano, al que cada día que pasa, le hace más feliz.

La misma tozudez que yo no soy capaz de tener en temas de amor; sólo en el ámbito laboral. Y hasta hace bien poco pensé que así era feliz, que ser la alcaldesa de mi lugar de nacimiento era mi sueño y podría llevar a cabo mil ideas para mejorar la vida de todos los vecinos. Y a ver, no me malinterpretéis: sigue siendo un sueño hecho realidad. Pero…

Algo falla. Y ese algo no quiero que tenga que ver con cierto chico de rizos de oro que trabaja conmigo desde la campaña que me llevó a la alcaldía.

Salgo del restaurante despidiéndome de todos y justo en la puerta me encuentro con quien no tendría que haberme encontrado hasta mañana.

—Gabriel, ¿qué…? —balbuceo de forma penosa.

Él se limita a sonreír.

—¿Viniste a…? —Entonces ve la bolsa de papel en la mano—. Cena para llevar, ¿no?

—Sí, exacto. ¿Y tú?

—Estoy esperando a mi hermana y a su amiga para entrar a cenar, pero… —Se gira hacia atrás, como si estuviera buscándolas—. Se entretuvieron en el mercadillo y no parece que les importe que ya empiece a nevar fuerte a estas horas.

Se ríe levemente, haciendo que sus rizos se muevan al compás de sus palabras.

Así que su hermana y su *amiga* están al llegar…

—Sigue extrañándome que estemos teniendo días de nieve tan fuerte, faltando tanto para la tormenta todavía —le comento.

—Habrá que hablar mañana por la mañana con Pete, a ver lo que está pasando. —Se queda mirándome de forma extraña y vuelve a hablar—. Gracias por dejarme salir antes hoy.

Le hago un gesto con la mano para indicarle que no tiene que dármelas.

—No es nada, Gabriel —le aseguro—. Además, no hace falta que me estés agradeciendo cada cosa, de verdad.

—Bueno, eres mi jefa y…

—Gabriel… —me quejo como siempre que me llama así.

Él sonríe de forma tan bonita que me arde el corazón en el acto.

—Lo sé, lo sé, es sólo que… Bueno, que yo…

Justo cuando su sonrisa se volvía más enigmática que nunca, Sandrine aparece por detrás de él, tirándosele encima con entusiasmo.

—¡Ya estamos aquí! —le anuncia, como si saltar sobre su espalda no hubiera sido suficiente aviso.

Y entonces la veo a ella. Esa debe ser la chica de la que hablaba Tyra esta tarde. Y tenía razón. Es bellísima, con esa melena negra y unos ojos profundos que parecen mirar más allá de lo que ve a simple vista un humano normal. Sonríe, ajena a todos mis pensamientos. Y me mira sin ningún tipo de preocupación.

Voy a decir algo cuando Sandrine se me tira encima con su alegría de siempre.

—Sandrine, pero deja a Marie, que vamos a quedarnos sin alcaldesa en Mist Rachs por tu culpa —le regaña su hermano con cariño, haciéndola reír.

—Perdona —me dice ahora ella, soltándome y dejando que vuelva a respirar—. Es que hacía mucho que no te veía y estoy tan feliz de volver a estar aquí…

—No pasa nada —le digo—. Espero que pases unas navidades más que perfectas.

—¡En Mist Rachs eso es algo seguro! —exclama, volviéndose a emocionar.

Su hermano la agarra, temiendo que empiece a tirarse encima de todos los vecinos que pasen por aquí.

—Marie, te presento a Cynthia —dice él sin soltar a su hermana todavía—. Es una profesora de Sandrine que ha venido con ella a pasar las navidades aquí. Cynthia, ella es Marie, la alcaldesa de Mist Rachs.

Ella sonríe, yo también. Sí que parece simpática. Da unos pasos hacia mí y nos saludamos con dos tímidos besos.

—En mi primer día y ya me presentan a la alcaldesa —comenta ella después.

—Mi hermano es su secretario, ¿sabes? —le dice Sandrine con orgullo, mirando a su hermano con amor.

Cynthia la mira para contestarla.

—Entonces me ha invitado una de las más importantes familias del pueblo, vaya.

Sandrine sonríe, feliz por el cumplido.

—Espero que disfrutes de nuestro pequeño pueblo —le digo, poniéndome en modo alcaldesa, cosa que Gabriel nota por cómo medio frunce el ceño.

—¡Gracias! —me responde, pasando los brazos por encima de los hombros de Sandrine, abrazándola por la espalda de esa forma mientras sigue hablando—. La verdad es que en unas horas aquí, ya estoy disfrutando como en mi vida.

Siento que lo dice de verdad. Y lo que también siento es una punzada de dolor cuando, al decir aquello, mira a Gabriel y este sonríe. A Sandrine se la ve encantada con aquello. Les mira a ambos como si estuviera encantada con lo que está viendo.

Y yo me quiero esconder debajo del subsuelo y más allá.

—Bueno, os dejo, que se me va a enfriar la cena —les digo con una rapidez asombrosa, comenzando a caminar hacia el lado que no es en realidad, porque mi casa está a mi espalda.

Escucho que me despiden despreocupadas, pero la voz de Gabriel la escucho de repente más cerca de mí que la de su hermana y la amiga de esta.

—Marie —me dice—. ¿Va todo bien?

—¿Eh? Sí, claro —miento, deteniéndome un momento—. ¿No ibas a ir a cenar? —Y le señalo con la cabeza a sus dos acompañantes, que están todavía en la puerta del restaurante, cobijándose de la nieve bajo el tejadillo del mismo.

—Sí, pero es que… No te habrá sentado mal que Sandrine invitara a Cynthia, ¿no?

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a sentarme mal algo así? Lo importante es que seas feliz, y si esto es lo que…

—¿*Seas*?

Veo su gesto de absoluta extrañeza y rebobino unas palabras para ver qué he dicho para

que me mire así.

—Eh… Sí, bueno, que si te gusta que Cynthia… Que a ver, es tu casa y si…

No, no voy a poder salir de este bucle, lo sé.

—Me estaba refiriendo a que si Pete te ha puesto muchas pegas por esto —me dice Gabriel, apiadándose de mí y sacándome a rastras del embrollo que estaba armando yo solita.

—¡Para nada! —vuelvo a exclamar, como si hoy me hubiera comido una bocina—. No me ha llamado para quejarse, así que debe ser que lo tiene todo controlado.

—Menos mal —dice con alivio—, porque con tanto turista estas navidades, pensé que estaría subiéndose por las paredes.

Me río con él como fórmula de cortesía, porque en realidad es una risa nerviosa en toda regla. Y creo que él también lo sabe.

—Bueno, pues…

Le muestro la bolsa con la cena, seguramente ya a punto de entrar en modo congelación.

Sonríe, frotándose los rizos.

—Sí, perdona. —Y da unos pasos hacia atrás—. Nos vemos mañana en la oficina.

—Pasadlo bien —le respondo.

—Que aproveche —me dice antes de girarse por completo hacia Sandrine y Cynthia.

En cuanto los tres se reúnen, entran al restaurante y me quedo aquí sola en la calle, con una cena que voy a tener que recalentar en cuanto llegue a casa, sumida en unos pensamientos que no tendría que estar teniendo. Es mi amigo, me repito por enésima vez, como he hecho desde que somos niños. Es solamente mi amigo y así va a seguir siendo. Es un muy buen amigo que, además, trabaja conmigo. Y no voy a tirar a la basura lo bien que nos va por nada del mundo.

Él merece ser feliz con quien decida serlo, y no creo que esa sea yo precisamente. Creo que es Cynthia. Que, ¿por qué se eso, si no sé nada sobre ella ni sobre la relación que tiene con Gabriel?

Porque nada más verla he sentido que iba a quedarse.

IV

Gabriel

Ha sido un buen primer día con Sandrine. Ella ha disfrutado de su comienzo de vacaciones, yo he podido tomarme un descanso en el trabajo… Y Cynthia creo que ha quedado satisfecha con lo que ha visto. Mist Rachs suele tener ese efecto en todas las personas que vienen

y ella no iba a ser menos, eso estaba claro.

—¡Granjero en Laponia! —exclama Sandrine a los cinco segundos de haber empezado yo a gesticular.

—¿Cómo lo haces? —pregunta con absoluto asombro Cynthia, al comprobar que ha vuelto a ganar.

Hemos llegado hace un rato a casa, pero ninguno teníamos sueño, así que nos quedamos en el salón a jugar a adivinar la película, edición navideña. Este año estuvimos buscando qué incluir en el kit para la tormenta y pensamos que un pequeño juego sería algo que gustaría. En realidad es algo sencillo que preparé con tarjetas y fichas de películas del ciclo navideño que hacemos en nuestro cine. No nos ha dado tiempo a sacarlo este año, pero ya lo tenemos pendiente para el kit del año que viene. Las tarjetas que hice de prueba recordé que las tenía aquí en casa y me pareció que sería divertido jugar a esto los tres. Sandrine y yo casi nos sabemos las películas de memoria y eso se está notando desde el principio. Sin embargo, Cynthia no está muy puesta en cuestiones de películas navideñas, así que le está costando más sumar puntos, pero se está riendo igual que nosotros dos.

Mi hermana hace una marcada reverencia ante nosotros dos, sabiéndose ganadora con esta nueva puntuación.

—Años de entrenamiento navideño han dado sus frutos —comenta ella—. Para que luego mamá y papá digan que me centre más en los estudios. —Saca su móvil del bolsillo del pantalón y comprueba la pantalla un segundo. Se le iluminan los ojos de una forma especial y no acierto a imaginar por qué—. ¡Me llaman! ¡Hora de irme a dormir! ¡Buenas noches!

Se va corriendo escaleras arriba, agitando un segundo su mano para despedirnos y cogiendo la llamada en cuanto abre la puerta de su dormitorio, encerrándose allí.

Me quedo mirando a Cynthia con los ojos muy abiertos sin entender este repentino cambio.

—Ya sabes… —me dice de forma enigmática desde su sillón.

—No, ¿qué tendría que saber?

Gesticula, pero está claro que esto no se le da nada bien.

—El amor —explica sencillamente al final, viendo que no iba a entender nada si no lo hacía así.

—¿Cómo que…? ¿Tiene pareja?

—Ella es más lista que eso —me cuenta—, pero se lo pasa bien.

—¿Que se lo…? —me revuelvo en mi sitio, de repente demasiado incómodo—. Casi prefiero esperar a que me lo cuente ella con mucho tacto y cero unidades de detalles explícitos.

Cynthia se ríe con mi puntualización.

—Es buena chica, y muy lista, aparte de inteligente —dice—. No tendrá ningún

problema.

—¿Lista e inteligente no es lo mismo?

—Bueno, yo hago esa distinción. La inteligencia es por lo que ella está en ese internado estudiando, pero ser lista… Es… Espabilada —me explica, haciéndome entender.

—Mi hermanita pequeña se llevó todos los genes buenos al parecer. A mí me tocaron los de no enterarme de las cosas aunque sucedan delante de mis narices y los de estropear cualquier situación idílica.

Vuelve a reírse, espero que conmigo y no de mí.

—Estás en política —me dice—. Hay que valer para eso, y valer mucho.

—Estar en política en un pequeño pueblo como Mist Rachs —le voy explicando mientras me levanto y comienzo a recoger todo— significa que conoces a los vecinos y sabes cómo gestionar un temporal o un concurso de tartas veraniegas.

Ella me ayuda y me pasa las tarjetas del juego que quedaban más en su lado que en el mío.

—¿También te han tocado los genes de la modestia extrema y los de minusvalorar lo que eres y haces? —pregunta, dándome en mano las últimas tarjetas.

—Yo lo llamo realismo.

Veo cómo sonríe frente a mí.

—Eres una persona muy curiosa, Gabriel —dice—. Ya me lo había comentado tu hermana.

—Mi hermana comenta demasiadas cosas desde su imaginación, pero me temo que suele distar demasiado de la realidad.

Sonríe de nuevo de una forma enigmática.

—Creo que tu hermana te conoce muy bien —me asegura, todavía inmóvil frente a mí, con una sonrisa más que enigmática en los labios—. Recuerda que va a un internado de altas capacidades.

Ahora somos ambos los que sonreímos.

—Bueno, y… ¿Qué tal tu primer día en Mist Rachs? —le digo cambiando de tema mientras guardo las tarjetas en su respectiva caja, en el armario del salón.

—Ha sido un día interesante… y extraño.

Me giro hacia ella y le hago un gesto para señalarle las escaleras.

—Has definido muy bien nuestro pequeño pueblecito —le respondo mientras subimos en dirección a nuestras habitaciones—. Y además, uno nunca se acostumbra del todo a algo así.

—No me extraña. Es tan perfecto que durante todo el día he llegado a dudar que sea real. ¿Sois de aquí o…?

—Sí, nosotros sí, nacimos aquí —le cuento—. Igual que nuestros padres, y nuestros

abuelos…

—Ah, creí que…

—¿Qué?

Llegamos al final de la escalera y nos detenemos un momento para continuar hablando.

—No, que yo… No me quiero meter donde no me…

—¿Tiene que ver con nuestros padres? —Ella asiente, algo avergonzada—. Puedes hablar de ellos todo lo que quieras, no te preocupes.

—En realidad es… Creía que erais de fuera y que tu hermana y tú os habíais mudado no sé… porque era más acogedor que… —Se ríe con nerviosismo, frotándose la cabeza—. Perdona, creo que me hice una impresionante historia en mi cabeza sin darme cuenta, nada más.

—Ya veo, ya —le digo de buen humor—. Me imagino que te resulta extraño la ausencia demasiado prolongada de mis padres en la vida de Sandrine, ¿no?

—Mmm… Algo, sí, pero que yo no tengo ningún… —comienza a disculparse.

—Tranquila, no pasa nada. Ellos tienen un trabajo que requiere estar mucho tiempo fuera de aquí. Tener una empresa de traducción ya no es lo que era y les llaman de muchos lugares para que vayan a trabajar en distintos ámbitos. Y sí, se les extraña demasiado, pero el trabajo es el trabajo. Imagino.

Se queda unos segundos en silencio, observándome con curiosidad.

—Ojalá esa frase no tuviera ningún sentido —responde de forma misteriosa y deja escapar un largo suspiro—. Buenas noches, Gabriel. Y gracias por dejar que pase aquí las navidades.

Aprieta mi brazo una décima de segundo y camina los pocos pasos que la separaban de su dormitorio, entrando en él y cerrando tras de sí.

¿Qué habrá querido decir con eso último?

Y, ¿por qué Cynthia parece que va a quedarse aquí?

V

Marie

Para un día que quiero estar en el despacho antes de que todos entren, voy y me quedo dormida. Soy un desastre en muchas cosas, pero no lo había sido en mi trabajo hasta ahora. Maldita sea… ¿Qué le ha pasado a mi móvil y a las diez alarmas que pongo para evitar precisamente lo que ha sucedido hoy?

Después de tres resbalones por la calle, lo cual me recuerda que debemos despejar mejor la nieve a primera hora de la mañana de las aceras, y una considerable carrera desde mi casa hasta el ayuntamiento, llego al edificio ubicado a un lado de Mistletoe Square. Subo corriendo la enorme escalinata, quitándome de encima lo que me queda de nieve en el abrigo y el gorro de lana, y llego a la primera planta entre saludos varios, aunque menos que normalmente. Agradezco que todos estén a lo suyo, ocupados en resolver problemas de los vecinos en vez de comprobar que, por primera vez en mi vida, llego tarde a un sitio.

Llevo rogando todo el camino para que Gabriel esté ocupado en mil cosas y no me lo cruce hasta la primera reunión de la mañana, pero claro, hoy el universo quiere hacerme sufrir de mil formas diferentes por lo que sea, así que nada más pasar a la zona de la alcaldía, me lo encuentro allí de pie, junto a su mesa, justo al lado de la puerta que da a mi despacho. Parece estar ocupado revisando el móvil mientras se quita con agilidad su abrigo oscuro de paño para colgarlo en el perchero.

Escucha el ruido de la puerta y se gira al instante, abriendo tanto los ojos al verme que pareciera que ha visto un fantasma.

—Marie, pero, ¿qué te pasa? —pregunta, viniendo hacia mí con preocupación.

—Perdón, ya me pongo con todo ahora mismo. Es que…

—¿Qué haces aquí tan pronto?

Esa pregunta me deja un poco descolocada, pero comprendo todo cuando escucho una alarma en mi móvil, comenzando a sonar en ese instante. Lo saco y miro la hora.

Maldita sea.

—Creí que me había dormido y, al parecer, he llegado una hora antes —le explico para asombro de mi amigo. Entonces me doy cuenta de algo—. ¿Qué haces tú a esta hora aquí?

Y ahora es él el que parece quedarse mudo.

—Quería adelantar trabajo —me dice después de unos largos segundos—. Si has salido

tan rápido de casa, no habrás desayunado, ¿no? —Y coge de nuevo su abrigo—. Espera dentro y te traigo…

Agarro su brazo y le freno antes de que eche a correr para traerme el desayuno.

—Gabriel, eres mi secretario, no mi camarero —le recuerdo—. Saldré ahora a por algo y… —Mira que soy ridícula. ¿Por qué me estoy comportando así? Somos amigos y no va a cambiar nada aunque él ahora esté con esa chica, así que trato de actuar como lo haría normalmente—. ¿Tú has desayunado?

—Eh… No tengo hambre —responde—. Luego si eso…

—Si quieres, podemos ir a por unos cafés donde Chas. Y le pedimos churros de crema.

Su sonrisa hace aparición por fin.

—Bañados en chocolate —añade a la propuesta.

—Como los que tomábamos durante la campaña —le recuerdo, sonriendo ahora yo también.

Durante esa época, nos hicimos más amigos aún si cabe. Pasábamos muchas horas juntos, preparando un proyecto para el pueblo que le diera otra vida a Mist Rachs. Porque las cosas estaban complicadas en esa época, pero nosotros no estábamos dispuestos a rendirnos. Teníamos que dar un giro a todo para que las cosas cambiaran, pero sin que en realidad lo hicieran. Y ese equilibrio en Mist Rachs es difícil alcanzarlo, pero lo conseguimos sobre el papel, y la gente del pueblo creyó en nosotros.

Y ahora lo estamos llevando poco a poco a cabo.

Coge su abrigo y se lo vuelve a poner. Deja los papeles encima de su mesa y viene hacia mí, caminando ya conmigo hacia la salida.

—Luego nos podemos traer unas galletitas de tu hermano para picar mientras trabajamos.

Hoy sus ojos le brillan con más intensidad y no quiero saber el motivo.

—Eso está hecho —le contesto, sonriendo como puedo.

Gabriel

—Dios mío, voy a reventar.

Marie se ríe con su dulzura de siempre con mi comentario. No sé qué le sucedió hoy para haber llegado tan pronto ni entiendo por qué parecía tan callada al principio, pero parece que, fuera lo que fuese, ya quedó atrás. Por fin vuelve a ser la de siempre conmigo.

Nos hemos comido cada uno cuatro churros rellenos de crema con chocolate por encima y acabamos de terminar el café que nos quedaba en las tazas. Me siento tan feliz después de este

increíble desayuno junto a Marie que querría gritar de emoción, pero entonces pensaría que me he vuelto loco y no quiero asustarla, así que me limito a seguir sonriendo.

—Tenemos que irnos a trabajar —me recuerda mientras se levanta de la silla, sacando un billete de la cartera para pagar.

—¿La siguiente yo? —le pregunto, deseando que me diga que habrá más desayunos así junto a ella.

Me mira y en un primer momento su rostro no parece que sea el de alguien que va a contestar positivamente a la pregunta, pero va cambiando el gesto hasta contestar.

—Tenemos muchos eventos navideños todavía por repasar, así que habrá que coger fuerzas cada día.

Vuelvo a querer gritar de emoción hasta que mi cerebro me mata todas las ilusiones, recordándome que Marie es una amiga y compañera de trabajo, pero nada más.

Chas nos da una bolsita con galletitas de Philip que le pedimos que nos preparara nada más entrar y salimos de la cafetería para volver al ayuntamiento, el lugar en el que más feliz soy desde hace tiempo.

Marie no sabrá nunca cómo ha llegado a cambiar mi vida con la propuesta que me hizo, hace ya dos años, para preparar las elecciones del año pasado y entrar a trabajar en su equipo después de eso. Yo no sabía muy bien qué hacer en ese momento con mi vida. Me había ido a trabajar hace años a una importante empresa de marketing en la ciudad cuando mis padres mandaron a mi hermana a estudiar al internado. Sentí que era algo que tenía que probar. Hasta entonces, había trabajado a distancia, yendo y viniendo a visitar a distintos clientes. No podía dejar sola a mi hermana en Mist Rachs si me iba a trabajar a otra parte, y mis padres no podían dejar sus trabajos de la noche a la mañana. Pero más adelante, con la ausencia de toda mi familia en casa, aquello se me hacía cuesta arriba. Los años que estuve en aquella empresa, me di cuenta de que algo fallaba. Siempre pensé que ese era mi sueño, porque muchos soñaban con alcanzar precisamente lo que yo tenía. Pero esa vida no era para mí. El estrés, la presión, las zancadillas de todos los compañeros, el clima de competitividad constante que los directivos fomentaban… Sí, esa vida podría ser el sueño de muchos, pero no era mi sueño.

Fue entonces cuando Marie contactó conmigo. No habíamos perdido el contacto, por supuesto, y siempre que iba por Mist Rachs, quedábamos y nos poníamos al día, aunque estar a su lado siempre me proporcionaba tristeza y felicidad a partes iguales, y no sabía bien cómo lidiar con ello. Me contó sus planes en aquella conversación telefónica, me dijo que quería que el pueblo siguiera siendo lo que era, pero dándole el toque justo moderno que necesitaba para salir adelante. Las cosas no estaban muy bien al parecer. Había que sanear cuentas y… El caso es que acepté sin condiciones en esa misma charla. Volvería a Mist Rachs, le ayudaría a hacer un proyecto para el pueblo y, si ganaba, me quedaría a su lado, como secretario. Ella quería que

fuera teniente de alcalde en un primer momento, pero aquí esa figura siempre se le dejaba al líder de la oposición. De todas formas, yo no quería tener ese tipo de responsabilidad. Había tenido suficiente en aquella empresa y necesitaba algo tranquilo. Pero cerca de ella, a poder ser. Fue entonces cuando se le ocurrió este otro puesto para mí y acepté la propuesta aunque no había necesitado nada para hacerlo; al primer minuto de conversación ya le habría confirmado que la ayudaría a que fuera alcaldesa.

Desde entonces, mi vida ha sido otra. Todo cambió, y fue para bien. Y sí, se me hace duro estar a su lado como compañero y amigo nada más, pero jamás pondré en riesgo lo que ambos hemos conseguido tener.

—Vale, entonces ya están todos los kits preparados para enviar en cuanto lleguen los libros de relatos —dice Marie, revisando los papeles—. ¿Se sabe algo nuevo de la tormenta o todo en orden?

—Nada nuevo, pero…

Ella parece interesarse por ese *pero*, porque apoya sus manos en la mesa, mirándome tan fijamente que algo dentro se me remueve.

—¿Te han dicho algo?

—No, no me dicen nada —le respondo—. En realidad es una tontería que…

—Nada de lo que tú opines me parece una tontería. —Y se da prisa en corregir su frase —. Es decir, que confío en ti, eres bueno en lo que haces y… Bueno, el caso es que crees que hay un pero, ¿no?

Parece nerviosa después de decir aquello, así que le explico todo lo claramente que puedo.

—Normalmente los días anteriores a la tormenta había algo de nieve, sí, pero… ¿No crees que está habiendo este año demasiados días, y bastante cantidad?

—Sí… Es cierto, puede que tengas razón. Pero nos han dicho que igualmente todo va bien —me dice, más para autoconvencerse que para que yo se lo confirme.

—Sí, me dicen que como siempre.

Se hace un breve silencio que se rompe con sus palabras.

—Pero no te convence —afirma, leyéndome la mente. Yo asiento—. ¿Qué crees que se podría hacer entonces?

Y lo dice de verdad. Se fía de mi criterio, por encima del de los expertos. Eso me provoca escalofríos por todo el cuerpo.

—Normalmente aconsejamos extremar la precaución el día antes, pero este año yo lo haría al menos con tres días de antelación. Hacer una buena compra, ponerse cómodos en casa…

Por si acaso. No sé, es… Tengo una corazonada y…

—Vale —me dice—, haremos eso. Sacaremos un comunicado para que la gente tenga previsiones en su casa. —Comienzo a apuntar en mi libreta mientras ella habla—. ¿Qué día ponemos como…?

—Desde el mismo lunes —respondo—. Normalmente llega la noche de Nochebuena, así que este año… El lunes es mejor que la gente ya se vaya pronto a su casa, el mercadillo cierre a mitad de tarde…

—Muy bien, pues desde el lunes.

Suspiro, sintiendo algo de vértigo con todo esto.

—Puedo equivocarme, Marie —reconozco—. Puede ser solamente una corazonada y que luego…

—Prefiero que la gente esté en sus casas pronto durante un par de días más que arriesgarme a que les pase algo —dice con firmeza—. Saca el comunicado hoy mismo, por favor. Asumiré la responsabilidad si hay alguna queja.

—No, pero si yo he sido quien…

—Soy alcaldesa para lo bueno y para lo malo, Gabriel —me recuerda con una sonrisa—. No te preocupes. Como mucho, pasarán unas cuantas horas más en casa disfrutando del maravilloso kit que has ideado.

Esa dulce sonrisa me tranquiliza al instante, como siempre me sucede. Todo lo que Marie dice, lo hace de tal forma que no tienes más remedio que asentir con gusto y darle la razón. Te hace sentir bien, pase lo que pase.

Ojalá pudiera hacerle sentir yo así también.

—Tendré que trabajar duro durante meses para incluir en el del próximo año el juego de las películas —comento.

Ríe encantada con mis palabras, y eso me hace feliz.

Maldita sea, ella me hace feliz.

—Oye, y… —comienza a decirme ella, como si no quisiera mantener ningún silencio entre nosotros aunque sea con risas de por medio—. ¿Qué tal ayer? Con tu hermana y su amiga, ya sabes.

—¡Bien! Muy bien —le respondo—. Mi hermana está eufórica por celebrar la Navidad en casa.

—A su amiga espero que le guste esta época.

—Si no, lo va a pasar realmente mal.

Río con Marie un instante, aunque ella parece querer decir algo más.

—Parece muy maja. La amiga de tu hermana, quiero decir. Tu hermana ya sé que lo es.

Su risa nerviosa se me escapa.

—Pues sí, es bastante maja, sí. Sandrine tiene suerte de tener una profesora como ella, la verdad.

—Sí, ella es… ¿Vas a participar en el concurso de envolver regalos de esta tarde? —dice, cambiándome de tema de nuevo de forma extrañísima.

—Eh… Pues sí. Fui el otro día a apuntarme.

—¿Y tu hermana?

—La apunté a ella también.

Tres segundos después, vuelve a hablar.

—Puede ir si quiere la amiga de tu hermana aunque no se haya apuntado, que seguro que Tyra no tiene ningún problema en…

—La verdad es que no le pregunté si le apetecía venir —le digo—. Le comentaré hoy al mediodía y…

—Yo a lo mejor voy también.

A mí hoy se me está escapando algo.

—¿Tú? Pero si te tenía que forrar yo los libros de pequeños porque te acababas forrando tú en vez de…

—Pero es que antes voy a ir al taller —replica.

—Es un taller de una hora, Marie, no creo que…

Intento aguantar la risa, pero es que tendríais que ver la poca maña que tiene Marie para las cosas manuales. En el colegio era yo quien usaba por ella el pegamento porque, no sé cómo, pero terminaba con el pelo lleno de trozos de papel brillante pegado y la lámina vacía. Era algo realmente sorprendente.

—Este año me he propuesto hacer cosas nuevas, ¿sabes? —me dice, algo ofendida por mis risas—. Y a lo mejor consigo aprender a envolver regalos. Esa es mi primera meta.

—Bueno, eso está bien, sí. Entonces imagino que nos veremos esta tarde, ¿no? Compitiendo por el regalo mejor envuelto.

—Exacto.

La noto algo enfadada.

—Marie, ¿te ha sentado mal que yo…?

—No, para nada —responde rápidamente—. Tú puedes ir con quien quieras, porque en realidad nosotros…

—¿Qué?

—¿Eh?

—No entiendo a lo que te refieres.

—¿A qué?

¿Me está intentando volver loco?

—Marie, ¿estás bien? Hoy te noto…

—¿Yo? —Se echa hacia atrás en su silla, riendo de forma extraña—. Estoy perfectamente bien, ¿no me ves?

—No te preocupes por lo de la tormenta, porque seguro que nos las apañamos y…

—Ya, eso, sí… La tormenta. —Vuelve a incorporarse y a ponerse seria de repente—. Hay que centrarse ahora en eso. Bien, a ver, ¿actividades tendríamos que suspender por precaución?

—Pues… —Rebusco en mis papeles el calendario navideño de actividades y calculo por fechas y horario—. Puede que la función de Navidad del colegio pueda desarrollarse sin problema, pero el concurso de Santa Claus… Está complicado. La guerra de bolas de nieve es después de la tormenta, así que si no se alarga demasiado, podría hacerse. El turno de noche del ciclo de películas esos días habría que cancelarlo, claro. El belén viviente es mejor que no salga a partir de cierta hora y la apertura de las últimas ventanas del calendario de Adviento, o bien las pasamos a la mañana o… —Su suspiro corta mi frase—. Marie, ¿estás bien?

Tuerce el gesto de la boca y menea levemente la cabeza.

—¿Qué haremos si la tormenta se descontrola? ¿Y si no podemos poner a salvo a todo el mundo y alguien se queda sin comida o se le estropea la calefacción? ¿Y si no les llega la reserva de leña para la chimenea? ¿Qué pasará sí…?

—Marie, cálmate —le pido, viendo que está a punto de hiperventilar—. No va a pasar nada de eso, ¿de acuerdo? La tormenta de las navidades pasadas fue bien, así que este año no será diferente.

—Pero… —insiste, todavía nerviosa.

—¿Sabes? El año pasado estuve echándole un vistazo a los planos del subsuelo, por si había que echar mano de eso —le cuento.

Frunce el ceño.

—¿El subsuelo? ¿La parte de debajo de Mist Rachs? —pregunta, señalando con el dedo nuestros pies.

Asiento antes de responder.

—Exacto. En el archivo local que tiene la biblioteca, hay unos cuantos planos de todos los callejones que sigue ese laberinto subterráneo. ¿Sabías que cada casa está comunicada con cada punto de la ciudad?

—Sabía que había unos pasadizos subterráneos, pero no sé exactamente… Hace mucho tiempo que nadie los usa. Deben estar en pésimas condiciones.

—Podría sernos de utilidad todo lo de ahí abajo algún día —le digo—. Cuando llegue la primavera, tendríamos que plantearnos bajar para ver cómo podemos darle uso. De todas formas, si durante la tormenta se necesitara, podríamos tener esa opción como último recurso. Mientras

tanto, comencemos a organizar todos los cambios de las actividades, ¿te parece?

—Bien, muy bien… —dice observando el papel sobre el que he ido señalando cada cosa que habría que cambiar de horario o directamente cancelar. Y levanta la vista—. ¿Te pones con ello ahora?

—Claro, sin problema. ¿Quieres que convoque a la gente para que les expliques…?

—No mareemos tanto a los vecinos. Mejor manda el comunicado por escrito y…

—Sé que lo haces para no molestarles, pero puede que si los convocamos en Mistletoe Square, se enteren todos de lo que vamos a hacer. Con comunicados por escrito, en la televisión o por radio, habrá algunos vecinos a los que no les llegará el mensaje. Avisar de una convocatoria urgente de la alcaldesa llama más la atención y todos al final o bien irán o hablarán de ello durante días.

—Tienes razón —me dice—. Vale, prepara todo y avísame cuando esté.

—Te redacto algo rápido y…

—Perfecto, sí. Gracias, Gabriel.

No me he dado cuenta de cómo nos hemos quedado de cerca mirándonos y temo que se sienta incómoda con esto, así que me levanto de la silla con rapidez.

—Me pongo ahora mismo con ello, a ver si al mediodía pueden dirigirte ya a los vecinos.

Salgo de su despacho mientras escucho un *de acuerdo* lejano y un *gracias* casi imperceptible. Tengo que olvidarme de Marie en ese sentido, pero no sé cómo hacer algo así.

Menos aún pasando cada vez más tiempo con ella.

VI

Cynthia

Sandrine y yo hemos salido un rato para ver el pueblo hasta que su hermano acabe de trabajar. Y no he visto cosa igual en mi vida. Nieva suave sobre nosotras mientras paseamos por los puestos del mercadillo, vemos el gran calendario de adviento en un lado de la plaza del pueblo, al otro lado de donde tienen ubicado un elegante y enorme árbol de Navidad. La gente nos saluda al pasar, nos ofrecen galletas de jengibre al tomarnos un café y nos desean buena mañana con una sincera sonrisa. Da un poco de miedo, la verdad, pero Sandrine no parece asustada con todo aquello, así que continúo, cada vez menos recelosa, caminando por las adornadas y bellas calles de Mist Rachs.

—¡Philip! —grita Sandrine al ver a un chico guapísimo, abrazado a una pelirroja de quitar el hipo—. ¿Esta es la novia de la que todos me han hablado desde que he llegado?

—¡Sandrine! —le digo sin poder evitar reírme, igual que hacen ellos dos con esas palabras.

Philip y esa chica se separan y me saludan dándome la mano, presentándose ella como Jenna.

—Exacto —le confirma Philip—, ella es Jenna, mi novia.

Sandrine aplaude emocionada y abraza con fuerza a esa chica tan jovial que está encantada con esa muestra de afecto.

—Has conseguido que Phil adorne el restaurante y su casa como antes, así que ya te adoro —le dice Sandrine a Jenna, la cual mira con una sonrisa preciosa a Philip y este, a su vez, le copia su sonrisa.

—Me costó como una semana, pero lo conseguí —le cuenta ella.

—No es que fuera complicado entonces —comento, más por intervenir en la conversación y que no piensen que estoy aquí plantada esperando a irme.

—Para mí no —me explica Jenna—, pero en este pueblo las cosas… Son diferentes. ¿Tú eres la amiga de Sandrine, que vino con ella ayer?

—Las noticias vuelan aquí también —le digo—. Sí, soy Cynthia. Llegué ayer y todavía estoy alucinando con todo esto. ¿Todos los años es así?

—Yo no tengo ni idea porque llegué no hace ni veinte días —me cuenta Jenna, mirando a Philip para que sea él quien responda.

—En Mist Rachs nos ponemos intensos en Navidad —dice él de buen humor.

—Espera, ¿menos de…? —le digo a Jenna.

Porque he calculado rápidamente y no me salen las cuentas. Sandrine no conocía a Jenna, así que tiene que ser nueva en el pueblo. Y dice que ha llegado no hace ni veinte días. Pero ya son novios. Y…

Aquí pasa algo raro.

—Como te decía, las cosas en este pueblo son diferentes —me explica, encogiéndose de hombros mientras Philip le da un tierno beso en la sien—. Si quieres, te podemos explicar algunas antes de que te vayas. Tienen unas leyendas increíbles que yo todavía estoy descubriendo, así que podríamos meterles presión juntas para que nos las contaran a las dos.

—Me encantaría; soy fan del folklore en todas sus formas.

—¡Genial! Pues este fin de semana vamos a ir a ver unas películas al cine del pueblo —dice—. Hacen durante todo el mes un ciclo de cine navideño y hemos quedado unas cuantas para ir el sábado por la tarde.

—¡Yo también me apunto! —dice Sandrine, dando por hecho que voy a decir que sí. Y me mira—. Te vendría genial para poder tener posibilidades de ganarnos a mi hermano y a mí al juego de ayer por la noche.

Me echo a reír al recordarlo.

—Muy bien, pues el finde toca cine navideño —les confirmo.

¿He hecho felices a unos desconocidos por aceptar una invitación que creí que hacían por quedar bien? No entiendo nada desde ayer, de verdad os lo digo.

Nos despedimos de ambos y seguimos caminando. Sandrine quiere ir a ver a unos amigos a la hora del recreo en el colegio del pueblo, así que damos media vuelta y nos dirigimos hacia allí. Con las distancias tan cortas que hay en este lugar, puedo ver de lejos el cartel del colegio en el que pone Evergreen School en tonos verdes y blancos. Es un edificio de dos plantas de madera con el tejado rojo, con base de cemento. Parece la típica cabaña que podrías encontrarte en mitad de un bosque, pero algo más grande. A un lado tiene una especie de patio con chicas y chicos de todas las edades. Un par de ellos se le acercan corriendo a Sandrine, sin dejar que llegue siquiera a la zona del colegio. Me quedo a un lado, vigilando. Y no sé por qué, si en realidad en este pueblo no parece pasar nada y Sandrine lo conoce como la palma de su mano. Será deformación profesional.

—Sandrine, si quieres te puedo esperar en casa en una hora.

Ella se gira y me mira, todavía sonriente por los comentarios que le están haciendo sus amigos, diciéndole que la extrañaban y que la ven genial.

—¿No te importa? —pregunta con miedo a que le diga que mejor siga paseando conmigo un rato más.

—Para nada —le respondo—. Nos vemos a la hora de comer, ¿vale?

—¡Vale!

Ella vuelve a girarse hacia sus amigos, a los que se van sumando cada vez más, y comienzan a caminar hacia el colegio, así que yo me doy media vuelta y me acerco a uno de los puestos del mercadillo que vi antes. Estaba deseando probar el vino caliente especiado. Lo acompaño de un pretzel y en cuanto le doy el primer bocado, casi se me caen lágrimas de emoción al comprobar lo riquísimo que está. Y el vino… Por dios, esto no puede ser real. ¿Cómo hacen las cosas en este pueblo?

Camino por la calle principal mientras me tomo el vino y el pretzel con calma y observo cada detalle de la misma. Todo bellamente adornado. Todo. Absolutamente todo. Cada rincón, árbol, farola, tienda… Hay incluso elegantes guirnaldas de luces cálidas que cruzan de un lado al otro sobre nuestras cabezas. Todo huele a galletitas de jengibre, a pino y eucalipto, a bollería y pan recién horneado. Es como si alguien se hubiera esmerado en crear el pueblo navideño perfecto para filmar una historia de Hallmark.

Espeluznantemente bello.

—Perdone, ¿es usted la nueva turista?

Dirijo mi mirada hacia el lugar de donde proviene esa voz y veo a un hombre vestido con traje de sheriff, como en las películas antiguas, con las manos en el cinturón y cara de pocos amigos, mirándome fijamente.

—Sí, he llegado ayer. Con Gabriel y su hermana Sandrine.

—Y usted es… —insiste sin cambiar su gesto severo.

Estaba claro que en este pueblo no todo era perfecto.

—Me llamo Cynthia. Soy la profesora de arte de Sandrine en el internado.

—Y ha venido aquí a pasar las fiestas. Con una de sus alumnas.

No parece muy convencido.

—Nos llevamos bien. Perdone, ¿pasa algo conmigo? ¿He hecho algo o…?

—No, para nada. Simplemente estaba preguntándole —responde él, todavía demasiado serio para lo que he visto en este pueblo—. ¿Va a quedarse todo el mes?

—¿Necesita esos datos por algún motivo?

—Soy el que tiene que mantener a salvo a la gente de este pueblo.

—Me parece muy bien, pero yo no soy ninguna amenaza.

Sonríe, pero no de la forma que me habría gustado.

—Eso yo no tengo por qué saberlo.

—Pero yo sí que tendría por qué saber qué quiere usted antes de seguir contestando a sus preguntas. Así que, si no va a explicarme sus motivos, buenos días.

Comienzo a caminar con rapidez para perderle de vista cuanto antes, no vaya a ser que

acabe presa en mi segundo día en este pueblo.

—Oiga usted —sigue hablando detrás de mí—. ¿A dónde piensa que va?

No respondo y continúa siguiéndome, cada vez más cerca. Y cuando siento que agarra mi brazo, alguien sale como de la nada y le agarra a él del otro brazo.

—Pete, ¿qué pasa? —le pregunta una chica con el pelo de colores y tez morena.

Espera, ¿no es con la que Gabriel y Sandrine se pararon a hablar desde el coche cuando llegué ayer al pueblo?

—Tyra, si dejas sola tu tienda, pueden robarte —le contesta él sin soltarme todavía.

—¿En Mist Rachs? —le pregunta con tono de sorna—. ¿Cuántos robos atiendes al año, Pete? —Al ver que él no contesta, sonríe y vuelve a hablarle—. Anda, suelta a nuestra invitada.

Él tarda todavía unos segundos en reaccionar, pero me suelta.

—¿Invitada? —le pregunta este tal Pete—. Es invitada de Gabriel y Sandrine, no tuya.

Ella agarra mi cintura, sorteando el gran cuerpo del sheriff, y me acerca a ella.

—Sí que lo es. —Y me mira—. Estás invitada a entrar en mi tienda. ¿Vienes?

—¡Sí, por favor!

Tyra ríe con mi tono de súplica evidente y vuelve a mirar a Pete, soltándome al arrastrar mi cuerpo lejos de él.

—¿Ves? Mi invitada. Y Pete, vamos a tener que darte unas clases sobre cómo tratar a la gente, porque te vemos un poco desubicado últimamente.

Le deja con la palabra en la boca y me empuja hacia el interior de una tiendecita muy coqueta de ropa, con los adornos justos para ser elegante y no recargado. Huele a hoguera hecha en un bosque aquí dentro, y dan ganas de sentarse y contarse unas cuantas historias frente a un fuego crepitante, en mitad de una oscura noche.

Tyra cierra la puerta para que no nos congelemos de frío y viene hacia mí.

—Oye, gracias por lo que has hecho —me apresuro a decirle—. No sé qué es lo que pasaba, pero de repente vino ese señor y… Yo juro que no estaba haciendo nada salvo tomarme esto por la calle.

Ve en mis manos el vaso de vino y el pretzel a medio comer y se echa a reír.

—Eres de las mías —comenta, yendo hacia el mostrador y sentándose en él de un salto —. La gente en este pueblo se muere por una taza de chocolate caliente con galletitas de jengibre y yo soy más de eso que tomas tú precisamente. —Y como sigo sin abrir la boca, señala con la mirada a mi pretzel—. ¿Puedo darle un bocado? Llevo sin comer uno desde hace tres horas y ya lo extraño.

—Puedes comerte lo que queda; a mí se me ha quitado el hambre.

Se lo ofrezco, acercándoselo a la boca, pero ella sólo le da un mordisco, mirándome de reojo al hacerlo.

—No le hagas caso a Pete —me dice ahora, bajándose del mostrador—. Está un poco estresado este mes, pero es buena gente. Aunque va a tener que calmarse y volver a tratar a los turistas con respeto, como si fueran seres humanos con derechos, ya sabes.

Sonrío cuando me guiña un ojo al decir aquello. ¿Por qué siento que quiero quedarme en esta tienda para siempre? Que me muestren un poco de amabilidad no quiere decir que tenga que emocionarme de esta manera.

—Bueno, yo… Creo que tendría que irme para dejarte trabajar.

Me voy a girar hacia la puerta, pero ella habla antes.

—Espera un momento —me dice, haciendo que la mire. Ella observa algo en la calle mientras continúa hablando—. Pete está a punto de torcer en esa esquina. —Me giro hacia donde ella está mirando y veo que es cierto, y que, de paso, él echa un vistazo en nuestra dirección antes de desaparecer por la calle de la derecha—. Está, ya puedes irte. Si quieres.

Voy hacia la puerta, ahora sí. Estoy todavía un poco descolocada por lo que acaba de pasar y necesito tomar un poco el aire. Antes de salir, me giro hacia ella, que está rodeando el mostrador para sentarse con gracia en un taburete alto al otro lado.

—Muchas gracias por todo, Tyra.

—De nada, Cynthia —contesta ella con una sonrisa que te llena de paz el alma.

—¿Te acordabas de mi nombre?

—Tengo buena memoria —me dice a modo de breve explicación, encogiéndose de hombros sin dejar de sonreír.

Salgo de allí en dirección a ninguna parte, como llevo haciendo la práctica totalidad de mi vida.

Y no me ha ido mal, porque eso me ha llevado hasta aquí.

Tyra

Tendría que haber hecho inventario a mitad de mes, como hago cada año en diciembre. Es una tremenda locura si no. Pero me comprometí con Massie a albergar este año el pequeño taller de envolver regalos y el concurso posterior y, aunque es algo modesto, llevo toda la semana despejando la trastienda para el taller e ideando una especie de toldo para colocar en el exterior, ya que el concurso tiene que ser público. Pues bien, el inventario de mitad de mes se fue a la mierda y hoy me he pasado media mañana rebuscando entre toda la ropa para encontrar las cosas para un pedido. Y claro, el pedido ha salido tarde y mi mañana se ha perdido casi por completo.

Estoy terminando de colocar en un rincón todo para montar lo del concurso de la tarde

cuando Edmund, el auxiliar del ayuntamiento, entra con rapidez, dejando pasar también parte del frío del exterior hasta que la puerta vuelve a cerrarse del todo.

—Tyra, en una hora en Mistletoe Square va a hablar Marie de algo urgente —dice con rapidez, casi sin aliento.

—Sigo pensando que tendríamos que hacer un grupo en redes o algo similar para que no tengas que ir de acá para allá todo el día —le digo sin dejar de hacer mis cosas.

—Eso, al buzón de sugerencias —me pide, abriendo de nuevo la puerta—. No me hagas llevar ahora ese recado para allá porque hoy voy justo de tiempo.

Le despido con la mano y continúo haciendo mis cosas cuando la puerta vuelve a abrirse.

—Edmund, ¿no ibas justo de…? —Pero al levantar la vista, veo a Sandrine y a Cynthia frente a mí, sonrientes ambas—. Vaya, ¿qué os trae por aquí?

—Venía a traerte esto —me dice Cynthia, acercándose a mí con una bandeja de cartón en donde veo un vino especiado y un pretzel—. Para agradecerte lo de antes.

Creo que se me nota la ilusión que me ha hecho este detalle y por eso sonríe cuando cojo la bandeja.

—No tenías por qué hacer esto —le aseguro, dando un bocado al pretzel—, pero gracias.

Se hace un instante el silencio entre las tres hasta que Sandrine habla.

—¿Vas a ir luego a ver a Marie a la plaza?

—Eh… Sí, claro —le respondo, mirándola a ella—. ¿Tú sabes de qué va el tema?

Sandrine niega con la cabeza.

—Entonces nos vemos en un rato allí —me contesta.

Se da la vuelta y va hacia la puerta. Cynthia se queda ahí de pie, frente a mí. No sé por qué no se mueve, así que sólo se me ocurre la mayor idiotez del mundo: le ofrezco mi pretzel. Porque podía haber hecho un comentario gracioso, o haberme despedido de ella, haberle dado de nuevo las gracias… No, yo cojo y le ofrezco de mi comida, como un niño pequeño queriendo compartir la merienda con su amigo en el parque.

Por suerte, ella lo ve y sonríe con sinceridad. De hecho, da un bocado y hace un gesto con los ojos como diciéndome *está riquísimo*. Se da media vuelta y sale con Sandrine de la tienda. Yo me quedo dentro, bastante descolocada.

Y es que no sé por qué no siento, como con cualquiera de los otros turistas que llegan, si Cynthia va a quedarse en Mist Rachs o se va a volver a ir.

VII

Marie

—No hace falta, Gabriel, ya lo hemos repasado y está todo correcto —le aseguro.

—De todas formas, yo estaré justo abajo por si necesitas algo.

Sonrío con aquello.

—Gabriel, sólo voy a darles unas recomendaciones —le recuerdo—. Espero que no me resulte difícil. Salimos en un rato, les explico en pocos minutos y nos vamos cada uno a nuestra casa. —Entonces me acuerdo—. Hasta el concurso de envolver regalos, claro.

Él se medio ríe en cuanto le menciono aquello.

—Con eso también te puedo echar una mano si lo necesitas.

No quiero que me eches una mano con eso. Lo que yo quiero es…

—Espero que tampoco haga falta —contesto, evitando decir lo que en realidad pienso, porque el miedo a perder a un buen amigo me ha estado paralizando toda la vida.

Incluso cuando le pedí que me ayudara con la campaña y todo lo demás, sentí que tenía que medir mis palabras para que no pensara nada extraño de aquello. Es extraño, pero cuando decidí presentarme a alcaldesa, sólo pensaba en pedirle ayuda a Gabriel, aunque hacía ya tiempo que tenía un trabajo fuera de Mist Rachs y no había indicios de que quisiera volver.

—Voy a preparar todo fuera y nos vamos en cinco minutos, ¿de acuerdo? —me dice, yendo hacia la puerta.

Justo cuando va a salir, Frederick, el teniente de alcalde, se cruza en su camino.

—Siempre en medio —escucho que este le dice a Gabriel en tono jocoso, dejándole salir del despacho para entrar él. Cierra la puerta cuando lo hace y se me queda mirando con una sonrisa que anticipa la conversación que vamos a tener—. Mi queridísima alcaldesa, ¿qué tipo de comunicado vas a hacerle a los vecinos y por qué yo no he sabido nada hasta hace un rato?

Camina entonces hacia mi mesa, tirándose sobre una de las sillas, todo lo largo que es. Se pasa los dedos entre su pelo oscuro y no deja de mirarme con esos ojos grises y su sonrisa de niño rico que puede permitirse el lujo de hacer y decir lo que le plazca.

—Edmund fue a avisarte hace un rato por todas partes, ya que no me cogías el teléfono en tu despacho —le explico.

—Claro, mujer, porque estaba tomando algo donde Chas. No vamos a pasarnos el día

trabajando, ¿no? —Da una palmada en la mesa mientras ríe con aire de suficiencia—. Y tú deberías trabajar un poco menos, Marie, porque no es bueno para la salud estar día y noche preocupada por todo, ¿sabes? Tendríamos que salir tú y yo por ahí de fiesta un día.

—Frederick, te he dicho muchas veces que…

—Pero si esto es un ayuntamiento de un pequeño pueblo, Marie —me corta, sabiendo perfectamente lo que voy a decirle—, esto no se considera trabajar juntos siquiera. Además, a cierta edad tendría que gustarle a una mujer que un yogurín como yo le proponga…

Voy a explotar ahora mismo. Ya.

Me levanto de mi silla, dispuesta a cualquier cosa.

—Frederick, sal ahora mismo de mi despacho —le insto con un tono de voz que no le cabe duda de que va muy en serio.

Se me queda mirando con sorpresa, pero ni se mueve.

—Pero Marie, mujer, que yo lo único que te…

—Te he dicho muchas veces que no me hables de nada más que de trabajo —le recuerdo, y espero que esta vez se le quede grabado en la mente—. Así que, si no tienes más que decir sobre algún tema laboral, sal ahora mismo de mi despacho.

—¡Vale, vale! —dice, levantando las manos, pero todavía tirado sobre la silla—. Muy bien, pues hablemos de trabajo. ¿Vamos a dar el discursito juntos o qué?

Me siento de nuevo, realmente agotada.

—Hay que advertirle a la gente de la proximidad de la tormenta —le explico—. Es sólo eso. Si quieres estar a mi lado cuando les…

—Siempre quiero estar a tu lado, Marie. —Y cuando ve mi gesto de nuevo, rectifica al instante—. ¡Por trabajo! Siempre quiero estar a tu lado por trabajo. Hay que ver cómo malinterpretas todo, chica.

Que alguien me recuerde por qué hay que ceder el puesto de teniente de alcalde al líder de la oposición, porque es una tradición de Mist Rachs que estoy a punto de destrozar para siempre.

—Salimos en cinco minutos hacia Mistletoe Square —le anuncio.

—Entonces te espero en el coche.

—¿Qué coche?

—En el oficial, claro.

—¿Qué coche oficial? —Froto el puente de la nariz, tratando de calmarme—. Esto es Mist Rachs, por el amor de dios, Frederick, ¿cómo vas a ir en coche hasta la plaza que tenemos justo al lado?

—Es que le quitas toda la emoción a este trabajo —se queja.

—Frederick, entendería que te quisieras ir de nuevo a la ciudad para trabajar en la

empresa de tu padre, porque en realidad Mist Rachs no…

—¡Para nada! —me corta—. Además, mi padre está encantado con tener aquí influencias. Le gusta mucho este lugar, ¿sabes?

¿Por qué iba a interesarle un pueblo tan pequeño a alguien que dirige multinacionales?

—En cinco minutos en la puerta principal, Frederick —le repito, esperando que se vaya al verme levantar de nuevo de mi silla.

Y lo entiende, aunque a regañadientes. Se levanta también, emitiendo un largo suspiro.

—Muy bien, pues en cinco minutos, señorita alcaldesa.

—Señora alcaldesa —le corrijo.

—Bueno, no estás casada todavía, aunque si quieres que yo te…

Odio profundamente esa risa socarrona que siempre utiliza para dirigirse a mí.

—Frederick, lárgate ya.

Lo he dicho con tanta contundencia que ni siquiera se molesta en volver a abrir la boca para despedirse. Va hacia la puerta y justo al abrir vuelve a encontrarse con Gabriel. Ambos se miran con cara de pocos amigos y por fin Frederick se va y mi mejor amigo entra, cerrando la puerta.

—Todo listo —me anuncia con voz de estar aguantándose las ganas de insultar al baboso acosador teniente de alcalde.

—Bien, pues vamos yendo —digo, yendo hacia él—. Frederick quiere estar a mi lado cuando le hable a los vecinos —le anuncio.

—¿Por qué querría…? —pregunta con indignación—. No trabaja ni una hora a la semana, ¿y sólo aparece cuando hay que figurar?

Me encojo de hombros porque tiene toda la razón.

—No puedo decirle que no. Es el teniente de alcalde.

En realidad yo no quise que lo fuera. Se lo ofrecí a Gabriel, pero este lo rechazó para seguir con la maldita tradición. Dijo que no quería tanta responsabilidad y que no podíamos acabar con algo que habíamos mantenido tanto tiempo en el pueblo. Que era una deferencia de buena voluntad y educación hacia el adversario y no sé cuántas tonterías más, porque Frederick ni siquiera es de aquí, ni se preocupa por el pueblo, ni tiene ninguna propuesta más allá de pagar menos impuestos porque así cada uno tendría más dinero para gastárselo en lo que le viniera en gana. No le ha entrado todavía en la cabeza que todos esos impuestos hacen que los servicios de Mist Rachs sean los mejores en toda la región y que garantizan la igualdad y una vida más que digna para todos los vecinos del pueblo.

—Tendrías que plantearte destituir a ese cerdo —dice de repente, sorprendiéndome sus palabras.

—Te recuerdo que fuiste tú quien no quiso aceptar serlo en lugar de él. —En cuanto le

digo esto, agacha la cabeza. Creo que me he pasado—. Lo siento, Gabriel, no quería… Estar cerca de Frederick me pone de muy mal humor y no quiero pagarlo contigo, perdóname.

Vuelve a mirarme y me sonríe con tristeza.

—Pensé que lo mejor era no cambiar todo nada más entrar —me vuelve a explicar como en aquella conversación—. Pero reconozco que tú tenías razón. Y lamento que me hicieras caso. Lo lamento de veras.

Poso mi mano sobre su hombro mientras sigue mirándome con esos ojos tan claros que te envuelven como si de un alud se tratase.

—Vámonos, anda.

Salimos mi mejor amigo y yo del despacho con el ánimo por los suelos, pero cuidar de Mist Rachs tiene que ser ahora mismo la prioridad, así que tendremos que dejar a un lado todo para estar preparados para la tormenta de nieve.

Gabriel

Odio a ese Frederick. Es que no lo soporto. Es un baboso y sé que molesta a Marie en cada oportunidad que tiene. Ella me ha pedido que no intervenga y cada vez que le veo, siento que voy a explotar, pero no digo ni hago nada. Y mira que soy alguien pacífico y trato de comprender a todo el mundo, pero a este Frederick no quiero ni esforzarme para ello. Simplemente sueño con que un día deje de molestar y se vaya de Mist Rachs.

—¿Es tan grave la situación? —me pregunta Sandrine a mi lado mientras escucha las recomendaciones que está dando Marie frente a todo el pueblo.

—Puede que lo sea, sí.

—Entonces habrá que ir a por reservas de chocolate caliente.

Me encanta que mi hermana sea tan inocente todavía.

—Tranquila, que todavía tenemos tiempo.

Siguen escuchándose lamentos por tener que cancelar actividades y mover otras. Entiendo que organizar algo así es costoso, pero lo primero es la integridad de los vecinos, así que, si hay que cancelar algo, no queda más remedio que hacerlo.

—Tyra —escucho que le dice Sandrine a mi lado—, ¿lo tuyo de esta tarde…?

Ella me mira, asomándose a un lado de mi hermana.

—¿Voy a poder hacer el concurso? —susurra en alto para que pueda escucharla.

—Por ahora, creo que sí —le confirmo en el mismo tono.

—Cynthia —oigo que le dice Tyra sin dejar de susurrar. Esta está a mi otro lado, así que ahora la que se asoma es ella, sorteándonos a mi hermana y a mí—. ¿Te apuntas al concurso de esta tarde?

—¿Concurso? —pregunta ella.

—De envolver regalos —responde Tyra.

A Cynthia parece encantarle la idea.

—Vale, iré.

Tyra sonríe en exceso con la noticia y por fin vuelve a hacerse el silencio después de tantos susurros alrededor. Terminamos de escuchar a Marie hasta que esta baja de la tarima desde donde estaba hablando. Viene a reunirse con nosotros mientras la gente sigue preguntándole si es tan grave lo que se avecina. Ella intenta calmarles a todos, pero de repente escuchamos la voz de Frederick desde la tarima todavía.

—No os preocupéis —les dice a todos con esa sonrisa de prepotencia tan asquerosamente suya—. Es una tormenta como la de cada año, nada más. La alcaldesa está un poco nerviosa, a saber por qué. Serán temas personales. —Me gustaría tanto subir ahí y hacer que dejara de reírse…—. Yo os aseguro que no va a pasar nada, así que seguid con vuestras cosas como siempre, porque…

Marie casi se echa a correr hacia la tarima. Bueno, casi no. En realidad ha llegado antes de que el inaguantable teniente de alcalde termine su frase. No escucho lo que le dice, pero ha tenido que ser algo muy fuerte para que él se haya echado a un lado primero y se haya bajado de allí a continuación, alejándose sin más de la gente, volviendo al ayuntamiento.

—Sé que todas estamos nerviosas por la tormenta de este año —vuelve a decirle a la gente, que ya no sabía qué pensar con la última intervención de Frederick—, pero tenemos que seguir las recomendaciones para que todos estemos seguros y podamos disfrutar de un nuevo día de Navidad sin incidentes. Si alguien tiene alguna duda sobre todo esto, ya sabe que el despacho de la alcaldía está a su disposición. Os repito: las actividades de hoy siguen como hasta ahora y a partir de mañana empezaremos a programar todo lo que se pueda hasta el mediodía, evitando las horas en las que la nieve pueda dificultar el transcurso de las mismas.

Creo que la gente se ha calmado un poco con el tono tranquilo de Marie; es uno de los maravillosos efectos que siempre ha tenido sobre la gente. Ella vuelve a bajar y entonces puedo ver con claridad que esas mejillas enrojecidas no son a causa del frío.

—¿Va todo bien? —le pregunto en bajo cuando ella me separa del tumulto, llevándome directamente hacia el ayuntamiento sin tan siquiera pararse a hablar con nadie.

—Creo que he metido la pata —me dice con excesiva angustia, sin tan siquiera mirarme.

—¿Tú?

Y mi tono de incredulidad le hace sonreír.

—Le amenacé con bajarle por las malas si no se iba él.

—¿Y se fue sin más? ¿Por decirle eso?

No me lo puedo creer.

—Bueno, también le dije que si volvía a hacer algo así, yo misma me encargaría de sacarle del ayuntamiento.

—¡Bravo! —exclamo, emocionado por ver que Marie por fin le ha plantado cara al impresentable de Frederick.

—Pero ahora tenemos un problema. O eso creo —me anuncia—. Y me parece que me vas a odiar por ello.

—¿Odiarte? ¿Yo a ti? Marie, por favor…

Se detiene a las puertas del ayuntamiento y me mira fijamente con seriedad.

—Le dije que estaba deseando quitarle de teniente de alcalde para que tú ocuparas su lugar —me cuenta, angustiada—. Y él me respondió *por encima de su cadáver*.

—Pues si quiere que pasemos por encima de él, eso está más que hecho, vamos. Y no te preocupes, porque…

—No, no lo has entendido —me corta—. Dijo, literal: *por encima de su cadáver*.

Y creo que ahora sí que he comprendido el sentido de esa frase. Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Porque todos sabemos que Frederick tiene contactos, y no de los buenos. Es algo así como un *infiltrado* en Mist Rachs. No es parte del pueblo, no se relaciona con nadie. En cuanto termina su jornada, la cual se la pasa tomando café y algún que otro vino, se larga del pueblo y no vuelve hasta el día siguiente. No se preocupa por nada de lo que sucede aquí, y obviamente en esta ocasión las cosas no iban a ser diferentes. Y si le ha dicho aquella frase a Marie, es por algún motivo, más aún si se ha ido directo al ayuntamiento.

—Bueno, no pasa nada —le digo para que deje de preocuparse—. Ha dicho aquello porque estaba enfadado, nada más.

No me lo creo ni yo, pero no me gusta ver a Marie preocupada.

—¿Tú crees?

Esa mirada esperanzada me pide que se lo confirme.

—Por supuesto que sí. Le plantaste cara delante de todo el mundo y eso le enfadó, nada más.

—Ya… La verdad es que es una tontería, ¿verdad? ¿Qué iba a hacer en realidad Frederick? ¿Llamar a su padre para quejarse de ti?

Ahora ríe, ya despreocupada. Yo sonrío para que crea que todo va bien, aunque en cuanto entramos en el ayuntamiento temo que Frederick haya soltado un veneno que me afecte sólo a mí y trato incluso de respirar menos veces por si acaso.

Va a ser divertidísimo a partir de ahora venir a trabajar.

VIII

Marie

Pero yo para qué me meteré donde sé que no debo hacerlo. Si de siempre he sido una negada en esto de hacer manualidades. ¿Pensaba que si las hacía delante de todo el pueblo, me iban a salir mejor?

No estoy haciendo más el ridículo porque no me he entrenado lo suficiente. A lo mejor tendría que hablar con Massie para organizar un concurso de hacer el ridículo. Así ganaba alguno al menos. Porque está claro que si lo que quería era estar más cerca de Gabriel, porque mis amigas están provocando que pierda la cabeza con este tema, estoy consiguiendo algo que nada tiene que ver con eso.

La gente exclama, asombrada, lo increíble que le están quedando los regalos a Cynthia. También escucho risas seguidas o precedidas por mi nombre. El resto lo hace bastante normal, así que no llaman tanto la atención como la mejor y la peor del concurso. Adivinad quién es quién.

Sí, exacto.

—Si le pones algo de celo en el lado izquierdo, puedes fijarlo mejor y volver con el derecho —le escucho decir a Gabriel.

Le miro un instante y luego vuelvo a mirar al gran reloj que tenemos a un lado de la larga mesa, en donde estamos todos envolviendo cajas vacías de diferentes tamaños y formas. Me quedan dos minutos para terminar al menos tres de los cinco paquetes y yo ya lo doy por perdido.

—Ni siquiera he entendido lo que has dicho —le respondo, bastante enfadada todavía conmigo misma.

Él me mira y entonces hace una idiotez. Rompe el envoltorio que ya tenía terminado y coge otro papel, posándolo debajo de la caja.

—Mira —me dice, comenzando a hacer lentos movimientos con el papel—. Primero pon esta esquina por aquí de esta forma. —Espera a que yo haga lo mismo y continúa—. Ahora coloca un poco de celo en esta parte sin soltar con la otra mano… —Intento hacer lo mismo pero se me escapa el celo, que sale volando hasta su mejilla. Gabriel se echa a reír y lo agarra con rapidez. Suelta su propia caja y viene corriendo hacia la mía, cortando el celo con sus dientes mientras tanto.

—¿Qué haces? —le pregunto—. ¡Ibas a quedar segundo!

—Toma, pon este trozo de celo aquí —me dice con urgencia, ignorando mis palabras.

Yo hago lo que me dice, o lo intento, porque al hacerlo en realidad he pegado el celo en su dedo. Gabriel se echa a reír y trata de quitárselo, pero no hay forma.

—Espera, voy a coger otro trozo de…

Intento alcanzar el celo, pasando mi brazo por delante de su cuerpo. Huele a abeto y a pastel de fresa, y eso me desconcentra. Me quedo mirándole un instante y me pierdo en su sonrisa hasta que él reacciona.

—Parte un trozo pequeño de celo y ponlo aquí —y me señala con la cabeza donde quiere que lo coloque.

Hago lo que me pide y, ahora sí, lo consigo.

—Vale, ¿y ahora? ¡Nos queda un minuto!

Gabriel se ríe de tal forma que me contagia a mí y a parte de los vecinos que están observando lo que hacemos.

—Yo creo que eso no está permitido —se queja Massie, que atiende con rigurosidad todo lo que los concursantes estamos haciendo.

—Ay, Massie, déjales, que nos estamos divirtiendo mucho viéndoles —le dice Tyra, provocando las risas del resto de asistentes.

—Les tenemos en el bote —me dice Gabriel en bajo mientras continúa ayudándome a terminar de envolver mi tercera caja.

—Pero creo que no por lo que debería ser.

Se ríe conmigo y coge con rapidez la cuarta caja. Redonda. Y nos echamos a reír en cuanto nos miramos.

—Esta va a ser más difícil, así que vayamos a por la última mejor —me dice, cogiendo una caja con ninguna forma concreta y bastante grande y poco manejable—. Vamos a ello, que nos da tiempo.

—¡Pero este es mucho más difícil!

Casi no escucho las risas de nuestros vecinos, sólo veo la sonrisa en el rostro de Gabriel.

—Venga, que nos da tiempo —me anima mientras intenta abarcar toda la caja con un trozo enorme de papel.

Yo le ayudo, o eso creo que hago, porque en realidad nos liamos entre los dos y se nos acaba resbalando la caja, el papel sale volando y nos cae encima de nuestras cabezas, cubriéndonos a ambos. Nos estamos riendo todavía cuando nuestras miradas se cruzan, escondidas bajo aquel papel navideño. La alarma que anuncia el final del concurso suena en ese momento.

—Creo que no hemos ganado —le digo, intentando disimular que se me va a salir el

corazón por lo cerca que tengo sus labios de los míos.

Él, de hecho, los mira y se muerde el suyo inferior, provocándome pinchazos en el estómago.

—Pero no hemos perdido —responde en un suspiro que me deja sin aliento.

—Gabriel…

—Dime, Marie.

Si sigue hablando de esa forma, voy a explotar.

—Yo… Creo que yo…

Alguien levanta el papel que nos cubría hasta hace unos segundos, aunque no nos dejamos de mirar a pesar de ello.

—¡Habéis perdido! —nos anuncia Massie—. Vamos a entregar el premio a la ganadora.

Gabriel y yo intentamos recomponernos, ahora que la gente está más entretenida felicitando a quien haya ganado. Y ya no me importa mucho quién haya sido, porque siento que yo tengo algo mejor a mi lado.

—Deberíamos… —dice Gabriel, haciendo un gesto para que nos movamos.

—Sí, sí, claro, vamos a… —Y me giro hacia donde todos están ahora—. ¿Quién ganó?

Vemos a Massie y a Tyra haciendo entrega del vale del restaurante de Philip a Cynthia, que lo coge con emoción y lo agita frente a todos los presentes. Viene entonces corriendo hacia Gabriel y le abraza.

El paso que he dado hacia atrás ha sido considerable, a juzgar por lo lejos que me siento ahora de él.

—¡He ganado! —le dice—. ¡Ha sido emocionante!

—Me alegro de que te lo hayas pasado tan bien —le responde Gabriel, igual de emocionado que ella.

—No sabía que podía ser tan divertido. ¡Ahora quiero participar en mil cosas más!

Gabriel ríe, igual que lo hacía hasta hace unos segundos conmigo.

—No es un concurso, pero puedes venir con nosotras este finde al ciclo de cine navideño del pueblo —tercia ahora Tyra, que se ha acercado a ellos.

—Me hablaron de eso, sí —le dice Cynthia—. Habrá que ir, sí.

—¡Genial! —exclama Tyra, que me mira—. ¿Has oído? Tenemos a una nueva integrante en el grupo, Marie.

Sonrío como puedo, porque en realidad Cynthia me cae bien. Y seguro que le hace muy feliz a Gabriel.

Y eso es todo lo que quiero.

Tyra se acerca a mí y deja a Cynthia, Sandrine y Gabriel hablando.

—Ha estado bien el concurso, ¿eh? —me dice, dándome un codazo cómplice que no

entiendo.

—Ha sido un desastre, Tyra.

Le señalo con la mirada a Gabriel y Cynthia. Ella le enseña el vale que tiene en las manos, imagino que diciéndole que compartirá la cena con él.

—No creo que sea como lo estás viendo en este momento, Marie —me dice mi amiga.

—Creo que es incluso peor.

Me coge por los hombros y me aprieta contra ella, dándome un fuerte beso en la cabeza.

—Ay, Marie —dice ella con voz lastimera—. No te preocupes por ellos, de verdad. Me parece que Gabriel habría preferido quedarse debajo del papel de regalo contigo toda la tarde.

Y por si fuera poco, escucho la voz de quien menos falta me hacía en este momento.

—Está claro que lo de la tormenta no era más que una forma de llamar la atención. ¿Se le ocurrió a tu amigo o a ti?

Ambas miramos a Frederick, plantado ahí a nuestro lado, mirando hacia Gabriel.

—Hemos avisado de que a partir de mañana… —comienzo a decirle.

—Ya, ya, a partir de mañana —me corta él, sonriendo con malicia—. Bueno, a ver en qué queda toda esa alarma.

Me mira un instante antes de darse la vuelta y alejarse de nosotras, con las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada al frente, altiva, como todo él.

—El teniente de alcalde es un tanto imbécil —comenta Tyra.

—Un tanto bastante —reconozco.

—¡Vaya! ¿La dulce Marie reconociendo algo así?

Le doy un codazo para que deje de reírse, pero no lo consigo. Al final acaba contagiándome la risa y se me va pasando la tristeza que siento al ver a Gabriel y Cynthia todavía allí, junto a Sandrine, como una feliz familia que hace planes para estas navidades en los que, obviamente, no me incluyen a mí. Nunca he intentado abrirme a él, ni siquiera he querido indagar en mis propios sentimientos por si me daba cuenta de lo que en realidad todo el mundo me decía que yo misma sentía hacia él. ¿Por qué ahora me duele tanto verle siendo tan amable con esa chica? ¿No soy yo la que siempre he querido que Gabriel fuera feliz?

¿Acaso pensaba que esta situación iba a tener un desenlace diferente al que está teniendo?

Sí, siempre he sido demasiado ilusa, pero por favor, no os riais demasiado de mí.

IX

Cynthia

Llevo dos días en Mist Rachs y juro que ya siento a esta gente como parte de mi propia familia, aunque con la real no tengo trato desde hace tiempo. Y duele. Duele que unos desconocidos me hagan sentir tan bien en solo dos días y, sin embargo, la familia de sangre me destroce con su indiferencia. Duele y a la vez reconforta sentir que tienes cerca de ti a alguien que te trata de la forma en la que todos los vecinos de Mist Rachs lo hacen.

Es por eso que no voy a permitir que esta vez ciertas cosas rompan ese vínculo que estoy creando con ellos, como sucedió con mi familia.

—Pero, ¿se quedan aquí hasta Navidad? —pregunto, algo asustada.

Hemos venido por la mañana Sandrine y yo a ver la puesta en marcha del belén viviente de Mist Rachs. Están todos perfectamente caracterizados, pero no se limitan a estar quietos en un recinto. Están paseándose por toda la plaza, saludando a la gente sin salirse del papel. El único que no es real es el bebé, porque a esta temperatura sería más que peligroso.

En Mist Rachs se ve que piensan en todo.

—Van yendo y viniendo —me cuenta Sandrine—. Hoy es el primer día que salen, pero se pasean por la zona hasta la mañana de Navidad. Aunque muchos años siguen apareciendo de vez en cuando.

Esto, por lo que sea, le hace gracia. Imagino que está recordando algún momento entrañable del pasado y de ahí que la sonrisa dure en su cara más tiempo de lo normal.

Veo a lo lejos a Jenna y a Tyra que, al vernos, se acercan a nosotras.

—¡En un par de horas en la puerta del cine! —es lo primero que dice Jenna al llegar, abrazándome después.

Su pelo siempre huele a canela y dulces.

—Jenna, te han escuchado a diez kilómetros de distancia —se queja Tyra, aunque ríe igualmente.

Jenna la mira, pero se encoge de hombros y vuelve a mirarnos a Sandrine y a mí.

—Habría sido más navideño ir de noche, pero… —se nos queja con pena.

Dirige su mirada hacia el cielo un instante, ya que la nieve cae en poca cantidad, pero lo hace de forma constante.

—Mi hermano y Marie parecían preocupados —dice Sandrine, algo nerviosa al acordarse

de lo que ayer la alcaldesa le comunicó a todo el pueblo.

—¿Creéis que será tan grave? —nos pregunta Jenna—. Yo nunca he vivido una tormenta de nieve aquí y empiezo a preocuparme.

—Tú vas a estar demasiado ocupada con Philip, encerrados en casa durante horas, como para preocuparte de nada más.

El comentario de Tyra nos hace reír al fin, cosa que estábamos deseando.

Jenna tiene que irse al restaurante y Tyra la acompaña antes de volver a su tienda, quedándonos solas de nuevo Sandrine y yo.

—¿Hoy no vas a quedar con la gente del colegio? —le pregunto mientras rodeamos a la gente del belén viviente.

José está quejándose de ser un incomprendido mientras María ríe con aquello hasta que un pastorcillo amenaza con soltar una docena de palomas y se le pasa el buen humor. Está en todo esta gente. Es un verdadero show verles interactuar entre ellos y con los vecinos que se acercan a esa zona.

Sandrine mira su reloj un instante y luego dirige la vista hacia el colegio del pueblo, en donde todo está tranquilo todavía, aunque no por mucho tiempo.

—A lo mejor me puedo pasar y echar una mano con lo de la función —comenta.

—¿Función?

—Todos los años hacen una en estas fechas —me explica—. Este año va a ser el lunes por la mañana y participan todos los alumnos. Ayer me comentaban que estaban un poco agobiados los organizadores, así que a lo mejor podría…

—Es buena idea —le digo, animándola.

Se gira hacia mí justo después de volver a dirigir la mirada hacia el colegio.

—¿Te importaría que…?

Le hago un gesto con la cabeza para que vaya mientras sonrío. Sandrine se echa a correr y vuelvo a quedarme sola, a tiempo para devolver una llamada que hace rato que he estado cortando.

Ojalá no me arrepienta de marcar este número.

Marie

—Me encanta cómo han quedado —le digo a Gabriel—. Has tenido muy buena idea.

Él sonríe, orgulloso.

—Así la gente puede entretenerse mientras dure la tormenta —comenta mientras sigue

pasando las páginas del pequeño libro que hemos editado con relatos navideños. Tuerce el gesto antes de continuar hablando—. Aunque como dure mucho, van a terminar aprendiéndoselos de memoria.

Poso mi mano sobre su hombro y sus ojos se encuentran con los míos. Siempre parecen brillarle de forma especial, cristalina, como si se echara cada mañana unas gotas de purpurina a modo de lentilla.

—Por ahora la tormenta no ha llegado —le recuerdo—. Tenemos tiempo para ultimar detalles. Lo único que me duele es que no puedas estar más tiempo con tu hermana. Y con su amiga.

—No te preocupes; se entretienen juntas —me dice—. Ya pasaré tiempo con ellas cuando llegue la tormenta. —Se levanta del suelo en donde nos habíamos sentado hace un rato para revisar los libros que llegaron hace un rato—. Mientras tanto, habrá que seguir gestionando todo. ¿Pido que se envíen ya los libros?

Asiento y veo que se gira hacia su mesa. Estamos fuera de mi despacho, en su zona de trabajo. Me levanto también del suelo y me acerco a su mesa mientras se sienta al otro lado, comenzando a teclear algo en el ordenador.

—¿Has visto hoy a Frederick? —le pregunto.

Gabriel niega con la cabeza sin perder de vista su pantalla mientras continúa tecleando rápidamente.

—No desde ayer. ¿Tú?

—Yo tampoco.

—En él es normal. Se habrá ido con su padre a pasar unos días o de viaje a las Maldivas, que allí no hay ninguna tormenta que gestionar.

—No sé por qué no me gusta que no haya aparecido más —le confieso.

Me mira un segundo de reojo por encima de la pantalla y sigue tecleando.

—¿Le echas de menos?

—¿Qué? —exclamo con voz demasiado aguda hasta para mis oídos—. ¿Por qué dices algo así?

—No has contestado, así que…

—Porque me ha parecido una tontería —me apresuro a decirle—. Sabes que ni siquiera le quería tener de teniente de alcalde. No me fío de él.

—Bueno, no sé. Cosas más raras se han visto y… —Detiene sus dedos un instante y me mira—. ¿Pido que el reparto lo hagan esta misma mañana?

—Sí, que lo… Sí, esta mañana. —Y vuelvo al tema anterior—. Frederick me parece un mal político, un mal vecino y una mala persona, así que sigo sin entender tu pregunta de antes.

Medio sonríe desde su asiento.

—Era sin mala intención —se disculpa—. Por hablar de algo, ya sabes.

No, no sé. Y no sé tampoco por qué sigue tan ausente, como a kilómetros de mí.

Tyra

—Por ahora yo creo que nada más —dice Loreen—. Aunque si pudieras añadir en el siguiente envío las zapatillas de la última vez…

—¿Ya habéis acabado las últimas cincuenta? —le pregunto más que sorprendida.

—Estamos teniendo muchos clientes en el hotel últimamente —me responde, encogiéndose de hombros.

—Ya, es cierto. Oye, hablando de eso, vamos a tener que hacer algo con Pete.

—¿Con Pete? ¿Qué ha pasado? —dice con extrañeza.

—Ayer tuve que salir a mediar entre él y Cynthia, la amiga de Gabriel y Sandrine. La tenía agarrada del brazo incluso. Creo que está demasiado estresado.

Loreen primero se sorprende con lo que le cuento y luego deja escapar un suave suspiro.

—Desde que su último ayudante se fue…

—No, más bien desde lo de Anna —le corrijo, mencionándole a la hija de este.

Y asiente, así que me da la razón.

—Habrá que hablar con Marie para ver qué se puede hacer, porque dejarle que vaya atemorizando a la gente por ahí…

El ruido de la puerta nos interrumpe. Ambas miramos hacia allí para ver quién entra y vemos a una sonriente pero tímida Cynthia que se acerca a nosotras con una bandeja de cartón en sus manos.

—Si molesto yo… —nos dice.

—No, para nada —le responde con rapidez Loreen, que extiende su mano hacia ella—. Me llamo Loreen. Tú eres Cynthia, ¿no?

—Vaya, ¿cómo sabes…? —pregunta mientras se dan la mano.

—Esto es Mist Rachs —le contesta ella con naturalidad, y Cynthia parece comprenderlo —. Bueno, yo ya me iba. —Y me mira—. Acuérdate para la próxima vez de las zapatillas.

—Me lo apunto ahora mismo, no te preocupes.

Nos despide ya desde la puerta y sale de la tienda, dejándonos solas, la una frente a la otra, mientras este repentino silencio amenaza con tragarnos de un momento a otro.

Ella es la que antes reacciona. Posa la bandeja con un par de vinos especiados y dos pretzels en el mostrador y saca uno de cada, pasándome después lo restante a mí.

—Pensé que necesitarías reponer fuerzas antes de cerrar para ir al cine —me dice, llevándose su vaso a los labios.

Creo que mi sonrisa contesta a sus palabras antes de decir nada. Cojo mi pretzel y le doy un bocado. Mis papilas gustativas me dan las gracias con fervientes aplausos y mi estómago lo agradece antes incluso de que le llegue un solo pedazo.

—No te imaginas qué ilusión me hacen estas cosas —le aseguro, todavía terminando de masticar el trozo de preztel, dando un trago de vino para pasarlo mejor.

—Creo que pasar las navidades aquí me va a hacer engordar mínimo un par de kilos si sigo así.

Me río con su comentario, porque fue exactamente el mismo que hice yo en su momento cuando llegué hace años.

—Eso entonces significará que has aprovechado bien la estancia en Mist Rachs. —Me mira de forma extraña, ladeando un poco la cabeza—. Aunque para eso vas a tener que ver muchas películas navideñas.

—En un rato empezaré con ello —me dice, acercando el vaso a sus labios.

Yo hago lo mismo con el mío, sin dejar de observar cómo sigue bebiendo. Sus ojos oscuros hacen que sienta algo de vértigo aunque no por ello aparto la mirada.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —pregunto lo que llevo pensando un buen rato.

Demasiado, puede ser.

No parece saber qué contestar, porque se piensa la respuesta.

—Hasta que comiencen las clases en el internado —me dice—. Sandrine y yo entonces nos iremos hasta que acabe el curso.

—¿Y después?

Esboza media sonrisa con mi nueva pregunta.

—Todavía no sé ni qué película iremos a ver hoy, como para saber lo que haré en unos meses.

—Pero al parecer sí que sabes que te irás al empezar el curso de nuevo.

—Porque tengo trabajo…

No está comprendiendo bien a dónde quiero ir a parar. En realidad, yo tampoco sé a qué vienen estas preguntas. Y eso que las estoy haciendo yo.

—Y… ¿A qué te dedicabas antes de dar clase de arte a cerebritos como Sandrine?

Esta pregunta ya está mejor, ¿no?

—En realidad siempre he dado clases de arte —me cuenta. Parte un pequeño trozo de pretzel con los dedos y se lo queda mirando mientras continúa hablando—. Sólo pintaba en mis pocos ratos libres.

—¡Pintas! —¿He sonado demasiado entusiasmada? Creo que sí, porque Cynthia ha

levantado la cabeza de golpe y me mira frunciendo el ceño—. Eso… Eso es genial, ¿no? Podrías aprovechar que estás aquí para…

Su suspiro me interrumpe.

—Hace años que no pinto —me aclara.

Lo dice de forma tan rotunda que me parece que no quiere que le pregunte el motivo.

—Pues deberías animarte estos días.

—No he traído…

—Sally suele recibir material de pintura para hacer sus restauraciones —me apresuro a decirle—. Seguro que ella puede darte algo con lo que pintar mientras estés aquí.

Sigue con el ceño fruncido, pero me mira ahora con curiosidad.

—Menuda insistencia con que pinte —me dice.

—A Mist Rachs hay que venir para hacer lo que antes no nos hemos atrevido.

Pone un gesto divertido por mi frase.

—¿En serio?

Asiento.

—Siempre.

Nos quedamos unos segundos en silencio, sin movernos y creo que sin respirar también. Sólo nos separa el mostrador de la tienda y nuestros vasos de vino están a pocos milímetros de distancia el uno del otro, por lo que casi siento el calor de sus dedos junto a los míos. Porque estoy segura de que no proviene del vino.

Es algo muy distinto.

—¿Esa tal Sally va a ir a ver la película de hoy? —pregunta, acercándose de nuevo el vaso a su boca.

Imito su gesto de forma inconsciente.

—Allí estará, sí.

Bebe un sorbo antes de contestarme.

—Habrá que volver a probar.

Empiezo a pensar que Pascal ha echado algo diferente este año al vino, porque no entiendo por qué me siento como flotando en una nube, algo mareada, con cada sorbo que le doy al vaso.

Y, aun así, quiero mucho más.

X

Marie

Mi nerviosismo va en aumento con cada día que pasa este mes. Las navidades anteriores ya era alcaldesa, casi recién elegida, y aun así no estaba tan estresada como en esta ocasión. Puede que sea por la tormenta. Sí, seguramente sea por eso. Todo va a salir bien, no dejo de repetirme a todas horas. Y sin embargo, mi inquietud crece por momentos.

Estoy llegando ya al lugar en donde hemos quedado y sigo nerviosa. Porque nieva. No deja de nevar de forma constante desde hace días. Y lo normal en Mist Rachs es que nieve de esta manera cuando va a llegar ya la tormenta. Esto es casi una semana antes de lo previsto. Hemos cancelado o movido todas las actividades de la tarde y de la noche para que a esas horas los vecinos puedan estar ya en sus casas, por si acaso. Por eso hemos venido al mediodía al cine, para que estemos todas a salvo antes de las cinco ya al calor de una chimenea bien cargada.

Ya están allí, al fondo, esperando frente al pequeño teatro antiguo del pueblo, que hace las veces de cine, lugar de reunión, de asamblea popular y varias más que se nos suelen ocurrir sobre la marcha. Es pequeño, pero cabría todo el pueblo y unos cuantos más si hiciera falta. Además, en Navidad está precioso, con sus luces antiguas y sus adornos *vintage* por dentro y por fuera. Es un lujo tener algo así en Mist Rachs y Johann, el jefe del lugar, nos lo hace saber cada vez que llamamos cine al teatro o le pedimos permiso para representar la obra de fin de curso del colegio. Nos riñe con cariño porque piensa que no sabemos apreciar lo que tenemos. Y puede que en realidad sea así en muchas de las cosas de la vida, pero amamos y respetamos nuestro pequeño teatro, aunque a veces lo llamemos de formas diferentes.

Sí, exacto, como la vida misma.

—Perdonad que llegue un poco tarde —me disculpo al llegar—. Fui a ver si estaba todo lo de… ¿Gabriel? ¿Qué es lo que…? ¿Qué haces aquí?

Venía tan deprisa y en mi mundo que ni siquiera me he dado cuenta de que Gabriel estaba justo frente a mí al llegar.

—Me… Me llamó Philip hace un rato para preguntarme si yo también iba a venir y…

Parece algo cortado, como si temiera que fuera a sentarme mal verle aquí. Me giro hacia la dirección que apunta con el dedo Gabriel y veo a nuestro flamante chef, al que Jenna le da un codazo, no sé por…

Ah, creo que me imagino el motivo.

—Bien, genial —respondo, mirando a Jenna un segundo para que sepa que me he dado

cuenta de lo que ha hecho—. Entonces ya estamos todos, ¿no? ¿Sandrine no viene?

—Ha quedado con los del colegio para ayudarles con la función del lunes —me explica Cynthia con cara de no haber roto un plato en su vida.

El caso es que creo que es así, que jamás ha hecho nada malo y que sería perfecta para Gabriel. No como yo, que no dejo de trabajar, no soy capaz de desconectar al salir del ayuntamiento y no consigo decir lo que siento realmente a mi mejor amigo, algo que, además, ya no haré.

Parece feliz con ella y no voy a interferir en eso.

—¿Olive todavía está con gripe? —pregunta Sally, mirando su móvil un instante.

—La fui a llevar antes algo de comida a casa de mis padres y no quería ni salir de la cama —nos cuenta Philip.

—Para una vez que coge una gripe, la agarra por veinte años —digo yo, intentando no parecer nerviosa como nada más llegar y ver a Gabriel.

—Bueno, entonces vamos a ver si el jardinero nuevo del barrio se casa al final con la empresaria de éxito, ¿no? —dice Sally haciendo mención a la película de hoy, dando una palmada en el aire para ver si nos movemos y entramos ya.

Vamos pasando poco a poco al interior del pequeño teatro, situado al otro lado de la plaza, saludando a Johann al entrar y pagar nuestra entrada.

Me acerco a comprar unas palomitas y un botellín de agua, pero se ve que Gabriel tenía el mismo destino en mente y nos chocamos al llegar al coqueto quiosco de dos ruedas, situado a un lado de la puerta de la sala.

—Perdona, yo… —me disculpo como puedo.

—No pasa nada —me asegura, y señala el puesto de palomitas—. ¿Unas dulces y agua?

Asiento, sonriendo al darme cuenta de que recuerda un detalle así de mí.

—¿Unas saladas grandes y refresco de cola?

—Tenemos buena memoria los dos —dice.

Cynthia aparece entonces y él la mira con una preciosa sonrisa.

—¿Me pides unas palomitas bien grandes? —le pregunta ella, mirando el puesto con ganas de lanzarse a él.

Y también al puesto de palomitas.

Bueno, en realidad sólo miraba las palomitas, pero no sé, en mi cabeza las cosas van más allá.

—Claro —le responde él, haciéndome sentir que quedo a un lado—. ¿Y de beber?

—Algún refresco… ¿Hay de cola? —pregunta ella.

—¡Vaya! Igual que yo en todo —le dice él con sorpresa, riéndose por esa coincidencia.

—Esto es un cine —escucho ahora a mi lado a Tyra, dirigiéndose a ellos—. Es lógico que

la gente pida palomitas y refrescos.

Me mira un segundo y me guiña un ojo, aunque eso no disipa mis pensamientos catastrofistas. Además, ellos siguen riendo y comentando lo que parece ser un chiste interno que sólo a ellos les hace gracia.

—¿Te ha sentado mal que le dijera a Philip que le llamara? —oigo a mi otro lado a Jenna, susurrándome al oído para que ellos dos no nos escuchen.

—Vaya, Jenna, te has adaptado perfectamente a Mist Rachs —le dice Tyra, que sí que ha escuchado lo que ha dicho—. Todas te lo agradecemos.

—¿Hoy regalan las palomitas? —nos pregunta Helen, a la que Loreen le dio la tarde libre hoy en el hotel para que pudiera venir con nosotras.

—Perdona, pasa —le digo, haciéndome a un lado.

—¿No vas a…? —me pregunta ella.

—Es que no tengo mucha hambre —respondo, no pudiendo evitar mirar a Gabriel, que está jugando a robar palomitas de Cynthia con la boca, ante las risas de esta.

Jenna, Tyra y Helen se me tiran encima al momento, riéndose por mi triste reacción. Sé que quieren animarme, pero no sé cómo voy a hacerlo si no dejo de ver a Gabriel con aquella chica que, además, me cae tan bien.

Es horrible. Todo un drama.

—¿Todavía no hemos visto la película y ya estamos emocionándonos? —nos pregunta Philip cuando estaban soltándome, dándonos un abrazo grupal y haciendo que vuelvan a rodearme tropecientos brazos al instante.

—¡Yo también quiero! —escucho de lejos a Sally. No la veo, pero siento que algo se ha movido a mi alrededor y todos se ríen con aquello.

Yo también termino riéndome con lo tontos que pueden llegar a ser mis amigos.

Menos mal que les tengo a ellos.

—Pero por favor, que la película va a empezar en cinco minutos —oímos a Johann a nuestro lado—. ¿No vais a querer palomitas entonces?

No tardamos ni cinco segundos en separarnos, volviendo a hacer cola para que el atento Johann, que es dueño, acomodador y vendedor de entradas y palomitas en el cine —perdón, teatro— nos sirva a cada uno lo que pedimos. Gabriel y Cynthia han entrado ya a la sala. Les vemos sentados en mitad de la misma, comiendo palomitas y charlando amistosamente. Todos empezamos a acomodarnos alrededor mientras otra gente va llegando, con prisa para que Johann no les riña por llegar tarde al inicio de la película.

Me siento la última de la fila, al lado del pasillo, pero Sally me levanta de allí casi a la fuerza.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras soy arrastrada por todos hasta casi la mitad de la

fila.

Me dejan caer por fin justo al lado de Gabriel, que se gira en ese momento hacia mí, sorprendido por verme ahí sentada de repente.

—Vaya, ¿y Sally? —pregunta.

—¡Es que soy mucho de ir al baño y así no os molesto! —grita desde el fondo de la fila mientras todos nuestros amigos se ríen, intentando disimular como pueden.

Y pueden mal.

Fatal, además.

Gabriel se encoge de hombros y simplemente me sonríe. Mira hacia la pantalla un instante, en la que todavía Johann no está proyectando nada, y tamborilea con sus dedos en su propia pierna.

—¿Sabemos algo de Frederick? —me pregunta.

¿Otra vez con eso?

—No, no sabemos nada —respondo de mala gana.

Parece que últimamente sólo nos dirigimos la palabra para hablar del teniente de alcalde.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpa, acercándose a mí—. Es sólo que estoy algo nervioso por lo que ha pasado con él. No me gustaría que hiciera alguna tontería.

—Seguro que se le acaba pasando —le intento tranquilizar—. Volverá después de la tormenta, cuando ya esté todo bien, y seguirá molestándonos como siempre.

—Lo último se lo puede ahorrar —me dice, haciéndome sonreír con su propia sonrisa.

Escuchamos una leve risa al otro lado de Gabriel, proveniente de Cynthia y Tyra, que están hablando en voz baja mientras pican palomitas la una de la otra.

—Cynthia se ha adaptado genial al pueblo —comento, intentando sonar amable.

—Es una mujer increíble —me dice, rompiéndome con cada palabra un poquito más. Y se acerca más a mí—. ¿Tú también sientes que va a quedarse?

Trato de seguir sonriendo mientras asiento.

—Espero que seáis muy felices, de verdad.

Su gesto es algo confuso cuando le digo eso. Imagino que no querrá hablar de algo así tan pronto. Se estarán todavía conociendo y…

Johann apaga las luces de la sala y comienza a proyectar sobre la pantalla los primeros fotogramas de la película de hoy. Se hace el silencio e intento concentrarme en la película. Por lo general, antes del primer segundo ya estoy dentro de la historia si tiene temática navideña, pero esta vez pasan diez largos minutos hasta que soy capaz de concentrarme y disfrutarla.

Gabriel

—¡Tenemos que repetirlo! —dice Sally con emoción al salir del cine.

—Mañana mismo —le responde Jenna, uniéndose al entusiasmo de la primera y seguida por el resto.

—Creo que la de mañana va de un músico que vuelve a su pueblo después de años fuera y se encuentra con el amor de su juventud y… —nos explica Tyra.

—Ese cliché es mi perdición —reconoce Sally—. ¿Mañana aquí a la misma hora que hoy?

Todos asienten con emoción por repetir mientras Johann echa el cierre; ya es la hora que hemos decretado para que las actividades cesen hasta que la tormenta pase por fin, así que las calles están bastante vacías en estas primeras horas de la tarde. Cada uno se va despidiendo del otro, tomando caminos diferentes. Cynthia quiere ir a probarse unos complementos de invierno que Tyra le ha comentado que tiene en la tienda, así que de repente nos hemos quedado solos Marie y yo en mitad de la plaza, no sabiendo todavía cómo ha pasado. Por suerte, Marie se echa a reír y quita hierro al asunto.

—¿Vas a casa ya? —me pregunta.

—Seguramente me esté esperando allí Sandrine. ¿Tú?

—Quería comprarme un chocolate caliente e irme también a casa.

Le hago un gesto con la cabeza, señalándole el mercadillo vacío y con todos los puestos cerrados. Ella se da cuenta y se tapa la cara con las manos, echándose a reír después.

—Me parece que se te ha fastidiado el plan —le digo.

—Pues además no tengo chocolate en casa. Se me olvidó comprarlo hoy por la mañana.

¿Se lo digo? ¿Lo hago? Si lo hago, ¿lo verá mal? ¿Se ofenderá?

Mira, no sé, yo lo suelto y luego me disculpo si veo que le parece mal.

—Yo tengo un arsenal considerable en casa. Si quieres pasarte, te preparo uno con todos los extras en casa.

—No quiero molestar, Gabriel, que tienes una invitada muy especial en casa y podría… No sé, le podría molestar que yo…

No entiendo lo que me está diciendo, así que sigo con mi ofrecimiento.

—Tengo los sprinkles que te gustaban hace años.

Y sus ojos se iluminan.

—¿Los de los árboles de Navidad con bolitas rojas?

Asiento.

—Y bolas de chocolate rellenas de marshmallows.

—Bueno, mira —me dice, casi ni dejándome terminar la frase—, voy a aceptar tu

invitación, porque ya que insistes tanto…

Me echo a reír cuando agarra mi brazo y tira de mí en dirección a mi casa.

—Sí que tienes antojo de chocolate —comento de camino—. Pensé que con las palomitas tendrías suficiente azúcar por hoy.

—En Navidad, nunca es suficiente azúcar —me aclara.

—A lo mejor por eso eres tan dulce. —Y no me doy cuenta de lo que he dicho hasta que veo cómo me mira—. Perdón, quería decir que… Bueno, perdón, a secas.

Estoy avergonzado, pero tampoco voy a ponerme a inventar una mentira que, además, no va a tener ningún sentido. Y Marie siempre ha sabido cuándo miento y cuándo digo la verdad, así que ni me molesto.

Y, por suerte, no parece que le haya sentado mal mi comentario.

—Siempre eres un amor de persona con todo el mundo —me comenta, como si decirle aquello lo achacara a mi personalidad y no a lo que en realidad siento por ella.

Hemos llegado a mi casa, a dos puertas de la suya, y saco las llaves para abrir.

—Sí, bueno… —Dejo que pase ella primero y así voy pensando cómo terminar la balbuceante frase que he empezado. Y opto por no terminarla—. Puedes sentarte en el sofá —le indico, yendo hacia allí para encender la chimenea.

—Prefiero ayudarte con el chocolate.

Prendo el fuego con la leña que siempre dejo preparada en la chimenea y me acerco a ella. No tendría que estar nervioso, porque Marie y yo pasamos mucho tiempo juntos en el ayuntamiento, pero también en nuestras propias casas, preparando cosas del trabajo desde que fue la campaña. Antes de que yo me fuera de Mist Rachs, también éramos inseparables. Es por eso que no entiendo por qué siento vértigo al tenerla hoy aquí.

—Pues… Parece que Sandrine no ha llegado todavía —digo mientras arranco por fin a andar en dirección a la cocina, seguido de ella.

—A lo mejor está arriba en su dormitorio.

—Se la escucharía.

Se ríe con mi comentario y entra conmigo en la cocina.

—Lo tienes todo preparadísimo —me dice, viendo que tengo en una bandeja todos los ingredientes necesarios—. Cynthia tiene que estar encantada aquí.

—No te creas; es más de salado. Se trae un pretzel y un vino especiado cada día desde que está aquí.

—Me dio la impresión en el cine de que teníais gustos muy similares.

—Si se entera Johann de que has llamado cine a su teatro, le entrarían sudores fríos —le recuerdo.

Ella ríe de forma dulce y pausada, amenizándome mientras preparo dos tazas de un buen

chocolate caliente navideño.

—Oye… ¿Crees que va a pasar algo este año? —pregunta. Cuando ve que la miro sin comprender, me explica—. Con la tormenta, ya sabes.

—Estamos preparados, ¿no?

—Sí, pero si empieza de forma inesperada o dura demasiado tiempo…

Creo que está preocupada de verdad. Puede que tenga yo parte de culpa, por confiarle mis temores hace días, pero creo que era mi deber comunicarle lo que pensaba sobre lo que estaba pasando.

—Si sucede cualquier cosa, vamos a poder arreglarlo. —Me mira con algo de angustia al ver que doy por hecho que algo podría suceder. Dejo todo y poso mis manos sobre sus brazos, a la altura de los codos, y continúo hablándole mientras le doy un ligero apretón, indicándole que estoy aquí, con ella, a su lado; como siempre ha sido—. Juntos, ¿de acuerdo? Pase lo que pase.

Sus ojos color escarcha de nieve sobre hierba se clavan en los míos y creo que me empiezo a derretir. Me parece que ella también lo nota, pero no parece querer alejarse. Y empiezo a pensar que se siente incómoda, así que suelto sus brazos al instante. Pero algo extraño sucede, y es que Marie acaba de poner sus manos sobre mi cintura. Intento no hacer ningún movimiento que haga que ella se retire. Casi ni respiro por miedo a que se aleje de mí. Incomprensiblemente nuestras bocas se aproximan y puedo sentir su cálida respiración sobre mis labios, haciéndome estremecer.

—¡Ya estoy en casa!

La puerta principal se abre a la vez que Sandrine anuncia su llegada con entusiasmo. Sus manos sueltan mi cintura, mis labios dejan de sentirla respirar y nuestros cuerpos toman distancia, la suficiente como para volver a extrañarla aunque la tenga frente a mí, con mirada asustada por lo que casi sucede entre nosotros.

—Lo siento —me dice en voz baja—. Yo no… Perdóname.

Voy hacia ella y acaricio su brazo.

—Marie, yo quería decirte que…

—Ya, ya lo sé, y perdona por lo que yo… No quiero meterme en…

Se vuelve a alejar, dando un par de pasos hacia atrás.

—Pero no pasaría nada, Marie. Te aseguro que…

—¿Hay chocolate caliente para cenar? —nos interrumpe Sandrine, que acaba de entrar en la cocina—. Si es que tengo que venir yo, la hermanita pequeña, para que mi hermano mayor coma en condiciones. —Al ver que ninguno de los dos hemos hablado, nos mira de forma intermitente—. ¿He interrumpido alguna reunión política o algo?

—No, no es… —empieza a decirle Marie, yendo hacia la puerta—. Tengo que irme antes de que empiece a nevar con más fuerza.

—No caía mucho ahora —le comenta ella—. Mi hermano creo que es un poco exagerado y…

Pero ella ya está saliendo de aquí con prisa.

—¡Marie! ¡Espera! —le digo, yendo detrás de ella. No escucho lo que Sandrine me dice. Salgo corriendo hacia la puerta principal, en donde ya está Marie cogiendo su abrigo y abriéndola—. No hace falta que te vayas tan pronto —le digo, consiguiendo que al menos me mire.

—Creo que sí que tengo que…

—Marie, por favor, tenemos que hablar.

Pero eso parece horrorizarla.

—No hace falta, de verdad —me asegura—. Sé todo lo que tengo que saber para no volver a acercarme a ti.

—¿Cómo?

Pero me parece que no le ha quedado suficientemente clara mi frustración actual, aunque haya exclamado eso con asombro absoluto.

—Te prometo que no voy a…

—Pero Marie, ¿de qué hablas?

Me acerco algo más a ella, y aunque parece que va a dar un paso hacia atrás de nuevo, no lo hace en esta ocasión.

—Sé que somos buenos amigos —me dice a modo de explicación.

—Ya, eso ya lo sé. Y te aseguro que no querría perderte por nada del mundo.

Doy un paso más hacia ella hasta volver a estar a la misma distancia.

—Yo tampoco a ti, te lo prometo.

—Y aun así podríamos…

—¿Qué hacéis en la puerta? Hace demasiado frío —nos dice Cynthia colándose por la rendija que había abierto hace un momento Marie, pasando entre ambos hacia la cocina—. ¡Sandrine! ¡Ya estoy en casa! —grita por el pasillo—. ¿Preparamos algo de cenar?

—Me voy —dice Marie con rotundidad.

—No, espera, por favor —le ruego—. Quédate a cenar o… A lo que quieras, pero quédate.

Marie niega con la cabeza mientras hablo y abre más la puerta, ahora sí, dando no uno, sino varios pasos en esa dirección.

—No, no puedo, Gabriel —dice con angustia.

Sus ojos parecen estar a punto de romperse.

—Pero, ¿por qué no…?

—No puedo, lo siento.

Me da la espalda y sale corriendo, alejándose de mí con tanta rapidez que me deja completamente descolocado. Iría detrás de ella; su casa está a pocos pasos de la mía, pero me parece que no quiere verme en este momento. ¿Habré sido el culpable de romper nuestra amistad? ¿No sabrá cómo decirme que fue un error incluso acercarnos demasiado?

Froto mi cara mientras cierro la puerta, bloqueando por fin la nieve que estaba cayendo en la entrada, y me dirijo a la cocina con Cynthia y Sandrine, que ya están divirtiéndose mientras preparan algo para la cena.

—¡Hermanito! Te toca pelar las patatas y hacer la salsa —Y al darse cuenta de que vengo solo, añade—: ¿Dónde está Marie?

—Se tuvo que ir —respondo, tratando de disimular mi angustia.

—¿Y eso? —me pregunta Cynthia en bajo, creo que comprendiendo que algo no va bien.

—Tiene que venir un día a cenar con calma —comenta Sandrine, ajena a todo—. Siempre va con prisa desde que es la alcaldesa. Y tiene que descansar un poco también. —Y se gira hacia mí, dejando de batir huevos—. Hermanito, invítala estas navidades un día, haz el favor.

Yo no sé ahora mismo ni qué responder a eso. Cynthia me lo nota y posa su mano sobre el hombro de Sandrine, que ha vuelto a sus cosas.

—Claro, estas navidades la invita, cielo —le dice sin dejar de mirarme. Me pregunta si estoy bien con los labios, sin emitir sonido alguno, pero yo no quiero ni responder.

—Bueno, patatas, ¿no? —pregunto, tratando de pensar en otra cosa.

—Y salsa —me recuerda mi hermana.

—Y salsa, por supuesto —le confirmo.

Seguimos los tres haciendo la cena sin hablar más de Marie. Cynthia viene hacia mí y aprieta mi hombro un instante, aunque no me dice nada más. Hoy no puedo hablar, y no sé si quiero. Me gustaría hacer como si nada de lo que acaba de pasar hubiera sucedido en realidad, pero tarde o temprano voy a tener que enfrentarme a la realidad. Pero no ahora. No este fin de semana.

Necesito evadirme y descansar.

XI

Gabriel

—No, de verdad, hoy prefiero quedarme en casa, Philip.

—Pero tío, ven conmigo —me vuelve a pedir.

—De verdad que no… No puedo.

—¿Cómo que no puedes? Es domingo, no trabajas y ha salido el sol.

—Y sigue nevando aun así. Quiero prepararlo todo para que…

Un sonido de queja me llega del otro lado de la línea telefónica.

—No me vengas con esas, Gabriel, ¿qué pasa?

Cojo aire, como si me llevara faltando desde que ayer Marie se fue de casa.

—Es… Es Marie.

—¿Qué pasa con ella?

—Lo he estropeado todo.

—¿Qué es lo que has estropeado tú, si eres el ser más…?

—Más tonto del universo —termino yo por él la frase.

—Ser bueno no es ser tonto, Gabriel —me dice muy serio—. Dime qué ha pasado con Marie, anda. Verás cómo no es nada en realidad.

—Es que… Ayer creo que estuvimos a punto de… Creo que por poco pasa algo. Entre nosotros, ¿sabes?

—No me… ¿En serio? —exclama, creo que con emoción—. Espera… ¿Cómo que *crees* y *casi*?

—No estoy muy seguro. Estábamos tan cerca que… Pero de repente no entiendo qué paso, pero Marie se fue de casa y…

—¿Fuisteis a tu casa? Vaya…

—No tiene gracia, Phil, esto es un drama. Es mi mejor amiga y a lo mejor la he perdido.

—Y tu trabajo de paso.

—Philip —le pido, intentando que deje de tomarse a cachondeo esto.

—Pero Gabriel, si todo el pueblo sabe que ambos estáis enamorados desde hace mil años.

—No lo… Somos amigos.

—Por favor… —exclama con tono cansado—. Y, ¿ese es el motivo por el que no quieres ir hoy al cine? ¿En serio?

—Necesito calmarme antes de verla en el ayuntamiento —le explico.

—No vas al cine… porque va a ir Marie… —dice lentamente. Escucho un murmullo de fondo antes de que vuelva a hablar—. Pero Marie no va a ir hoy.

—¿Cómo? ¿No va?

—Eh… No, no va. Así que tú ven y así te despejas un poco, ¿de acuerdo?

—No va por mi culpa —le digo, teniendo un nuevo tema con el que martirizarme lo que me queda de domingo.

—No, qué va, Gabriel, ¡no tiene nada que ver con eso! Ella no va… porque… Porque

ayer se resfrió. Eso tiene sentido, sí…

—¿Eh?

—¿Qué? Ah, no, que digo que ayer…Ayer se fue de tu casa y cogió frío. Y prefiere quedarse hoy en casa.

—¿Crees que tendría que llamarla para ver si necesita que…?

—¡No, no la llames! —me dice con rapidez—. Es que… A ver, no puedes llamarla hoy porque es mejor que… ¡Que esperes a verla mañana!

Me quedo reflexionando unos segundos sobre lo que me acaba de decir.

—Bueno, sí, tiene sentido. Además, si está en casa, estará bien. Y a lo mejor mañana ya estamos los dos más tranquilos y…

—¡Exacto! —me corta Philip—. Bueno, entonces vienes, ¿no?

—Bueno, vale, no creo que me haga daño salir un…

—¡Magnífico, Gabriel! Bien, pues nos vemos en un rato, ¿eh?

Colgamos después de una apresurada y más que extraña despedida. Puede ser cierto lo que he dicho: no me vendría mal despejarme hoy un poco. Dejaré que pase el día de hoy para ver si los dos estamos ya más tranquilos mañana. Puede que no haga falta siquiera que lo hablemos. O a lo mejor mañana los dos nos podemos reír de lo de ayer, tomándonoslo como una tontería, continuando como siempre, siendo amigos y nada más.

No me perdonaría jamás haber roto la amistad más importante de mi vida.

Tyra

Odio hacer inventario. Lo odio, pero tenía que hacerlo, porque ya llevaba retraso esta vez. Y hasta dentro de un rato no tengo que ir al cine, así que espero poder terminar todo a tiempo.

O no, porque hoy tengo a un par de magníficas ayudantes conmigo que están haciéndome pasar una mañana de inventario más que increíble.

—La de gorros que tienes, Tyra —comenta Sandrine, llevando en la cabeza unos cuantos superpuestos.

—Eso va en la zona de la caja, en el mostrador que… —Ella va colocándolos justo donde le estaba señalando, así que no necesito seguir explicándole—. Has salido muy lista.

—Por algo voy a ese internado —dice ella, haciéndome reír.

Cynthia sonríe mientras etiqueta bufandas como le enseñé a primera hora de la mañana con los guantes. Me mira de reojo, sentada a mi lado en unos cojines que tiramos hace horas en el suelo.

—¿Son todos así en ese internado o se ha colado alguna vez alguien normal? —le pregunto a Cynthia.

—No se suele querer colar ninguno normal —me dice—. Se volvería loco en esas clases.

—¿Tan horribles son?

—¡Son geniales! —me cuenta Sandrine, que sigue llevando aquí y allá artículos que ya hemos inventariado Cynthia y yo.

—¿Es mejor que el colegio de aquí? —le pregunto.

—Aquí tengo también amigos —me explica—, pero me aburría un poco. Agatha es una profesora genial, pero…

Cynthia y yo nos miramos, comprendiendo.

—Y mañana es la función, ¿no? —digo.

—¡Sí! —contesta ella.

—¿Ya tenéis todo preparado?

Estos días Sandrine les ha estado ayudando a terminar de preparar todo. Se hará mañana por la mañana y cada año hay nervios y emoción en todos los que participan. Y en los que van a verla, también, aparte de risas veladas con graciosas equivocaciones y demás eventualidades que suceden en una función de este tipo.

—Dentro de un rato voy para terminar de ayudarles con el vestuario y con el decorado, así que salid pronto del cine, que tenemos que montar todo antes de que se haga tarde, que luego Johann nos riñe por hacerle cerrar a horas intempestivas.

—Pondremos la película a doble velocidad para que podáis llegar a… —Suena mi móvil y veo el nombre de Jenna en la pantalla—. Me pillas haciendo inventario y como no te des prisa en hablar, no llego al cine.

—¡Esto es urgente! —me dice con emoción—. Vamos a ir al cine, pero no vamos a ir, ¿de acuerdo?

—Eh… A ver si lo he entendido bien. Dices que vamos a ir y no vamos a ir a la vez. ¿Es el cine de Schrödinger o…?

—A ver —me corta—, que vamos a ir hasta el cine, pero luego nos vamos a ir.

—¿Dónde vamos a…?

—No sé, pues cada uno donde quiera.

—Pero entonces, ¡para qué vamos a ir hasta el cine!

Me está volviendo loca.

—¿No vamos a ir hoy al cine? —pregunta Cynthia, no comprendiendo mis frases.

Es que ni yo las estoy entendiendo ya.

—Por ahora sólo he entendido que vamos pero no entramos —le explico, y vuelvo a dirigirme a Jenna—. ¿Es algo así el tema?

—¡Exactamente! —me confirma—. Vamos, esperamos a que lleguemos todos y ya nos vamos. Bueno, Gabriel y Marie no se van.

—¿Ellos no?

—No, porque ellos se quedan.

—Ellos sí entran al cine —digo, por aclararme un poco con todo este embrollo.

—Sí, eso, ellos sí van a ver la peli.

—Y nosotras no.

—Aham, nosotras no la vemos.

—¿Me quieres explicar de una vez todo este lio, por favor?

Sandrine se echa a reír al verme tan absolutamente perdida y Cynthia sonríe mientras sigue etiquetando para adelantar trabajo antes de irnos a donde luego no vamos.

O algo así.

—Es que Marie ayer estaba un poco… —comienza a decirme.

—Sí, no estaba en su mejor momento, no.

Ayer por la noche estuvimos hablando en el grupo que tenemos en el móvil y nos contó lo que *no* había pasado con Gabriel. Y empiezo a entender por dónde va todo.

—Hoy Philip llamó a Gabriel para ir al cine y le dijo que no quería ir porque iba a ir Marie —sigue contándome.

—Pues qué imbécil.

—¿Quién es imbécil? —pregunta Sandrine.

—Tu hermano —le digo.

—Ah, sí, sí que lo es —me confirma, volviendo a sus cosas mientras Cynthia se echa a reír.

—El caso —prosigue contándome Jenna— es que le empecé a decir a Philip lo que le tenía que decir a Gabriel para que sí que fuera. Y no te imaginas lo que me costó, porque Phil es un cocinero genial, pero no se le da nada bien eso de mentir.

—Y conseguisteis que accediera a ir —resumo.

—Sí, y luego yo llamé a Marie y al final también va a ir, pero no quería por el mismo motivo —me dice Jenna.

—Y vamos a llegar allí todos, vamos a esperar a que entren en el cine y… ¿Nos echamos a correr o algo así? —pregunto, porque no veo claro el procedimiento que vamos a seguir.

Jenna parece pensar en esto unos segundos antes de contestar.

—Mejor entramos en el cine y, cuando empiece la peli, nos vamos.

—Entonces al final sí que entramos —le digo.

—¿Vamos al cine o no? —me pregunta Cynthia.

—Ojalá lo supiera —le contesto, perdidísima con todo todavía.

—¡Pero si es muy sencillo! —se queja Jenna al otro lado de la línea—. Vamos al cine, entramos, nos sentamos…

—Ah, que también nos sentamos.

—Sí, a ver, nos sentamos —intenta seguir explicándome—. Pero cuando apaguen las luces, todos nos levantamos y nos vamos de allí. Así les dejamos solos a Marie y a Gabriel para que hablen. Porque ella sigue pensando que Gabriel está enamorado de Cynthia y no hay forma de hacerle entrar en razón.

Miro de reojo a mi compañera de inventario y ella parece sentir que lo hago, porque levanta la vista un instante, sonriéndome al hacerlo.

—Johann va a estar feliz por vendernos entradas, palomitas y refrescos a todas, pero luego no tener que aguantarnos.

Ahora es Sandrine la que ríe, imaginándose al cascarrabias de Johann feliz por un momento.

—Bueno, pero lo has entendido, ¿no? —me pregunta Jenna algo frustrada también por no estar haciéndose entender del todo.

—Sí, vale, comprendido. Le explico ahora a Cynthia todo esto y nos vemos allí en un rato —le confirmo—. Para irnos después.

—¡Eso es! —exclama con emoción por haber sido capaz de explicarse al fin—. Espera, ¿está ahí contigo?

—Sí.

—Ah.

—¿Qué?

—No, nada.

—No, ¿qué? —insisto.

—Que a lo mejor podías preguntarle si Gabriel…

—Nos vemos en un rato, Jenna —le digo, cortando su frase antes de que la termine.

Colgamos y me hago un esquema mental con todo lo que tengo que decirle a Cynthia sobre lo que acaba de contarme Jenna. Y va a ser complicado de explicar, pero lo intentaré.

—Llegamos al cine y nos vamos para dejar a Gabriel y a Marie que hablen sus cosas.

—Ah, vale —dice ella, entendiendo a la primera.

—Me alegra no tener que explicarte más, porque no sé cómo habría conseguido hacer tamaña proeza.

Ella se echa a reír con Sandrine, que ha terminado de colocar todos los gorros y está ahora con las bufandas que Cynthia le ha pasado hace un momento.

—¿Queda mucho más? —pregunta la pequeña sabionda, echando un vistazo a la trastienda.

—Sólo lo de aquí, nada más —le confirmo.

—Entonces voy a avisar a los amigos para decirles que en un rato voy al colegio para terminar todo —nos dice, tecleando algo en el móvil.

Suena ahora el de Cynthia, pero le echa un vistazo y corta la llamada, siguiendo con lo que estaba haciendo sin inmutarse. Vuelven a llamarla y ahora coge el móvil con algo de nerviosismo y lo apaga, suspirando después.

—¿Tu ex? —le pregunto para quitar hierro al asunto, ya que se ha dado cuenta de que he visto lo que ha pasado.

—Ojalá —responde secamente.

—Entonces es un familiar queriendo que pases con ellos las fiestas.

Me mira sorprendida.

—¿Cómo has…?

Me encojo de hombros.

—Tengo un don —bromeo—. Si quieres salir a hablar con…

—No, no quiero —me asegura—. Ya hablé todo lo que tenía que hablar en su momento y no tengo que decir ni escuchar nada más. —Me quedo en silencio, no sabiendo qué responder a eso, y parece que ella lo nota—. Perdón, es que…

—No, no pasa nada —le aseguro—. Si no quieres hablar con alguien, haces bien en no cogerle el teléfono, eso es todo.

—Eso creo yo.

Aunque me parece que no lo dice muy convencida.

Sandrine me mira de reojo con cara de circunstancia y se encoje de hombros como yo.

Seguimos las tres terminando de inventariar entre comentarios neutros y risas varias, haciendo que Cynthia vuelva a estar como antes de la misteriosa llamada.

XII

Marie

La verdad es que me apetecía entre cero y nada salir hoy de casa después de lo de ayer. Quería quedarme encerrada viendo una película tras otra, tragando litros de chocolate caliente con galletitas de mi hermano y tratando de pensar en algo que no fuera el tremendo ridículo de ayer con Gabriel. Porque lo fue, seamos sinceras. Creo que le hice sentir incómodo. Y luego llegó su hermana. Y trataba de explicarme que en realidad estaba enamorado de Cynthia, pero yo no quería escuchar. Y después llegó ella en persona, y ya no pude más y tuve que irme. Y no fue como en las películas, que viene detrás, me gira y me dice que en realidad siempre me ha amado y que quiere pasar el resto de sus días conmigo a su lado. Nada de eso pasó. Yo salí de su casa y él cerró la puerta como si nada. Claro, había llegado ya el amor de su vida y no iba a dejarla tirada por una amiga. Conmigo ya hablará mañana. O ni eso. Bueno, en realidad prefiero no hablar sobre lo de ayer. No quiero que me diga con cara mustia que somos amigos, que me quiere, pero que ama a otra mujer. Que yo estaré feliz si él lo está, aunque sea con otra.

Pero gracia no me hace, la verdad.

Y sí, me apetecía quedarme en casa, pero Jenna me ha insistido tanto que no he podido seguir negándome. Además, me ha asegurado que no va a ir Gabriel. Claro, porque no quiere verme hasta que sea absolutamente necesario. Si es que encima trabajamos codo con codo. Menuda situación más tensa vamos a tener que vivir mañana.

Es que soy tonta. ¿Por qué le puse las manos en la cintura? ¿Por qué, por qué, por qué? Ayer me di tantos golpes con un cojín al llegar a casa y hacerme esta misma pregunta que temí que me acabara saliendo un bulto en la frente. No lo entiendo, todo iba bien, somos amigos, trabajamos juntos y ya. Pero claro, me creo las historias que mis amigas se arman en la cabeza y acabo haciendo tonterías.

Y nunca más.

Veo a todos ya a la puerta del teatro de Johann y Jenna me saluda con la mano ya de lejos. Viene hacia mí corriendo y me agarra por los hombros, caminando conmigo.

—Me alegra que hayas venido al final —me dice.

—Bueno, yo…

—Porque las cosas se arreglan hablando, ¿sabes?

La miro sin comprender.

—¿Cómo?

—Y todos te queremos —añade.

—Sí, claro. Yo también os… —Es entonces cuando veo a Gabriel entre los demás, mirándome con sorpresa absoluta, igual que hago yo—. Yo también os voy a…

—¿Te he dicho ya que te queremos? —me corta Jenna, abrazándome hasta casi dejarme sin respiración.

Gabriel mira a Philip, que se encoge de hombros, y creo comprender lo que ha pasado aquí. Y me muero ya mismo de vergüenza. Él también al parecer, pero reacciona mejor que yo, ya que me dice *lo siento* con los labios y se encoge de hombros, entrando con todos al cine.

Mierda, y yo ahora, ¿qué hago? ¿Entro? ¿Me voy? Quedaría horrible si me marcho ahora. Todos se sentirían fatal porque se ve que se han esforzado para que ambos estemos aquí hoy. Gabriel ya está entrando y se ve que no le ha molestado mucho. Y en realidad ya me había hecho a la idea de ver otra película navideña hoy. Entro, ¿no?

Entro.

Compramos todos nuestras palomitas, nuestras bebidas y pasamos a la sala. Hoy no insisten para que nos sentemos juntos. Bueno, algo es algo. Y entonces algo empieza a suceder. Empiezan a levantarse todos ellos, despidiéndose y saliendo se la sala igual que entraron, hace escasos segundos. Todo es tan rápido que en un suspiro estamos Gabriel y yo solos en la misma fila, mirándonos sin comprender y comprendiendo a la vez muy bien lo que ha pasado.

Y nos echamos a reír.

—¿Puedo…? —me pregunta él, señalando el asiento de al lado.

—Sí, claro —le digo, y en cuestión de segundos le tengo a mi lado, palomitas y bebida en mano.

—Voy a arriesgarme y decir que nuestros amigos querían que nos quedáramos solos por algo.

Río de nuevo con él por su acertada conjetura.

—No nos merecemos a unos amigos así —reconozco, todavía entre risas que van bajando de volumen, ya que el resto de gente que está en la sala al final acabará por quejarse.

—Tú te mereces a esos amigos y más, Marie. —Me quedo muda con su frase y él se da cuenta enseguida—. Perdona, a lo mejor te estoy volviendo a hacer sentir incómoda y lo que no quiero es que…

—¿Incómoda? —pregunto—. Eres mi mejor amigo, Gabriel, no podrías hacerme sentir incómoda con nada de lo que dijeras, y menos con algo tan bonito como eso.

Se hace el silencio entre nosotros mientras sus ojos me observan, pensativo.

—Claro, sí, perdona —dice, bajando un instante la mirada para luego volver a levantarla hacia mí—. Soy tu mejor amigo y los mejores amigos no hacen esas cosas.

Sonríe, sí, pero algo me dice que no lo hace con ganas.

—¿Pasa algo, Gabriel?

—No, nada.

—Puedes contarme lo que sea.

Vuelve a sonreírme y es lo último que veo antes de que Johann apague las luces.

—Lo sé. Eres mi mejor amiga, ¿no?

Y su frase se me clava de manera demasiado profunda, allá donde no soy capaz de llegar para arrancármela.

—Podemos tomarnos algo en mi casa —propone al salir, ya fuera del teatro, donde empiezan a entrar los que organizan el festival del colegio que se celebra mañana.

—No, de verdad, mejor me voy a casa a descansar; esta semana va a ser muy dura.

Sandrine aparece por detrás de Gabriel y me hace un gesto con el dedo sobre sus labios hasta que le abraza por detrás, asustándole.

—Hermanita, vas a matarme de un susto un día de estos —se queja él, aunque lo diga riéndose.

—Ayer te fuiste muy pronto, Marie —me dice ella ahora, ignorando las palabras de su hermano—. Tienes que venir a cenar un día con nosotros, ¿lo prometes?

Hoy todo el mundo se ha propuesto que Gabriel y yo pasemos más tiempo justo del necesario, está claro.

—Ahora tenéis mucho lío en casa —le recuerdo a Sandrine.

—No, no tenemos… —comienza a decirme, y entonces cae algo—. ¿Lo dices por Cynthia? ¡Pero si ya es como de la casa! —Y su risa al decir aquello no es que precisamente me reconforte—. Vente, por favor, que en unas semanas me iré de nuevo y me haría ilusión ponernos al día las dos. Como antes de irme. Era de mis momentos favoritos de la vida.

Sonrío por el recuerdo que me ha venido a la mente con sus palabras. Sandrine y yo siempre nos hemos llevado bien. Nos contábamos mil cosas y compartíamos secretos a pesar de la diferencia de edad entre las dos. Eran tiempos hermosos, en los que sentía que Gabriel y yo sólo éramos y podríamos ser mejores amigos.

Todo era sencillo y hermoso.

—En cuanto pase la tormenta, ya veremos cuándo…

Su abrazo no deja que termine mi frase. Gabriel sonríe al vernos, en silencio, esperando a que su hermana me vuelva a dejar respirar. Después de esta maravillosa interrupción, Sandrine se va dentro del teatro para seguir echando una mano al resto y Gabriel y yo nos volvemos a quedar solos.

—Tienes una hermana increíble —le digo.

—Los tuyos no lo son menos.

Y creo que ahora mismo me vendría bien una charla con Olive.

—Bueno, pues…

—¿No vas a venir entonces? —insiste—. Mi hermana dijo que…

—Más adelante —le prometo—. Cuando todo pase.

Y no sé si se da cuenta de lo que quiero decir con ese *todo*, pero no me estoy refiriendo sólo a la tormenta.

—Claro, sí, disculpa por…

—Parece que últimamente nos tenemos que estar pidiendo perdón por todo —le digo.

Su sonrisa es de agradecimiento, porque con esto intento decirle que no lo haga más, que no me pida perdón por cosas que sólo están en su cabeza. Que los amigos no tienen que disculparse tantas veces, porque en realidad no hacen o dicen las cosas para herir al otro. Y nuestra dinámica no va a cambiar por un malentendido puntual de ayer.

O eso espero.

—Mañana nos vemos en el ayuntamiento —le digo.

Sonríe y asiente.

—Claro, sí. —Se hace el silencio un instante y continúa hablando—. Hasta mañana entonces, Marie.

Yo también sonrío y asiento.

—Hasta mañana, Gabriel.

Me giro y le doy la espalda antes de volver a hacer una estupidez como la de ayer. Por suerte hemos podido arreglarlo, o eso creo. Pero si cometo el mismo error dos veces, no sé si se podría hacer algo para salvar nuestra amistad.

Me voy directa a casa, bajo la suave nieve que cae y sobre una fina capa a medio cuajar en el suelo. Pero al llegar a mi puerta, siento que hoy necesito más que nunca a mi hermana, así que camino unos cuantos metros más, girando en la esquina y llegando a la casa de mis padres, donde Olive se queda siempre que viene a pasar una temporada, y llamo a la puerta, esperando que alguien me abra antes de que me caiga demasiada nieve encima.

Por suerte mi madre ha llegado antes de empezar a sentir frío siquiera.

—Cariño, ¿tú otra vez por aquí? —me pregunta, medio riéndose.

Paso al hall de la entrada y ella cierra la puerta.

—Venía a ver a Olive —le digo mientras me quito el abrigo y el gorro, llenos de nieve.

Mi madre me ayuda a posar todo en el perchero de la entrada mientras habla.

—Hoy ha bajado ya al salón —me cuenta.

—Algo es algo. ¿Y papá?

—Con ella. Estábamos los tres viendo una película navideña, ya sabes.

Cada Navidad en casa de mis padres veíamos mínimo una película de ese género al día, mientras Philip hacía galletitas en el horno y nos comíamos toneladas durante esas semanas. Eran buenos tiempos, en los que no había más preocupaciones que elegir nueva película cada día y poco más.

Porque en esa época estaba claro que Gabriel era sólo mi mejor amigo.

Paso hacia la zona del salón y ahí están ambos, sentados en el sofá frente a la chimenea, viendo una película con una manta por encima cada uno. Olive se gira al escuchar ruido detrás de ella y me mira con una sincera sonrisa.

—Si sigues viniendo tanto a casa, mamá y papá van a tener que habilitarte tu dormitorio de nuevo —dice con voz gangosa todavía.

Me tiro prácticamente encima de ella, provocándole la risa.

—Tenía ganas de ver a mi hermanita —le digo después, a modo de disculpa por haberle caído encima hace un momento.

—¿Qué tal está todo en el exterior? —me dice con voz de pena—. ¿Alguna cosa reseñable? —La abrazo tan fuerte al preguntarme aquello que sabe rápidamente de qué puede tratarse lo que me sucede—. Papá, ¿podrías traerme algo de cena, por favor? Parece que ya voy teniendo algo de hambre y quiero aprovechar antes de que se me vaya.

Mi padre nos mira y entiende. Se levanta sonriendo, yendo hacia la cocina.

—Tardaré unos minutos —nos anuncia—. ¿Tú vas a cenar aquí también, Marie?

—No, gracias, papá. Quiero llegar a casa antes de que empiece a nevar más.

Escucho suspirar a mi padre de camino a la cocina, demasiado sonriente.

—Vale, ahora dime qué ha pasado con Gabriel antes de que me suba la fiebre —me dice mi hermana.

—Que es mi mejor amigo.

Lo digo con tanta pena que comprende nuevamente.

—Sabes que no es…

—Ayer estuvimos cerquísima de… algo. No sé. Y no pasó nada. Y hoy… Hoy es de nuevo mi mejor amigo, nada más.

Olive suspira y me abraza antes de que me pueda poner a llorar.

—Hermanita, si Gabriel te gusta, tendrías que decírselo claramente.

Me separo un poco de ella para mirarla.

—¿Cómo que claramente?

—Con palabras, ya sabes…

—¡Pero no puedo hacer eso! —exclamo, asustada al pensar en una escena así—. Él es mi amigo, y trabajamos juntos. Y además, creo que está enamorado de Cynthia, y se ha quedado en

su casa.

—Todo el mundo me habla de esa chica. Ya tengo ganas de conocerla.

—Es muy buena. Me cae bien —reconozco—. Y si él va a ser…

—Ni se te ocurra decir una frase tan de novela como esa —me advierte, levantándome incluso el dedo índice.

—Pero yo lo que quiero es que él…

—Esa frase tampoco —me corta una vez más.

Sonrío con ganas de nuevo de incluso reírme.

—Muy bien, entonces, ¿qué digo?

—Que hablarás con él.

Alzo la vista al techo con desgana y me gano un empujón de mi hermanita.

—Vale, cuando acaben las navidades, hablaré con él.

—No, cuando pase la tormenta.

—¿Tan pronto? —me quejo.

—No, si te parece, dejas una conversación así pendiente para dentro de doce años.

Suspiro, sabiendo que mi hermana tiene razón. Todo se complicaría si no hablara con él y le explicara que siento algo más que amistad, que no me lo tenga en cuenta y que en un tiempo podré ser la de siempre de nuevo. Quiero que sepa que voy a seguir siendo su amiga y alegrándome cuando él y Cynthia formalicen lo suyo. Porque, ante todo, le quiero, aunque sólo pueda ser como mi mejor amigo.

Hoy no me quiero ir a casa. Me gustaría quedarme con mi hermana y mis padres como si todavía estuviera viviendo aquí. Porque hace años nada de esto me habría preocupado: ni tormentas, ni Gabriel, ni tenientes de alcalde… Nada existía. Sólo estábamos Philip, Olive y yo junto a mis padres, alrededor de una mesa bellamente adornada, con el árbol iluminado de fondo, cantando villancicos y riendo por todo lo que se nos ocurriera en el momento.

A veces hay que volver al lugar en donde todo es paz para alcanzarla. Y eso es lo que he hecho hoy.

Y con esa paz, precisamente, me voy a casa.

XIII

Gabriel

Voy caminando hacia la zona de la alcaldía mientras reviso en mi agenda todo lo que tenemos que tener listo para antes de la tormenta. Kits repartidos, gente avisada, eventos reorganizados… Me parece que no nos queda nada por preparar. ¿Las quitanieves de la zona…? Vale, sí, recuerdo que llamamos el viernes pasado para advertirles por si necesitábamos antes que pasaran por Mist Rachs. Lo único que queda es que Marie venga hoy con la memoria de este fin de semana borrada y todo sea como antes de que pasara lo que no pasó.

Ayer me habría gustado irme con ella a alguna parte y, con tranquilidad, hablar de todo. Ella no quería. Se encontraba a disgusto a mi lado, pensando que podría sacar ese tema, así que no dije absolutamente nada. No más Marie en mi cabeza si no es para pensar en ella como alcaldesa y mejor amiga. Nada más. Y mis sentimientos van a quedar en un sitio a buen recaudo para siempre. Fin del sueño. Se acabó pensar tonterías de adolescente. Tengo que centrarme en el presente, en uno realista, y sé de sobra que eso no incluye a Marie más allá de lo que es ahora.

Llego por fin a mi mesa, pero me fijo en que la puerta de Marie está un poco abierta. Ella siempre cierra del todo. Es una manía que tiene desde pequeña: ir cerrando puertas a su paso, a veces incluso las ajenas. ¿Ella ya ha llegado? Miro mi reloj, pero todavía es pronto. Puede que le haya vuelto a pasar como el otro día y el despertador le haya fallado. Me acerco a la puerta para comprobarlo y justo cuando cojo el manillar para abrirla del todo, alguien la empuja desde dentro.

—Frederick, ¿qué hacías dentro del despacho de la alcaldesa? —le pregunto con recelo al ver el gesto de sorpresa que pone al verme allí.

Echo un vistazo al interior del mismo y veo que, efectivamente, Marie no ha llegado todavía.

—¿Tú qué haces aquí tan pronto? ¿Intentando ganar puntos para que te den mi puesto?

Voy a ignorar semejante comentario.

—No me has respondido —le recuerdo—. ¿Qué hacías ahí dentro?

—Esperar a la señorita alcaldesa.

—Es señora alcaldesa —le corrijo.

—No está casada, que yo sepa.

—Eso es tan rancio que ni siquiera a ti te pega decirlo, Frederick.

—Lo que tú digas.

Me hace un gesto de desdén con la mirada y pasa por delante de mí sin más.

—Frederick, te lo voy a repetir una vez más: ¿Qué hacías en el despacho de la alcaldesa?

Se gira hacia mí con suficiencia, mirándome de arriba abajo.

—Y si no te lo digo, ¿qué vas a hacer? ¿Pegarme? ¿Ahora también eres el guardaespaldas de Marie? No te puedes pegar más a ella porque ella es la que no quiere que lo hagas. Das pena.

—Por mucho que intentes picarme, no vas a conseguirlo —le advierto—. Llamaré a Pete para que te lo pregunte él mismo si quieres. ¿Qué hacías ahí dentro?

—La verdad es que no sé cómo no sois pareja, porque si tú das pena, ella es el patetismo personificado.

No me he dado cuenta de cómo he llegado a levantarle del suelo, agarrándole por la americana. Ha sido un impulso que llevaba tiempo reprimiendo en realidad.

—¡Gabriel! —escucho decir a Marie con asombro a mi lado—. ¡Haz el favor de soltar a Frederick!

Mis manos siguen sus órdenes y suelto al impresentable de Frederick, dejándole de nuevo en el suelo, por el que se tendría que mover arrastrándose cual babosa. Sin embargo, esta babosa humana se yergue con prepotencia ante mí, sonriéndome de forma asquerosa.

—Menos mal que la *señorita* alcaldesa ha llegado, porque temí que este loco me hiciera algo —se atreve a comentar el muy…

—Eres un impresentable —le respondo—. Y todavía no me has explicado qué hacías dentro del despacho de la *señora* alcaldesa.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Marie, que se ha colocado en medio de los dos.

—Eso me gustaría saber a mí —respondo, mirando a Frederick.

Y se ve acorralado cuando Marie se gira hacia él, esperando a que explique algo por fin.

—Sois unos paranoicos —nos dice, empujándonos para hacerse paso e ir hacia la puerta de salida—. Estáis fatal. Primero la tormenta y ahora esto. —Nos mira un instante, ya en el umbral—. Por cierto, ¿él sabe lo de tus claves?

Desaparece ante nosotros sin haber explicado finalmente qué es lo que hacía en el despacho de Marie y ardo de rabia por dentro. Sin hablar siquiera, voy hacia allí —hacia el despacho, porque hacia Frederick sería meterme en un serio problema ahora mismo— y, al entrar, miro alrededor para ver si algo llama mi atención.

—¿Qué haces, Gabriel? —me pregunta ella.

—Ha estado aquí por algo. ¿No ha mencionado algo de unas claves? ¿Qué tienes guardado con una clave?

—A lo mejor estaba esperándome para hablar conmigo —sugiere.

—Entonces lo habría dicho. —Sigo buscando algo que me parezca extraño o fuera de

lugar, pero no hay forma de dar con ello—. Tiene que haber entrado por un motivo que le mereciera la pena volver por aquí.

—En este despacho no hay nada que a él le interese. Puede tener acceso a todo siempre que quiera —me dice, tratando de racionalizar lo que ha pasado.

—Sé que entró por algo —insisto—. Ha hecho algo, o cogido algo… O dejado algo. ¿Una cámara?

La miro y veo su gesto medio torcido.

—Gabriel, tenemos mucho que hacer todavía —me recuerda—. La tormenta comienza el miércoles supuestamente y…

—Pero Frederick…

—Si ha hecho algo, nos acabaremos enterando —me dice, yendo hacia su silla y sentándose en ella, frente a la amplia mesa de despacho—. Ahora tenemos cosas que… —Suena su teléfono y lo coge sin un atisbo de desgana—. Alcald… ¿Agatha? —dice extrañada por la llamada de la profesora del colegio—. No, no hemos enviado ninguna… —Al parecer, Agatha está bastante nerviosa—. Vamos a ver, no hemos cambiado ninguna cosa a última hora. Todo sigue igual que lo que os contamos el otro día en la plaza. No ha habido otras directrices ni… —Y me mira, abriendo los ojos de forma bastante significativa—. ¿Un email?

Maldita sea… ¡Era eso!

Voy hacia el ordenador de Marie mientras ella continúa hablando por teléfono.

Está apagado.

—¿Cómo hizo para saber…? —pregunto cuando ella mete su clave.

—Agatha, por supuesto —sigue hablando con ella—. Podéis seguir con la función, claro. Y muchísima mierda.

Se ríe antes de despedirse de ella y colgar, suspirando después y frotándose la cara con las manos, algo estresada.

—Vamos a ver si ha mandado… —le digo mientras muevo yo mismo el ratón hasta la aplicación de emails—. No puede ser. No hay nada enviado en… —Me giro hacia ella, perplejo —. ¿Agatha te dijo que habían enviado un email?

—Sí, solicitando desde la alcaldía que se suspendieran todas las actividades desde hoy mismo —me cuenta—. ¿Por qué no hay ningún email así en la carpeta de enviados?

—Los ha debido de borrar para que no sepamos a quiénes ha escrito. Mierda.

Me alejo de la mesa, con ganas de gritar por primera vez en mi vida. Es tal la frustración que siento con el tema de Frederick que me hierve la sangre.

—¿Qué podemos hacer ahora? —pregunta ella, observando cómo camino con prisa y sin rumbo por delante de ella, de punta a punta del despacho.

—Tienes que mandar una nueva circular a todos a través de email.

—Pero eso va a volverles locos. ¿A quién van a creer, si acaban de recibir una…? —Vuelve a sonar el teléfono y nos tememos lo peor. Esta vez ni siquiera le dejan empezar a hablar a Marie—. ¿Massie? Sí, ha sido… No, no hemos sido nosotros, te lo aseguro.

Mientras Marie habla con quien es la encargada principal de organizar todos los eventos en Mist Rachs, yo empiezo a pensar rápido en la forma de solucionarlo para que la gente sepa que no tiene que cundir el pánico, y creo que he dado con ello.

—Dile que irás a la función navideña del colegio en un rato —le susurro.

Ella me mira frunciendo el ceño, pero me hace caso.

—Mira, precisamente íbamos a ir en un rato a ver la función del colegio. —Massie debe estar empezando a tranquilizarse, porque la sonrisa de Marie me lo dice todo. —No, para nada. Agradecemos que nos hayas comentado el error informático.

El error informático…

Cuelga y se tira hacia atrás en su asiento, resoplando de puro agotamiento mental.

—La función empieza en dos horas —le comento, repasando los horarios de todos los eventos de este año.

—Entonces tenemos tiempo todavía para intentar poner solución a este desastre, ¿no?

—Claro, no te preocupes —le aseguro—. Vamos a averiguar cómo accedió a tu ordenador y lo que… —Pero su gesto de culpabilidad me sorprende—. ¿Qué sucede, Marie?

—Mi clave —me dice, cabizbaja.

—¿Tienes idea de cómo supo tu…?

Asiente con culpabilidad.

—Siempre uso la misma para todo —me explica—. Es por ti.

—¿Por mí? —pregunto sin entender.

—Uso tu fecha de nacimiento —confiesa—. Y él sabe que tú y yo… Que somos muy amigos. Así que habrá sido lo primero que ha probado. Por eso dijo eso último de…

¿Usa mi…? Vale, ahora mismo no sé si sentirme emocionado o continuar con la frustración.

—Pero tú no tienes la culpa de todo esto, Marie —le digo, viendo que se siente realmente mal.

—Tendría que haber usado una menos obvia —se lamenta.

—No es tan obvia. Yo no habría caído en la vida.

La sonrisa que tiene ahora es demasiado triste.

—Ya, tú no habrías caído en eso en la vida.

No entiendo sus palabras, así que me centro en lo importante.

—Bueno, ahora hay que tratar de calmar los ánimos, así que vamos a ir a la función del colegio, revivir viejos tiempos y tratar de que todos vean que todo sigue igual.

—Vale, sí —me dice sin mirarme—. ¿A qué hora hay que salir de aquí?

—Ya mismo.

—Pero la función no empieza hasta…

—Sería bueno que nos diéramos una vuelta por el pueblo antes, porque así puede que haya gente que se nos acerque para preguntarnos por algún email y…

Ella parece comprender. Asiente lentamente, suspira y se levanta de su silla.

—Muy bien, pues salgamos ahora entonces.

Nos acercamos juntos a la puerta y ella, por primera vez en lo que lleva de alcaldesa, cierra con llave.

La miro con sorpresa.

—Vaya…

—Es que… —se apresura a disculparse, como si eso fuera algo horrible.

—Haces bien, Marie —le corto—. Espero que así evitemos más sustos con ese…

Me callo porque sé que no le gusta que le critique, pero esta vez es ella la que habla.

—Con ese impresentable de Frederick.

Lo dice con una rabia tan dulce que no puedo evitar soltar una carcajada.

—Me gusta cuando eres malhablada —bromeo con ella.

Marie aguanta la risa mientras me da un codazo, pero en cuanto empiezo a quejarme con exageración, no puede más y ríe conmigo mientras salimos del ayuntamiento.

El episodio extraño del fin de semana parece que ha terminado sin tener que hablar de ello. Y casi que me alegro.

XIV

Cynthia

Está siendo una mañana más que caótica. He venido con Sandrine a echar una mano de última hora para la función de su antiguo colegio y poder montar los decorados como dice que sólo yo sé. Es una lianta, pero no pude negarme cuando me hizo pucheros. Y eso que su hermano ni siquiera se había ido a trabajar, con lo cual era tan pronto que aún no había amanecido.

Como decía, ha sido algo caótica la mañana. Cuando ya estaba todo hecho y preparado, Agatha, la profesora, recibió un email diciendo que todas las actividades y eventos se tenían que cancelar ya mismo. Todos los alumnos se quedaron destrozados, pero Agatha les dijo que algo no le cuadraba y llamó directamente a la alcaldesa. Y efectivamente, había sido un error informático. Algo raro, sí, pero las chicas y chicos se pusieron de nuevo en marcha con ilusión.

Ya estamos esperando a que todo el mundo tome asiento para dar comienzo. Entre bambalinas hay nervios, risas y ensayos de última hora. Tyra se afana por colocar a todo el mundo su ropa de forma correcta para que se sientan cómodos con los disfraces que tienen que llevar. Sandrine me ha estado contando que cada año les ayuda a confeccionar todo el vestuario y viene el día del estreno para echar una mano. Es algo que me parece asombroso. Cuando vine con Sandrine, pensé que sería una pequeña y graciosa función escolar, pero en este pueblo se ve que la Navidad se la toman muy en serio, porque hasta algo como esto lo hacen a lo grande, con cambio de decorados cada poco, vestuario logradísimo, niños interpretando como actores profesionales y gente del pueblo y alrededores viniendo a verlo, llenando el teatro.

—Me alegro de que hayas empezado tan pronto a pintar —me dice Tyra a mi lado, terminando de colocar correctamente el traje de estrella a un chico.

—No ha sido nada —le respondo, quitándole importancia.

—A mí me parece que te ha quedado increíble todo —me asegura, llenándome de orgullo —. Son los escenarios más originales que han tenido en años. —Y mira a aquel chico, al que ya ha terminado de ajustarle todo—. ¿Verdad que quedaron increíbles todos los dibujos que Cynthia hizo?

—¡Son alucinantes! —exclama él, yéndose acto seguido con el resto de compañeros, preparados para salir al escenario en pocos minutos.

Tyra se levanta del suelo y viene hacia mí, quitándose polvo inexistente de su ropa.

—Lo que es alucinante es cómo os lo montáis todos en Navidad aquí —le comento ya en

voz baja mientras Agatha sale al escenario para recibir al público.

—Nos gusta la Navidad —dice Tyra con una sonrisa. Y me mira—. ¿Y a ti?

—Me gustaba mucho.

—¿En pasado? —Me quedo en silencio sin saber cómo responder a eso y ella lo entiende —. Perdona, no quería…

—Familia —le resumo.

Ella asiente, abriendo levemente la boca.

—Entiendo. —Nos hacemos a un lado, ya que van a empezar a salir los primeros alumnos al escenario—. Tienes que pintar algo que te recuerde siempre las navidades en Mist Rachs —dice ahora—. Para cuando estés lejos de aquí, sepas que un año intentamos hacer que disfrutaras de nuevo.

—Lo estáis consiguiendo —le aseguro. Y me acerco a su oído—. Aunque ya no sé si es por tanto vino especiado.

Tyra se echa a reír con eso. Intento taparle la boca, pero su risa sigue colándose entre mis dedos, corriendo brazo arriba hasta llegar a mi garganta, provocándome la risa a mí también. Me coge del brazo y tira de mí para escondernos detrás del último escenario, consiguiéndonos calmar ya lejos del bullicio.

Vuelve a sonar mi móvil, pero esta vez lo apago directamente. No me importa todo lo que haya fuera de este pueblo ahora mismo. Sólo quiero disfrutar de unas navidades como las de antes, riéndome y paseando bajo la nieve con un vino especiado en la mano. Eso es todo lo que pido durante estos días, así que empiezo a plantearme dejar apagado el móvil hasta volver al internado.

—De nuevo llamadas indeseadas —me dice Tyra.

—Sí, demasiado indeseadas.

—Si quieres algún día hablar de… De lo que sea…

Suspiro y me apoyo sobre uno de los escenarios de cartón que hace rato terminé de decorar. A lo mejor suena raro, pero siento que puedo contarle lo que sea a esta chica de rizos de colores que me mira con dulzura y comprensión, aun sin saber qué sucede en mi vida fuera de aquí.

—Es un poco complicado de resumir en realidad —le digo, sintiendo que quiero hablar de esto con alguien por primera vez en mi vida.

—No lo hagas. Cuéntame todo desde el principio —me pide ella, apoyándose a mi lado y mirándome con atención.

Y creo que necesito coger mucho más aire de lo que acabo de hacer.

—Tengo una hermana mayor que… Se llama Andrea. Nos queríamos muchísimo —comienzo a contarle—. Éramos inseparables de pequeñas. Nos llevamos tres años, pero a veces

era como si fuéramos de la edad, porque jugábamos a las mismas cosas, salíamos con la misma gente… Yo habría dado lo que fuera por ella. Era como mi persona favorita del mundo.

Duele un poco todavía recordar esa época y Tyra parece notarlo. Me rodea los hombros con su brazo y me atrae hacia ella antes de hablar.

—Eso suena a relación idílica entre hermanas —me dice.

—Lo era, sí. Hasta que empezó a salir con Alfred.

—Mierda… Un tío.

—Un imbécil malnacido, más bien —respondo yo—. A mí no me caía bien desde el principio. Ella tenía veintiún años y él le sacaba cinco, y Andrea parecía que se tenía que amoldar a sus planes, pero él nunca a los de ella. Eso no me gustaba. Mi hermana decía que yo estaba celosa porque empezaba a pasar más tiempo con él que conmigo. Me llegó a decir que serían celos porque ella tenía un novio tan guapo y yo todavía no. Cosas que yo sabía que no podían salir de la cabeza de mi hermana en realidad. Pero es que, además, el muy asqueroso siempre estaba deseando quedarse a solas conmigo. Yo no sabía bien por qué. Hasta que cumplí los veintiuno.

—Mierda… —vuelve a repetir.

Asiento al escucharla, porque sí, fue demasiada mierda.

—Dimos una fiesta en casa e invitamos a amigos y familia. Mi hermana fue con Alfred, por supuesto. Yo en un momento dado fui a la cocina, dejando a todos en el jardín, y cuando me di la vuelta, Alfred estaba justo detrás de mí, casi pegado a mi espalda. Le dije que qué hacía ahí, que volviera con todo el mundo, pero me empezó a mirar de forma extraña, diciéndome que ahora que ya era mayor de edad, lo que hiciéramos no sería ilegal. —Se me revuelve de nuevo el estómago al recordar aquella escena—. Y claro, comprendí que el asco que ese tipo me producía, era por un buen motivo, que ni estaba loca ni sentía celos de nada.

—¿Te hizo…? —pregunta con miedo.

—No —me apresuro a responder—. Pero fue porque le di una patada en la entrepierna cuando me agarró de la cadera. —Tyra se tapa la boca con su otra mano, intentando no reírse, y eso me hace volver a sonreír por un instante—. Mi hermana y el resto entraron corriendo cuando escucharon a Alfred gritar como un cerdo. Pero cuando preguntaron qué había pasado, el muy capullo dijo que se había golpeado contra la encimera después de separarse de mí cuando yo quise besarle.

—¿Cómo? —exclama con indignación—. Pero ese tipo…

—Lo peor no fue eso. Lo más horrible de todo fue ver que la gente al instante le creyó. Pensaron que mi comportamiento con él era realmente por celos, porque yo quería algo con él, y a partir de ese momento mi vida se convirtió en un infierno.

—Pero tu hermana… Tu familia, ¿le creyó a él?

—Todos ellos, sí —le confirmo—. Todos le creyeron. Mi hermana dejó de hablarme, aunque le pedí mil veces que me escuchara. Mis padres me dijeron que me vendría bien irme a estudiar fuera de casa, que me pagarían la universidad donde quisiera si aceptaba ir a sesiones con un terapeuta.

—¡Venga ya!

Tyra parece indignada de verdad. Aun así, no me suelta, y eso lo agradezco; siento que podría caerme en cualquier momento.

—Acepté irme de casa. Yo soy de California, no sé si lo sabías. —Niega con la cabeza—. Me mandaron a una universidad de Europa, a París. Supuestamente iba a continuar estudiando ingeniería, pero en cuanto llegué a la ciudad, todo cambió. Mi francés era horrible y a veces me costaba hacerme entender hasta para pedir el pan. Un día se me ocurrió garabatear unas viñetas en el papel que el panadero tenía sobre el mostrador. Éramos él y yo, en aquella panadería. Yo le pedía pan en la primera viñeta. En la segunda, salía y me lo comía. —Mientras Tyra se ríe, ya conmigo, prosigo—. Aquel hombre también se echó a reír al ver aquello y me gané una barra de pan gratis a cambio de regalarle esas viñetas. Y empecé a comunicarme de esa forma mientras iba aprendiendo mejor el idioma. Hasta que me di cuenta de lo infeliz que me hacía mi carrera y de lo increíblemente feliz que me hacía dibujar.

—Y cambiaste de carrera.

—Y mis padres dejaron de pasarme dinero —le cuento—. Así que, a partir de entonces, estaba yo sola con mis dibujos y una beca que pude conseguir de milagro el primer año. Dejé definitivamente de hablar con mi familia y… Hasta ahora.

—Entonces las llamadas… —me recuerda sin entender.

—Alfred no era tan magnífico como todos creían. —Sonrío con tristeza—. Andrea le encontró hace poco con una amiga suya en la cama y se están divorciando. Mi madre me llamó el otro día, estando yo aquí ya, y me lo contó. Ni siquiera sé cómo consiguió mi número. El caso es que me dijo que mi hermana estaba muy arrepentida por todo lo que había pasado, que al poco tiempo de haberme ido quiso hablar conmigo, pero no se atrevió. Y claro, cuando pilló a su flamante marido, padre de sus tres hijos, con una de sus mejores amigas en la cama, ató cabos. Le dije a mi madre que no quería hablar con ella, que sentía que su matrimonio hubiera acabado, pero que todos ellos me fallaron cuando más lo necesité. Pero Andrea ahora no deja de llamarme y…

—¿Tú quieres hablar con ella? —me pregunta.

—Yo no quiero arreglar nada entre nosotras —especifico—. Todo se rompió hace años y… Pero sé que siempre me quedaría algo por dentro que me diría que tuve que coger esa llamada.

—Lo entiendo —me asegura—. Entonces sólo tienes esa opción, ¿no? Coger la llamada

de tu hermana, escuchar lo que tiene que decirte y… Decidir.

Asiento, suspirando.

—Creo que es lo que tendré que hacer, sí.

Agacho la mirada hacia el suelo, pero siento que sus dedos se posan en mi barbilla y me gira la cara hacia ella, que sonríe de forma luminosa a pocos milímetros de mí.

—Puedes hacerlo durante estos días —propone—. Y cuando termines de hablar, nos vamos a tomar todas un vino especiado al mercadillo.

—Con un par de pretzels —añado, de mejor humor al pensar en ese plan.

—¿No te vale con uno ya?

—Después de esa conversación, lo raro sería que no me acabara todos los que a Pascal le quedaran ese día en el puesto.

Comenzamos a reír, añadiendo diferentes cosas a ese menú de después de la temible llamada. Pero en un instante, sin saber ni cómo, tengo a Tyra tan cerca de mí de nuevo que casi siento su corazón latir con la misma fuerza que el mío propio. Mis manos alcanzan sus rizos y sus dedos separan un mechón de mi pelo, colocándolo detrás de mi oreja derecha. Me mira con intensidad y calma a la vez, sonriéndome de una forma que querría poder grabarme a fuego y recordarla cuando me vaya de aquí.

—¿Sabes? —me susurra—. Yo tenía novio antes de venir aquí.

—¿Es un dato que vas a desarrollar en algún momento o…?

Se ríe, pero sigue hablando.

—Es sólo eso, que yo tenía novio. Y antes de él, tuve otro.

—¿Y aquí?

—Nada de novios —dice con una graciosa seriedad, haciéndome reír—. Y… ¿Tú?

—En París tuve muchos novios —confieso, haciendo hincapié en la cantidad.

—Somos bastante de novios entonces.

Casi tengo su nariz rozando la mía. Huele a naranja y eucalipto toda ella, como un feliz día de Navidad.

—Somos muy de novios, sí —respondo.

—Hay que ver, qué cosas, ¿no?

Sonreímos por nuestra absurda conversación. Seguimos apoyadas en aquellos decorados cuando justo el de nuestra espalda cede y cae, arrastrándonos por el suelo a ambas hacia la mitad del escenario, junto a todos los alumnos y frente a un público que se queda boquiabierto con la sorpresa.

Yo soy la primera en reaccionar. Me levanto y carraspeo un poco, atusándome la ropa. Tyra se levanta después y se queda a mi lado, mirándome como preguntándome si nos echamos a correr ya. Y creo que sí que tenemos que salir de aquí lo antes posible.

Señalo con ambas manos el decorado por el que hemos sido arrastradas hace unos segundos.

—¡El show navideño debe continuar! —exclamo, consiguiendo que el público aplauda entre risas mientras Tyra y yo nos largamos de allí rápidamente, dejando que los alumnos sigan de protagonistas indiscutibles del día.

Ya fuera de la sala, todavía en el hall de entrada, nos detenemos para coger algo de aire y seguir riéndonos.

—Esto me ha recordado a cierta película navideña —me comenta Tyra con voz entrecortada por la carrera.

—Esa sí la he visto.

Ella ríe, tosiendo brevemente entre medias.

—Pero la escena terminaba de otra manera —dice ahora.

—¿Quieres que volvamos al escenario y…? —le digo, haciendo amago de volver a entrar.

Tyra ríe conmigo sin dejar de mirarme de esa forma tan intensa y tan suya.

—¿Un vino especiado y un preztel? —propone.

—Si invito yo esta vez.

—Ah, no, hoy no —me advierte—. ¡Quien llegue primero, paga!

Dice aquello y se echa a correr, saliendo del teatro seguida de mí, que intento alcanzarla como puedo, tratando de no resbalar.

Tengo todavía muchos recuerdos de las navidades familiares, aquellas que disfrutaba cada año hasta que todo se rompió, saltando por los aires en mil pedazos.

Los mismos que siento que se están recomponiendo desde que estoy en Mist Rachs.

XV

Marie

—Creo que ha funcionado —le digo a Gabriel nada más que termina el evento en el teatro.

Él sonríe de forma angelical mientras sigue observando a nuestro alrededor, como si fuera a saltar alguien encima de nosotros en cualquier momento. Se gira un poco hacia mí después y se acerca a mi oído.

—Tendríamos que darnos otra vuelta por el pueblo antes de volver al ayuntamiento.

—Pero ya es muy tarde y…

Sus ojos claros enganchan los míos y no puedo apartarme de ellos.

—Hoy la gente necesita verte, Marie, hazme caso.

Y se lo haría sin pensármelo dos veces.

—Muy bien, ¿dónde crees que tenemos que ir ahora? —le pregunto.

—A la apertura de una nueva ventana del calendario de adviento.

—¡Hermanito! —escuchamos a Sandrine justo cuando se tira encima de su hermano, haciéndole tambalear hasta que consigue cogerla bien en brazos.

—Sandrine, que vas a tirarme —se queja entre risas, posándola en el suelo.

—¡Habéis venido! —sigue diciendo con absoluta emoción, abrazándome ahora a mí.

—Ha salido todo genial —le digo.

—¿Habéis visto a Tyra y a Cynthia? —dice ahora, echándose a reír—. No las he visto por aquí ahora, no sé dónde se fueron.

—Creo que las vi salir de la sala —le cuenta su hermano—. Imagino que tuvieron demasiada atención para todo el día.

—¡Podíamos pasarnos a ver si están en la tienda de Tyra!

Sandrine siempre derrocha una energía increíble. Siempre fue más nerviosa que su hermano, que es la tranquilidad en persona.

—¿No te vas a quedar con todos tus amigos ahora? —le pregunta.

Ella se gira y ve a sus antiguos compañeros de colegio. Y creo que cambia de opinión con respecto al plan inicial.

—Vale, sí —le responde—. Pero si veis a Cynthia, decidle que hoy preparo yo la cena, que me han enseñado algo que…

—No más recetas de internet, por favor, Sandrine —le pide con angustia Gabriel, haciéndonos reír a las dos.

—Pero esta es muy sencilla, ¡de verdad! —insiste ella—. Y tiene una pinta increíble. Me la pasó Andy, que es un chico nuevo que…

Pero creo que su hermano sigue sin fiarse mucho.

—¿No puedes mejor practicar antes que hacernos depender de tu receta para comer algo?

—Es que siempre cocináis Cynthia y tú —se queja.

—Ni que lleváramos toda la vida viviendo juntos —dice su hermano, riéndose. Le da un beso en la mejilla y toca mi brazo, indicándome con eso que debemos irnos—. Nos vemos en un rato, hermanita.

Sandrine no insiste. Se va corriendo con sus amigos y nosotros salimos del teatro mientras los vecinos que quedan aquí dentro nos saludan y nos agradecen la asistencia. Gabriel siempre sabe qué hacer y jamás dudo cuando propone algo. Está claro que entiende bien cómo arreglar problemas que para mí son frustrantes e imposibles de solucionar.

Ya en la calle, nos abrigamos de nuevo. Sigue nevando, aunque nada preocupante. Ojalá todo esto sea una falsa alarma y al final la tormenta sea como cada año, durante unas horas en Nochebuena y a la mañana siguiente no haya ni rastro, salvo por la capa blanca que cubre todo Mist Rachs.

—Ya están todos en la plaza —le digo, viendo frente a nosotros a unos cuantos vecinos esperando frente al gigante calendario de adviento.

Gabriel revisa sus papeles y luego vuelve a mirar al frente.

Y a mí.

Mierda, ¿por qué tiene que sonreír de forma tan bonita siempre?

—Hoy abren la ventana de los caramelos —me recuerda—. ¿Estás lista para ser arrollada por unos cuantos dulces?

—¿Yo no puedo intentar coger alguno? —pregunto.

Tuerce el ceño antes de contestar.

—Un par nada más —me concede.

—Si sólo son dos, luego tendré que reponer fuerzas con un buen chocolate y será tu culpa si llegamos tarde al ayuntamiento.

—Buena idea, Marie —me dice, ya caminando hacia la plaza—. Iremos al mercadillo también y tomaremos allí algo.

—¿Vamos a estar toda la mañana dando vueltas, con la de cosas que…?

—Relájate —me dice, cortando mi angustia de cuajo—. Este también es tu trabajo, ¿no?

—Pero la tormenta…

—Está todo preparado, Marie, tranquila. Vamos a mostrar a los vecinos que tenemos los

preparativos bajo control.

Me hace un gesto con los ojos, pidiéndome que le confirme si me parece bien. Sé que tiene razón, que todo está listo para cuando llegue la tormenta de nieve, sea cuando sea, y que tengo que implicarme más en las actividades del pueblo, igual que he hecho siempre. El estrés de la tormenta me hizo centrarme más en otras cosas, pero tengo que seguir mostrando a los vecinos que todo va bien. Si no, Frederick es capaz de confundir a la gente y el caos podría ser terrible.

—En cuanto pase la tormenta, Frederick se va —le anuncio.

Él tarda unos segundos en contestar. No me mira cuando lo hace.

—¿Estás segura? Porque van a hacerte muchas preguntas y puede ser algo que…

—Ya lo he decidido —le corto—. Se va.

—Muy bien, entonces cuando pase la tormenta, haremos los…

—Y tú pasarás a ser el nuevo teniente de alcalde.

Frena en seco cuando le anuncio con determinación mis planes. Le miro para ver qué le pasa y le veo plantado ahí de pie, detrás de mí, con una mirada que no alcanzo a entender del todo.

—¿De eso también estás segura? —pregunta.

—Eres la persona perfecta para ese puesto, Gabriel.

—Pero yo… Es decir, nosotros en ese caso…

—¿Qué pasa con nosotros?

—Bueno, sería una dinámica… Diferente —dice sin explicar en realidad nada.

—Seguiríamos trabajando juntos de la misma forma. De hecho, tú la mayoría del tiempo asumes labores que tendría que hacer el propio Frederick, pero como él va por libre…

Sigue mirándome con intensidad, ahora sin pronunciar palabra. Creo que quiere decirme algo más, pero la gente a nuestro alrededor ya empieza a saludarnos y en breve alguien vendrá a interrumpir esta conversación, así que opta por aplazarla.

Como hace siempre que algo no sabe cómo afrontarlo.

—Hablaremos después de la tormenta.

Vuelve a mi lado a tiempo de recibir las quejas de Massie, que ha venido corriendo al vernos, dejando a la gente esperando para que se abra la nueva ventana del calendario.

—¿Qué pasa con los emails entonces? —es su saludo, no muy amable.

—No pasa nada, de verdad, Massie —le aseguro—. Ha sido un fallo…

—Un fallo informático no redacta docenas de emails, Marie —me dice, bajando el tono —. ¿Qué ha sucedido en realidad.

Massie es como el alma de Mist Rachs. Siempre ha estado aquí, organizando todo y haciéndonos sentir a todos bien con cualquier detalle. Y creo que le debo un poco de todo eso.

—Hay algún problemilla con el teniente de alcalde —le susurro, procurando que nadie

me escuche.

Siento un apretón en el brazo, proveniente de la mano de Gabriel: no le parece correcto que cuente nada de esto, me queda claro.

—¿Con Frederick? —pregunta ella con tono agudo, pero sin levantar la voz—. Ese chico no me ha gustado nunca. No me fío de él.

—Es un tanto… Complicado.

—Tiene que ser una desgracia trabajar al lado de alguien así —me dice, compadeciéndose de mí.

—Por favor, no cuentes lo que te… —le pido.

Pero antes de terminar la frase, ella me contesta.

—Sabes que no diré nada —me confirma—. Lo que haré será asegurar a todo el pueblo que las cosas las tienes más que controladas. —Y ahora mira también a Gabriel—. Porque lo están, ¿no? Es decir, la tormenta no va a arrasar Mist Rachs ni nada parecido, ¿verdad?

Ríe con nerviosismo, esperando que nuestra respuesta sea que todo va a ir bien.

—No te preocupes de nada, Massie —le digo—. Gabriel y yo nos estamos encargando de todo, puedes estar tranquila.

Suspira con verdadero alivio y ríe tan contenta con mi confirmación y la sincera sonrisa de Gabriel.

—¡Bueno! Entonces voy a abrir la nueva ventana del calendario —nos anuncia—. Me encanta lanzar caramelos a la gente.

Se va hacia delante mientras ríe, ya feliz, para hacer su divertido aunque estresante trabajo. Porque organizar cada uno de los eventos de un pueblo como Mist Rachs es un enorme desafío, y ella lo ha hecho toda la vida a la perfección.

—Va a ir todo bien, ¿verdad? —le pregunto a Gabriel.

Y quiero que me mienta. Aunque piense que todo está más que complicado, necesito ver su sonrisa y escuchar de su boca que vamos a poder mantener a salvo nuestro pequeño pueblecito.

Gabriel sonríe y frota mi espalda mientras continuamos caminando unos pasos más.

—Una simple tormenta no va a poder con Mist Rachs —me asegura.

Puede que se lo tenga que volver a preguntar una vez más en media hora, y a cada momento de aquí a que todo pase. Y sé que él volvería a tranquilizarme siempre que se lo pidiera.

XVI

Tyra

—Sí, mamá…

—Porque llevamos tiempo sin verte, cariño.

—Sí, mamá…

—A tu padre le haría también mucha ilusión. La familia al completo, ya sabes, como antes.

—Sí, mamá…

—Y no me des la razón como a los tontos, porque te estoy hablando muy en serio.

Suspiro, agotada, mientras le doy un bocado a mi pretzel.

—¿Todo bien por allí entonces? —pregunto.

—Sí, hija, todo bien —responde ella con un tono triste—. Pero te extrañamos, ¿sabes? Todos.

Y sé a lo que se está refiriendo.

—Mamá, por favor, tuve mis motivos.

—Todas podemos estar nerviosas antes de…

—No fue eso —le corto—. Te lo he intentado explicar mil veces, pero has preferido seguir con tu propia historia en la cabeza.

—No soy sólo yo, Tyra —me dice, ahora con seriedad—. Nadie lo comprende. Lo tenías todo, pero…

—No lo tenía todo —vuelvo a cortarla—. Ahora, sin embargo, creo que sí que lo tengo.

—¿En un pueblo de quince habitantes perdido por vete tú a saber dónde, trabajando en una tienda de ropa?

Su tono agudo me provoca separarme un instante el teléfono de la oreja.

—Déjalo, mamá, da igual. Nunca vas a entenderlo.

—Dios mío, Tyra, la que todavía no lo entiendes eres tú. Tenías el mundo a tus pies, pero por unos nervios de última hora lo tiraste todo por la borda.

Al principio sí que creía a veces a mi madre. A ella y al resto de la familia. Y de los amigos. Y al resto de la humanidad. Porque parece que todo el mundo puede opinar sobre la vida de una, creyendo que lo que ellos harían o lo que está socialmente establecido es lo que te va a hacer feliz. Y no, no es así, ni mucho menos. Y es muy difícil oírte a ti misma con todo el ruido

que sueles tener alrededor, pero yo lo hice. Me escuché gritar de tristeza y desesperación, y me hice caso. Escapé tan rápido como pude de esa vida idílica que nadie comprendió que no me hiciera feliz. Los primeros días, y meses, trataba de explicar cómo me sentía, pero luego comprendí que iba a ser inútil el esfuerzo, que a ellos les había dejado sordos el ruido y jamás entenderían nada de lo que yo les dijera. Lo dejé pasar y toda esa gente hizo lo mismo. Nos distanciamos y seguimos caminos diferentes. No le veo nada malo a eso, pero mi madre, aun después de estos cinco años, sigue insistiendo.

Y no puedo más.

—Mamá, tengo que irme —le miento—. Hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?

—¿A las tres de la tarde tienes que irte? —pregunta con tono suspicaz.

—Hablamos otro día —insisto, dejándole claro que hoy no tengo el día para discusiones que sabe que no van a llegar a ninguna parte.

Bueno, sí, a desesperarme.

Cuelgo y voy directa a ponerme el abrigo para cerrar la tienda. ¿Dirección? Ninguna parte. Sólo quiero respirar el aire de Mist Rachs, ese que me devolvió la felicidad al cruzar el puente.

—Pascal, ponme un vaso bien cargado, por favor.

Él sonríe y me sirve un vaso con el mismo líquido que al resto, obviando mi petición.

—¿Un día duro? —pregunta al pasármelo.

Poso el dinero en el mostrador.

—La vida en general, no sé.

Ríe con mis palabras, como si lo que acabo de decir fuera una simple chiquillada.

—Va a ser Navidad —me recuerda— y estás en Mist Rachs. No será tan malo el resto.

Cojo una bolsa de pequeños pretzels y añado unas cuantas monedas más a las anteriores.

—Ojalá todo en la vida se disolviera al entrar en Mist Rachs, Pascal. Ojalá.

Me alejo de mi puesto favorito del mercadillo y me acerco al gran árbol de la plaza, luminoso y lleno de colores brillantes, que tanto me gusta. Doy un sorbo al vino mientras observo cómo tintinean las pequeñas lucecitas que llenan el abeto de arriba abajo. Es hipnotizante.

Recuerdo que llegué al pueblo días después del encendido oficial de luces y todo estaba bellísimo a mi alrededor. La Navidad no es algo que hasta entonces me hubiera gustado, ya que estaba llena de comidas y cenas con familiares y conocidos con los que había más conversaciones incómodas que afables. En estas fechas tendría que estar prohibido obligarte a pasar ni un solo día con gente con la que no quieras estar. Tampoco entendí nunca por qué había

que cenar ciertas cosas. Era todo por aparentar, imagino. Yo siempre odié el marisco, las carnes secas y las salsas dulces o avinagradas. No me gustaban tampoco los cócteles de pescado al vino blanco. Yo prefería comer una buena hamburguesa o un plato de patatas fritas con kétchup hasta que reventara. Mi familia no quería ni oír hablar de este tipo de excentricidades, por supuesto. Y así pasé las navidades durante años hasta que tuve el valor de dejar todo atrás. Desde entonces soy más yo, más feliz y disfruto estas fiestas y cualquier otra como nunca antes lo había hecho.

Y todo, gracias a haber llegado a Mist Rachs.

Marie

—No ha estado mal el día —me dice Gabriel al verme salir de mi despacho mientras recoge su mesa.

—Tuviste buena idea —reconozco—. Como siempre.

—Soy imprescindible —presume de broma, haciéndome sonreír con sus palabras.

—Lo eres —le digo muy en serio, aunque él crea que le estoy siguiendo la broma—. ¿Vas a ir ahora a casa?

—¡Qué remedio! No podemos saltarnos nuestras propias recomendaciones. ¿Tú tienes algo que hacer o vas a casa también?

—Sí, a casa directa.

Nos acercamos a la puerta que separa la zona de la alcaldía del resto del edificio, caminando lentamente, como si quisiéramos alargar un paseo que no es tal cosa.

—Si quieres, puedes venir a casa y tomarte el chocolate que el otro día…

—Es mejor así, Gabriel.

Él me mira con intensidad y una sonrisa vacía.

—Discúlpame, sí —dice—. Mejor así, por supuesto. Además, hay que centrarse en que la tormenta no cause ningún daño. No podemos entretenernos con chocolates ni dulces varios.

Quiere bromear con eso aunque no sé por qué. Yo lo único que quiero es no tener que ir a su casa y verle junto a Cynthia. Todavía no llevo bien pensar en ellos como pareja y prefiero primero hacerme a la idea.

—Espero que mañana no haya que cancelar el concurso de Santa Claus —comento, llegando por fin a la puerta principal del ayuntamiento.

—A ver cómo se desarrolla la mañana —me contesta—. Bueno, a casa, ¿no?

—Descansa, Gabriel —le digo, dando un doloroso paso atrás.

—¿No vas a…? —pregunta, sabiendo que tendríamos que ir por el mismo camino.

—Sí, en un rato. Acabo de recordar que se me ha olvidado algo arriba y tengo que…

Huir, eso es lo que tengo que hacer. Huir de ti, alejarme cuanto antes para ahogar las ganas que tengo de abrazarte.

—Hasta mañana entonces, Marie —dice, dándose media vuelta y caminando en dirección a su casa, la misma que tendría que tomar yo si no fuera tan estúpida.

Me meto un momento en el edificio del ayuntamiento de nuevo, tratando de calmar mi respiración. Esperaré aquí unos minutos y luego iré a casa, a encerrarme a ver películas navideñas mientras hablo por teléfono con las chicas y las comentamos a la vez. No es mal plan ni mucho menos, pero lo que realmente me gustaría hacer no está a mi alcance.

Respiro hondo y mi corazón se va calmando mientras veo caer la nieve en el exterior.

Cynthia

—Llevamos también todo esto, por si acaso —va diciendo Sandrine mientras pasamos con la cesta de la compra por los pasillos de la tienda del pueblo.

Hace un rato me mandó un mensaje para decirme que Gabriel le había pedido que hiciéramos una buena compra por si la tormenta se adelantaba, como habían comunicado hace días a todos los vecinos del pueblo. Claro que el resto ya lo hizo el fin de semana y Gabriel acaba de acordarse. Basta que sea uno de los que han pedido que se tenga todo preparado por si acaso para que sea el único que falta en todo el pueblo por hacerlo.

—No creo que sea necesario tanto chocolate, Sandrine —le digo, sabiendo que va a comprarlo de todas formas.

Efectivamente. Es que ni me escucha.

—¿Compramos los ingredientes para hacer en casa unas pizzas? —me pregunta mientras mete la masa en la cesta.

—¿Vas a comer pizza durante doce años? —le digo, viendo que no deja de meter cajas de masa—. A lo mejor tendríamos que llevar cosas como harina, sal, arroz, azúcar, leche, huevos… Cosas más…

—¡Turrón! —exclama ella, que sigue sin hacerme caso—. Hay que comprar de varios sabores.

—Imagino que tu hermano te pasó la lista de la compra por algún motivo —le digo.

—Todo eso ya lo tenemos —responde mientras continúa metiendo dulces navideños—. Además, imagínate no poder salir de casa estos días y no tener todo esto —y señala la cesta con

ya no sé ni cuántas cosas innecesarias.

—¿Sabes qué? —le digo—. Voy a ir yo también a por una cesta y así llevo lo de la lista de tu hermano.

—Pero si con todo esto tenemos de sobra —replica al verme ir a la otra punta de la tienda.

La paciencia…

—¿Compras de última hora? —nos pregunta el dependiente cuando empieza a pasar todos los productos de ambas cestas por el lector de códigos.

—Mi hermano siempre deja todo para el final —se queja Sandrine—. ¿Vas a cerrar ahora, John?

—Creo que en cuanto salgáis, sí —le contesta, comenzando a guardar todo en bolsas—. Ya va empezando a nevar con más fuerza y no quiero que me pille la tormenta esa que se acerca y nadie sabe cuándo llegará.

—Espero que mañana podáis hacer el concurso sin problema —le dice Sandrine, cogiendo una de las bolsas y sacando la tarjeta para pagar.

—Esta compra la pago yo —le digo a ella, haciendo que guarde su cartera tan contenta.

—Aprovechad mañana que Philip todavía no se presenta —sigue diciéndole a este tal John, que me cobra con una sonrisa en los labios.

—Creo que Tom lleva entrenándose todo el año, así que el resto no tenemos nada que hacer.

—¿Qué es lo que hay mañana? —pregunto con intriga, guardando la cartera y cogiendo varias bolsas en cada mano.

—El concurso de Santa Claus —me explica ella—. Son pruebas que tendría que pasar todo Santa que se precie, trepando por un muro para llegar a la chimenea, corriendo para no ser visto por los niños…

—¡Suena divertido! —le digo.

Creo que este pueblo es el lugar en donde viven la Navidad con más intensidad de todos los sitios en donde he estado en mi vida.

—Siempre ganaba Philip, el hermano de Marie; el del restaurante —sigue explicándome.

—¿El novio de Jenna?

—Estás totalmente integrada en Mist Rachs —me dice John riéndose.

Me encojo de hombros mientras Sandrine continúa hablando.

—Hace ya unos años que Philip no se presenta, así que el resto del pueblo ha aprovechado para intentar ganar algún año también ellos. Pero él ya ha avisado que seguramente

se presente al año que viene, así que…

—Se acabó el chollo —nos dice John, acompañándonos a la puerta para ir cerrando la tienda.

—Habrá que ir mañana a animaros un poco —le dice Sandrine antes de salir.

—Unos aplausos siempre se agradecen —le contesta él—. Tened cuidado al ir a casa, que ya está nevando bastante.

—Lo mismo te digo, John —le dice ella—. ¡Hasta luego!

Salimos de la tienda, cargadas ambas con varias bolsas llenas de comida y vicios varios.

—Ahora, a casa, ¿no? —pregunto, intentando que la nieve que cae sobre nosotras no se me meta en los ojos.

—Exacto. Quiero hacerme la primera pizza al llegar.

—Si te comes todo hoy, no vamos a tener nada para cuando llegue la tormenta —le advierto, comenzando a caminar hacia su casa.

Ella ríe con despreocupación hasta que algo le llama la atención en la calle.

—¡Hermanito! —grita con entusiasmo al ver a Gabriel acercarse a nosotras con una sonrisa.

—Menos mal que ya habéis ido a hacer la compra, porque acabo de salir del ayuntamiento y no me daba ya tiempo —nos dice—. ¿Tenemos todo entonces? ¿Falta algo?

—No tenían turrón de chocolate blanco con galleta —se queja Sandrine, haciendo que su hermano frunza el ceño.

—Hermanita, ¿has comprado lo que te pedí de la lista o…?

Qué bien la conoce.

—Por supuesto —le dice—. Tenemos todo. —Y me mira—. ¿Verdad, Cynthia?

Mi mirada es bastante clara, pero ella me sonríe como si no hubiera roto un plato en la vida.

—Ya llevamos todo, sí —respondo finalmente, ahorrándole los detalles a su hermano.

—¡Fabuloso! —dice—. Estoy deseando llegar a casa y hacer algo rico de cena.

—¡Una pizza! —le dice Sandrine, con verdadera obsesión por ese plato italiano.

Gabriel ríe con ello.

—Me da miedo preguntar qué más habéis comprado aparte de lo de mi lista —confiesa.

—No quieras saberlo —le aconsejo, haciéndole reír de nuevo.

Marie

Cuanto más hondo respiro, más me mareo, como si mi cuerpo me estuviera diciendo que algo estoy haciendo mal. Puede ser, pero no me queda otra. Sigo respirando, cogiendo aire lentamente, intentando que este malestar se me acabe pasando; temo que se quede conmigo para siempre.

Tengo que salir de aquí cuanto antes, porque en breve vendrá alguien a cerrar y a ver qué le cuento sobre por qué sigo aquí dentro, sin irme ya a casa, cuando ya hace rato que bajé del despacho.

Además, podría tomarme ese chocolate con Gabriel. ¿Por qué no? Todas me dicen que me estoy haciendo una idea equivocada, que Cynthia es solamente su invitada y nada más, que Gabriel sí que está interesado en mí y no como amigo o trabajador del ayuntamiento. A lo mejor me estoy haciendo yo historias en la cabeza que no tienen sentido y puede que lo mejor sea hablarlo con él de una vez, como me ha dicho Olive este fin de semana. Tengo que hacerlo, sí, pero me muero de miedo. Y cada vez que estoy frente a él, mi cabeza empieza a hacer gorgoritos y no es capaz de reaccionar. Me sonríe y estoy perdida. En realidad, si me mira, ya lo estoy. Clava esos ojos azules en los míos y me arrastra a un mundo de fantasía absoluta, y ya no soy capaz de centrarme en lo que tengo que decirle.

—¿Todavía aquí, alcaldesa?

Me giro hacia mi derecha, donde veo a un sorprendido Edmund con un manojo enorme de llaves, plantado a mi lado con un gesto de extrañeza.

—Yo… Eh… Estaba… Esperando a que… La nieve…

Se me da fatal mentir y al final nunca lo consigo, no sé por qué lo intento siquiera.

Edmund mira hacia fuera y luego a mí, luciendo su sonrisa más burlona.

—No me diga que a la alcaldesa de Mist Rachs no le gusta la nieve.

Me río de forma nerviosa, disimulando que no sé ya ni qué contestar.

—Estoy preocupada por la tormenta, nada más.

Esto ha quedado profesional y no creo que haya nada que…

—¿Está preocupada? —exclama, horrorizado—. ¿Hay motivos para preocuparse entonces?

—¡No! No, no, no pasa nada —le digo, intentando arreglarlo—. Yo me preocupo por todo, ¿sabes? Si nevara poco, también me preocuparía.

—Claro, por el cambio climático, que va a acabar con todos nosotros. Dios mío, esto es terrible…

No parece estar resultando esto de arreglar lo que no sé siquiera cómo he estropeado.

—Creo que me voy a ir a casa ya, Edmund, así te dejo cerrar tranquilo —le digo, saliendo al exterior—. Pasa una buena tarde y nos vemos mañana.

Pero Edmund no dice nada. Se me queda mirando extasiado, observando cómo empieza a caer la nieve sobre mí, como si pensara que voy a fundirme en el suelo con ese contacto o a saber qué. Me alejo por fin del ayuntamiento y emprendo el camino a casa, en donde espero darme un baño relajante y cenar algo rico mientras veo una buena película en la televisión. Mañana puede que sea un día complicado y necesito estar tranquila ante lo que…

Mierda.

Ante mí tengo la imagen de la perfecta familia y no sé ni dónde meterme para que no me vean y sientan que tienen que saludarme siquiera. Ahí está Gabriel con Cynthia y Sandrine, bromeando en mitad de la calle mientras llevan todos ellos bolsas de la compra a casa. Cynthia empuja levemente a Gabriel mientras él se ríe y le devuelve el empujón, ahora haciéndole reír a ella y a Sandrine. Me doy la vuelta rápidamente y me meto por la calle de al lado para que no puedan verme.

Sí, vale, puede que esto sea sólo mi imaginación, pero duele igualmente.

XVII

Marie

—¡Venga, Tom!

—¡Chad, corre, que te quedas atrás!

—¡Vamos, Jo, que estás casi llegando!

Hoy la gente se lo está pasando realmente bien. El concurso de Santa Claus es siempre un éxito. La gente cierra incluso sus negocios para poder ver la gymkhana que se monta por todo el pueblo, en la que participan muchos vecinos de todas las edades. El requisito es tener ganas de reírte y pasarlo bien, cosa que en Mist Rachs tenemos todos de sobra.

—¡Helen va pisando los talones de Jo, ciudadanos! —va retransmitiendo Massie con entusiasmo, micro en mano, subida a una alta tarima desde donde tiene más visión que el resto —. ¡Este año están las pruebas muy igualadas!

—No pareces divertirte —escucho que me dice Gabriel a mi lado.

Le miro sin intentar ocultar mi preocupación.

—Hoy nieva como si fuera el principio de la tormenta —le digo en bajo—. No sé si se podrá terminar el concurso siquiera.

Él echa un vistazo al cielo y pone mala cara.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta con tono confidente, tan cerca de mí que puedo notar su olor a menta y pino hasta casi embriagarme con ese perfume navideño que parece usar todo el año.

—Voy a dejar que termine esta prueba y subiré a hablar con Massie —le anuncio.

—Es una pena —dice con un suspiro, mirando hacia la competición de nuevo—, porque este año estaba muy interesante.

—Es que no creo que sea conveniente… —comienzo a excusarme.

—Marie —me corta—, eres la alcaldesa y tienes buen criterio. Confiamos en ti, ¿de acuerdo? Vamos a estar contigo, tomes la decisión que tomes.

Echo un vistazo alrededor y la angustia me inunda. La gente vitorea a sus favoritos, ríe y toma chocolate caliente y vino especiado, galletitas de Philip y pretzels de Pascal. Massie sigue animando a todo el mundo para que continúe la emoción. Y, sin embargo, yo voy a tener que subir ya mismo para cortar todo esto. Porque tengo que protegerles a todos, aunque me vayan a odiar un poquito por dar por concluido el concurso favorito de todos.

—Subo —le anuncio a Gabriel, viendo que ya está Jo casi en la meta.

—¿Necesitas que yo…? —se ofrece Gabriel, tocando mi brazo.

—Avisa a Pete para que vaya controlando todo y nos aseguremos de que la gente se va a sus casas.

Gabriel asiente y me dedica una hermosa sonrisa, como todas las que tiene.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —me dice.

Yo asiento, aunque no estoy muy convencida este año. Algo me dice que va a haber más complicaciones que no estamos sabiendo ver siquiera. Pero, por ahora, la cosa va estando controlada.

Subo a la tarima con Massie. La gente no sospecha nada todavía, ya que ver a la alcaldesa con la organizadora de los eventos del pueblo tampoco es algo extraño. Cuando llego hasta arriba, ella me mira mientras grita alborotada que en el último momento Helen ha adelantado a Jo y que ella es la ganadora de esta prueba.

—¡Marie! —exclama al verme, dándome un abrazo y dejando a un lado el micrófono—. ¡Está siendo un concurso increíble! ¿No crees?

Lo que me va a doler ver su rostro triste cuando le dé la noticia.

—Massie, tenemos que finalizar el concurso —le anuncio sin más preámbulos.

Exactamente como pensaba: su cara refleja estupefacción y tristeza a partes iguales.

—Pero… Pero si todavía quedan tres pruebas para…

—No podemos esperar más, lo siento. Tenemos casi encima la tormenta y la gente tiene que irse a sus casas cuanto antes. Si esperamos un poco más, puede que sea tarde.

Ella echa un vistazo al cielo y se da cuenta por sí misma.

—Muy bien, lo anunciaré ahora mismo —dice, rindiéndose a la realidad—. ¿Necesitas que dé alguna indicación?

—Pide que se vaya todo el mundo a sus casas cuanto antes, por favor.

—Bien, bien… —Coge el micrófono y resopla, sabiendo que esta noticia no va a gustarle a nadie por muchos motivos.

—Voy bajando para echar una mano a Pete —le digo.

Massie me despide con la mano mientras empieza a explicarle a la gente la situación. Una ola de tristes quejas va moviéndose entre la multitud y los participantes, aunque nadie alza la voz ni se escucha un solo insulto. Cuando llego abajo, lo único que escucho son palabras de ánimo y apoyo por lo que acabo de hacer.

No podría ser alcaldesa de un lugar mejor.

—Pete, ¿cómo va? —le pregunto al verle despejando la calle con paciencia.

Me mira con su ceño fruncido y su extraña sonrisa.

—Ya me podías haber avisado con algo más de tiempo.

—Pensé que al menos podría terminar el concurso, como te comenté ayer, pero el tiempo se está complicando demasiado y…

Asiente, comprendiendo.

—Has hecho bien en no arriesgarte y en poner a salvo a todos.

Y que eso me lo diga un seco Pete, tiene mucho valor en realidad.

—Voy a ir por ese lado de allá, ¿de acuerdo? —le digo.

Él simplemente asiente mientras continúa pidiéndole a la gente que no se vayan a hacer compras de última hora, que hay que irse a casa ya mismo.

—¿Qué está pasando aquí? —escucho de repente la voz de alguien que en este momento precisamente es la última que querría escuchar—. ¿Ya ni se puede acabar el mejor concurso del pueblo?

—Frederick, por favor —le pide Gabriel mientras yo me acerco a ellos.

—¡Vamos, hombre! —sigue diciéndole a la gente, sin hacer caso a Gabriel—. ¿Vais a iros en lo mejor? ¿En serio?

—La alcaldesa Marie ha dicho que… —comienza a decirle Sally.

—¡La alcaldesa Marie es una miedosa! —exclama él sin ningún pudor—. Alguien que esté al frente tiene que tener agallas y saber tomar las mejores decisiones, no obligaros a encerraros en vuestras casas por un poco de nieve. ¡No seáis borregos! —les grita, aunque nadie parece hacerle caso—. ¡Vamos! ¡Quedaos! ¡Esto no es una democracia si nos encierran a todos! ¿Por qué creéis que os obligan a ello? ¡Pensad por vosotros mismos!

—Frederick, haz el favor —le pido, llegando por fin a su lado—. Deja que la gente vaya a sus casas antes de que la tormenta.

—La tormenta de nieve de Mist Rachs siempre ha empezado la tarde de Nochebuena y en unas horas se pasa —me dice, encarándose a mí—. ¿Es que vas a hacer algo para lo que necesitas a todos encerrados en sus casas, calladitos y sin rechistar?

—Pero, ¿qué tonterías dices? —le responde Gabriel con indignación—. Vete tú también a casa y no te pongas en peligro a lo tonto.

Pero el muy inconsciente se echa a correr detrás de cada uno de los vecinos que, de todas formas, le ignoran, intentando convencerles de que se queden y se revelen contra el poder establecido en mi persona, una tirana sin escrúpulos y mil cosas más.

—¿Le detengo de una vez? —me pregunta Pete, que ha venido rápidamente a preguntarme si puede darse una alegría en el día de hoy.

Pete no es muy amigo del teniente de alcalde que digamos y sería feliz metiéndole entre rejas aunque fuera un rato.

—Déjale —le digo—. Por suerte, nadie le está haciendo caso.

—Eso es porque todos confían en ti, Marie —le escucho a Gabriel decirme.

Le miro de tal forma que él siente que necesito que frote mi brazo para infundirme ánimos.

—Voy a empezar a ir casa por casa para comprobar que todos estén ya recogidos y no haya problemas —nos anuncia Pete.

—Pero vete tú también pronto a casa, por favor —le pido.

Me hace un gesto con los dedos, llevándoselos a la frente, a modo de saludo formal de típico sheriff, y se aleja de nosotros con calma, como si esto fuera algo que hiciera a diario y no supusiera ningún riesgo para él.

—Voy a comprobar que no queda nadie por este lado del pueblo —le anuncio a Gabriel, alzando cada vez más la voz.

La tormenta no creo que tarde en estar encima de nosotros y ya se va notando la intensidad con la que descarga la nieve en este momento.

—¡Voy a echar un vistazo a los locales de la otra parte del pueblo! —me dice él, empezando a caminar con prisa hacia el lado contrario.

—¡Vete pronto a casa! —le pido de lejos.

—¡Avísame cuando tú llegues! —me dice él a mí antes de que su voz y su figura se pierda definitivamente entre la nieve.

Esto empieza a dar verdadero miedo. Las tormentas en el pueblo normalmente son fuertes, pero hay años que incluso se puede caminar por la calle con algo de cuidado. La de este año va a ser peligrosa. Gabriel tenía mucha razón. Y menos mal, porque gracias a su corazonada hemos podido estar preparados un día antes.

Cojo el móvil mientras voy comprobando que no queda nadie por esta zona del pueblo. Tengo que llamar a emergencias para darles el aviso y que activen el dispositivo que hace días les solicitamos, por si sucediera algo durante la tormenta y para que la quitanieves pase en cuanto pueda. Y en cuanto me cogen el teléfono, les explico la situación.

—Pero ustedes nos habían confirmado hace poco que ya no era necesario el dispositivo de emergencia —me dice un sorprendido telefonista.

—¿Cómo dice?

Un sudor frío empieza a recorrer mi espalda.

No puede ser. No, por favor, esto no…

—Sí, tenemos un email de la alcaldía diciendo que no será necesario ningún dispositivo este año —me explica—, así que retiramos la petición y asignamos las unidades a otras zonas que…

—¿Me está diciendo que estamos en mitad de una tormenta y nadie va a ayudarnos si pasa algo?

Creo que nota desesperación en mi voz, y eso que trato de controlarme.

—Perdone, es que se la escucha un poco mal…

—¡Porque estoy en mitad de Mist Rachs, con la tormenta puede que peor de estos últimos años!

—Lo comprendo, señora alcaldesa, pero nosotros… Nosotros recibimos…

—Sí, un email, sí… —Froto mi cabeza, cubierta por un gorro de lana que ahora mismo me da más calor del normal—. Fue un… Ese email no procedía de la alcaldía, fue un fallo.

—Ah… Pues nosotros…

No sabe ni qué decirme.

—¿Qué podemos hacer ahora? —le pregunto—. Dígame qué opciones tenemos. Porque ustedes son de emergencias, algo se podrá hacer.

No escucho nada en unos interminables cinco segundos.

—Déjeme preguntar a mi superior por si hay algún dispositivo cerca de su zona que pudiéramos activar en caso de necesitarlo. Manténgase a la espera, por favor.

—Bien, vale. Por favor, tráigame buenas noticias.

—Espero poder hacerlo, señora alcaldesa.

—Me llamo Marie.

—Muy bien, Marie —rectifica con voz amable—. Ahora mismo pregunto y le comento con lo que sea. No me cuelgue, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Como si tengo que pasarme dos horas al teléfono, pero esto tengo que solucionarlo como sea.

Voy hacia la puerta auxiliar del ayuntamiento para meterme dentro a esperar. Saco la llave y abro, entrando y cerrando detrás de mí. Me siento en el frío suelo y continúo escuchando la taladrante música de espera de la línea de emergencias. No soy muy fan de la música clásica y espero no empezar a odiarla a partir del día de hoy.

XVIII

Gabriel

—Es mejor que os pongáis cómodas, porque esto me parece que va para rato —les digo a Sandrine, Cynthia y Tyra, acompañándolas a casa con rapidez.

—Tyra, quédate con nosotras, por favor —le pide mi hermana con voz suplicante.

Ella me mira, no sabiendo qué hacer.

—¿Tienes algo en casa que necesites para los próximos dos días por lo menos? —le pregunto.

—Bueno, el cargador del móvil, la ropa, comida… Y poco más —contesta ella.

—Puedes ponerte mi ropa —le dice Cynthia sin dejar de caminar rápidamente—. Y el cargador es el mismo que el mío.

—En casa tenemos comida de sobra —le asegura Sandrine—. En el sótano siempre tenemos la despensa a rebosar. ¡Y también hay dulces de sobra!

—Y los ingredientes para preparar todo el vino especiado que necesitemos —le escucho añadir a Cynthia, algo que parece ser fundamental para la decisión final de Tyra.

—Muy bien, espero que podamos sobrevivir a la tormenta todos juntos en vuestra casa.

—¡Nos lo vamos a pasar genial! —exclama mi hermana, contentísima por esta especie de reunión navideña—. Y podemos decirle a Cynthia que nos enseñe a pintar como ella. ¿Sabes que siempre le pedimos en el internado que haga una exposición y nunca quiere?

Tyra mira a la profesora de mi hermana con una sonrisa.

—Veamos de lo que eres capaz —le dice, retándola, haciendo que Cynthia ría con ganas.

—Vamos, vamos, que tenemos que entrar cuanto antes —les pido, metiéndoles prisa para que suban rápido las escaleras y nos metamos dentro a ser posible antes de que la tormenta esté justo encima del pueblo.

—Vaya, así que Sandrine no se había perdido —escucho unas escaleras más abajo al impresentable de Frederick.

—Vete a casa —le digo sin prestarle más atención.

—Yo me voy a ir, pero no sé si tu alcaldesa va a ser capaz de llegar.

Me giro al instante ante esas palabras.

—Id entrando, por favor —les pido a las tres, que protestan un momento, pero me acaban haciendo caso. Sigo mirando fijamente a Frederick mientras bajo los escalones que nos separan —. ¿Qué has querido decir con eso de Marie?

Su sonrisa no augura nada bueno.

—Alguien andaba preguntando por tu hermana —me cuenta—. Ella se puso a buscarla y, al parecer, otro alguien le dijo que la vio yendo hacia el castillo.

—¿Cómo? —exclamo, dándome un vuelco el corazón—. ¿Cómo se te ocurre…?

—Yo te digo lo que he escuchado, nada más —me corta, levantando las manos a modo de exculpación absoluta.

El muy…

—Te juro que como le pase algo a Marie…

Pero Frederick ríe y comienza a caminar, levantando una de sus manos para despedirse

como si tal cosa.

Me gustaría ir detrás de él y… No sé, mejor me centro en lo que tengo que hacer. Cojo el móvil, casi temblando de miedo y rabia, y marco el teléfono de Marie.

No lo coge.

Vuelvo a marcar, suplicando para que escuche la llamada y me confirme que lo de Frederick fue una estupidez, que está en estos momentos preparando algo de comer, sana y salva.

Sigue sin cogerlo.

Me echo a correr hacia su casa, subiendo de dos en dos las escaleras aun a riesgo de caerme de un resbalón. No hay luces encendidas, pero aun así, llamo a la puerta. Nada. Sigo probando con el móvil mientras bajo de nuevo las escaleras, mirando a ambos lados de la calle, rezando para verla aparecer, pero no hay suerte tampoco.

¿Por qué alguien le diría que mi hermana no aparecía y que la vieron ir hacia el castillo? Alguien no, Frederick, estoy seguro. Y lo hizo para ponerla en peligro, pero yo no voy a permitir que le pase nada.

Comienzo a caminar en dirección al castillo a toda velocidad. Puede que si la encuentro de camino, podamos volver los dos juntos a casa, a pesar de la tormenta. El fuerte viento helado inunda mi cara de nieve, pero no me importa. Tengo que encontrarla como sea, y una tormenta no va a frenarme.

Marie es lo único que tengo ahora mismo en la cabeza, así ha sido toda mi vida y así va a seguir siendo.

Marie

—No, por favor, no me digas que no hay nada que hacer…

—Marie, no tenemos dispositivos —vuelve a explicarme el amable teleoperador—. Lo único que podemos hacer es lo que te comentaba, esperar que no pase nada y, en caso de suceder cualquier cosa, lo meteríamos como prioridad en…

—Pero habrá mil cosas estos días y… —Suspiro y trato de coger aire de forma menos acelerada—. Por favor, intenta volver a preguntar.

—Yo voy a seguir haciéndolo —me asegura—. Si quieres, en cuanto sepa algo más, vuelvo a llamarte.

La familiaridad con la que nos tratamos desde hace un rato es de agradecer.

—Muy bien. Yo voy a intentar llegar hasta casa ahora. En cuanto sepas algo más, por favor…

—Lo haré —dice—. Ten cuidado al volver a casa, Marie.

—Lo tendré.

Cuelgo y cierro los ojos, intentando calmarme un poco antes de salir de aquí. Espero poder llegar todavía a casa, porque estoy escuchando desde aquí el viento golpear en la fachada del ayuntamiento y no es precisamente suave lo que oigo.

Todo va a salir bien, me repito a mí misma, como lleva diciéndome hace días Gabriel. Seguro que no hay ninguna emergencia, que todo va a estar tranquilo y la tormenta se pasará en poco tiempo. Todos estaremos a salvo y no necesitaremos la ayuda de emergencias siquiera.

Con nuevos ánimos, aunque bastante frágiles, salgo a la calle, cerrando la puerta tan rápido como puedo. Efectivamente ya sopla con fuerza el viento y tengo que ir pegada a la orilla de las casas caminando para evitar que me tire.

Estoy casi llegando a casa cuando mi móvil suena. Veo en la pantalla que es Sandrine, y lo cojo rápidamente por si ha pasado algo con Gabriel.

—Dime, Sand…

—¿Está contigo mi hermano? —me pregunta con un tono que refleja claramente los nervios que tiene.

—¿Gabriel? No, no está… ¿No fue a casa?

—Sí… No… Frederick…

Se escucha entrecortado, no sé si por algún fallo en la línea o por el viento, que me está dificultando incluso escucharme a mí misma.

—Estoy al lado de vuestra casa —le digo—. No te oigo bien. Me paso ahora mismo.

Cuelgo y acelero el paso, llegando casi en segundos a su puerta, que veo abrirse antes incluso de empezar a subir las escaleras.

Unos brazos me agarran para meterme dentro y cierran la puerta. Es entonces cuando veo que con Sandrine está Cynthia y Tyra, que parecen igual de preocupadas.

—¿Mi hermano? —vuelve a preguntarme una nerviosa Sandrine, con los ojos enrojecidos.

—No estaba conmigo —le explico—. Pensé que se había venido a casa.

—Vino con nosotras —me cuenta Tyra—, pero cuando íbamos a entrar, Frederick pasó por aquí.

Me llevo las manos a la cabeza, temiéndome lo peor.

—¿Qué ha hecho ese malnacido? —pregunto sin querer saber la respuesta en realidad.

—Le dijo algo de que tú a lo mejor no podías llegar a casa —dice ahora Cynthia.

—¿Yo? ¿Por qué dijo eso?

—No lo sabemos —me dice Tyra—. Desde hace un rato hemos intentado llamarle, pero siempre sale comunicando. Imaginamos que sería porque estaba intentando llamarte a ti, por eso

te hemos llamado.

Mierda.

Miro mi teléfono y se me cae el alma a los pies.

—Estuve hasta hace un momento hablando con los de emergencias y no… Si me llamaba, yo no lo veía. —Comienzo a caminar por el hall de entrada, tratando de pensar—. Sandrine, vuelve a llamarle —le pido—. Vamos a intentar localizarle.

Ella hace lo que le pido. Tiene todavía el teléfono en la mano, así que marca y se lo lleva a la oreja.

—Nada —dice a punto de echarse a llorar—. Ahora no comunica, pero no contesta.

—Entonces vamos a seguir llamando hasta que lo coja —le digo, marcando yo misma su número.

Vamos, contesta… Venga…

—¡Marie! ¿Estás bien?

Del suspiro que he dado, las tres han comprendido que me lo ha cogido y se abrazan entre ellas con emoción.

—Estoy en tu casa, ¿dónde estás?

—¿En… Casa? Estoy… Castillo.

Otra vez se empieza a ir la voz.

—Estás… ¿En el castillo?

—¿En el castillo? —exclama Tyra, abriendo los ojos de par en par.

—Frederick… Que tú… Sandrine…

—¿Frederick te dijo que yo estaba allí con Sandrine?

—Sí… Así. Y vine… Pero… Tormenta…

Vuelvo a moverme con pasos gigantes por el hall, llegando hasta el salón. Tyra, Cynthia y Sandrine me siguen, esperando buenas noticias, algo que no puedo darles. Porque el castillo está en un estado deplorable. Hace tiempo que tuvimos que meternos ahí para restaurarlo, pero… Ahora eso no importa. Si Gabriel está ahí, tengo que llegar a él como sea.

—Voy a ir a buscarte —le anuncio—. Tienes que llegar a una zona del castillo en donde puedas refugiarte mientras tanto.

—¡Ni… ocurra! —grita.

—Vamos que si se me ocurre —le reto—. Ahora mismo voy a ir y tú vas a esperar a que llegue, ¿entendido?

—Marie… Peligroso. Quédate…

—No, fin de la discusión —le corto—. Intenta… Intenta llegar al sótano del castillo y espérame.

—No… Tobillo.

—¿Qué le pasa a tu…? —No puede ser—. ¿Te has hecho daño en el tobillo?

—Sí… Esguince… Duele.

Echo la cabeza hacia atrás, seguida por el resto, que han comprendido perfectamente lo que sucede.

—A ver, Gabriel, intenta arrastrarte como sea hasta la parte baja del castillo, ¿me entiendes?

—Sí… Pero… Tú… No… Emergencias.

Y no es el momento adecuado para ponerle al día con semejante noticia.

—Sí, muy bien, pero tú refúgiate en el sótano, ¿vale?

He escuchado un vale a regañadientes y no le dejo que siga hablando. Le cuelgo, intentando con ello que conserve parte de la batería del teléfono, porque puede que la necesite más adelante.

Guardo el móvil en el bolsillo, decidida a salir ya mismo de casa, pero Tyra agarra mi brazo cuando me ve que estoy yendo hacia la puerta.

—¿Dónde vas a ir tú? —me dice muy seria.

—A buscarle.

—¿Estás loca? No vas a llegar. ¿Tú has visto la que se está preparando fuera?

—Todavía se puede caminar por la calle.

—En media hora como mucho no se va a poder ni salir por la puerta —me advierte Tyra.

—Tyra, no voy a dejar a Gabriel. Voy a…

—Muy bien —me concede—, pongamos que eres capaz de llegar hasta el castillo. ¿Qué se supone que vas a hacer después? ¿Cómo vais a volver, si además él tiene mal el tobillo? Porque para entonces la tormenta seguramente ya esté encima de Mist Rachs.

—¿No sería mejor llamar a emergencias? —pregunta Sandrine—. Ellos sabrán cómo…

Mi silencio no les augura nada bueno y, por sus caras, sé que lo saben de sobra.

—Al parecer, Frederick envió un email a los servicios de emergencias para desactivar el protocolo. Estamos solos.

Las tres se llevan las manos a la cabeza. Sandrine se sienta en el sofá, agobiadísima, mientras Tyra y Cynthia empiezan a acordarse de todos los antepasados, vivos y muertos, del actual teniente de alcalde.

—Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer? —me pregunta con desesperación Sandrine.

Y pienso más rápido que nunca. Pienso cómo traer de vuelta a Gabriel sin ayuda de emergencias, pero pensando como ellos. ¿Cómo podría llegar allí? ¿Cómo vamos a volver? Tiene que haber alguna forma de ir y volver con esta tormenta. Si yo fuera alguien de emergencias, ¿qué preguntas me haría para…?

¡Eso es!

—Vale, a ver —comienzo a decir—. Sandrine, empieza a llamar a emergencias nada más que yo salga por la puerta.

—Y dale —escucho que dice Tyra—. Marie, tú no vas a ir con…

—Voy a ir, porque sé la forma de llegar sorteando la tormenta —les anuncio con una sonrisa triunfal.

—¿Viajando en el tiempo al pasado y evitando que Gabriel vaya al castillo? —pregunta Cynthia con tono irónico.

Tyra la mira y luego me mira a mí, más asustada que antes.

—¡No se te ocurrirá ir al bosque! —exclama, horrorizada—. Si ya es peligroso sin tormenta, imagínate lo que…

—Tyra —le corta Cynthia con el ceño fruncido—, lo mío era broma. ¿Qué dices del bosque?

Ella se gira de nuevo hacia Cynthia, sabiendo que acaba de meter la pata con quien, por ahora, es una turista.

—¿Eh? —es lo único que sabe decir.

—Que qué dices del bosque —repite ella, ya intrigada.

—¿Bosque? ¿Qué?

—¿Qué?

—¿Eh? —repite una vez más Tyra.

—Mira, me estás liando —le dice, agitando la cabeza y frotando su frente con un par de dedos—. El caso es que no hay forma de llegar si no es cruzando todo el…

—Sí que la hay —le corto—. Voy a ir por debajo del pueblo.

Sandrine se gira al escucharme decir eso.

—Pero hace años que nadie baja ahí —me dice ella, levantándose del sofá y viniendo hacia mí—. Es un laberinto todo aquello.

—Lo sé, pero también sé cómo apañarme cuando llegue al subsuelo.

—Pues ya me dirás cómo, porque a no ser que tengas una varita mágica que… —En este punto, Cynthia se gira hacia Tyra—. ¿Algo que opinar sobre esto?

Tyra levanta las manos, enseñando las palmas de las mismas, muda por completo.

—Sé de dónde sacar los planos del subsuelo —les anuncio—. Tengo que llegar a la biblioteca y buscarlos en los archivos locales que tenemos allí.

Se hace el silencio. Parecen estar pensando las tres sobre lo que les acabo de contar.

Tyra es la primera que habla.

—Voy contigo.

—¿Qué? No, no vas a…

—Vamos que si voy a ir —me reta.

—Voy con vosotras —nos dice Cynthia con determinación.

—¿Cómo vas a…? No, ambas os vais a quedar aquí y vais a…

—Sandrine se queda para seguir llamando a emergencias —dice Tyra—. Así alguien sabrá que nos hemos ido.

—¿Y si avisáis a Pete? —nos dice ella—. Es el sheriff, ¿no? Puede que él sepa mejor que nadie lo que hay que hacer.

—Pete tiene que quedarse a cuidar el pueblo —le digo—. No podemos dejar al resto sin ningún tipo de ayuda. —Miro a Tyra y a Cynthia, de pie junto a mí—. Chicas, no tenéis que…

—Tenemos que salir ya o se nos echará encima la tormenta antes de llegar siquiera a la biblioteca —me corta Tyra, empujándome hacia la puerta.

—¡Esperad! —nos dice Sandrine, echándose a correr hacia la cocina. Vuelve al cabo de unos instantes con una pequeña mochila—. Esto siempre lo tiene mi hermano guardado para emergencias. Hay una linterna, una pequeña manta térmica, un botiquín, unas barritas energéticas, algunas pequeñas herramientas…

—Tu hermano es el chico de los kits al parecer —comenta Tyra, haciendo reír levemente a Cynthia.

Cojo aquella mochila y me la pongo en la espalda.

—¡Un momento! —vuelve a decirnos, ahora echando a correr escaleras arriba.

Las tres nos quedamos mirándonos sin saber qué más se le ha podido ocurrir ahora.

—Yo estoy por comer algo —comenta Tyra, echando un vistazo a la cocina.

Cynthia ríe en bajo, pero le da un codazo para que no bromee más. Que Tyra esté tan bromista me resulta extraño, pero me alegra verla de esta forma, la verdad.

Vuelve Sandrine, corriendo escaleras abajo, con un jersey de Gabriel en la mano que reconozco al instante.

—Llevadle este jersey —nos pide, entregándomelo—. Se fue con un abrigo muy fino y, además, este es su favorito.

—¿En serio? —pregunto—. Es curioso, porque hace tiempo le dije que precisamente este jersey era mi favorito. —De repente siento tres pares de ojos mirándome con una extraña sonrisa —. ¿Qué?

—Nada, Marie, nada —responde Tyra, dándome unas palmaditas condescendientes en la espalda.

—Pero, ¿qué pasa? —insisto mientras guardo como puedo aquel jersey en la pequeña mochila.

—Que tenemos que irnos, ¿no? —me dice de nuevo Tyra.

—Sí, eso… Sí, tenemos que irnos cuanto antes; Gabriel estará helado de frío y… Llama a emergencias y cuéntales lo que ha pasado, ¿de acuerdo? —le digo a Sandrine—. Pregunta por

Leo. Es con el que estuve hablando hasta hace un rato.

Ella asiente antes de responder.

—Tened mucho cuidado —nos pide con inquietud, claramente nerviosa por vernos marchar hacia donde ni siquiera nosotras sabemos bien cómo llegar.

—En un rato volveremos con tu hermano —le prometo—. Si hay novedades con emergencias, llámanos, ¿de acuerdo?

Sandrine asiente, agarrando con fuerza su móvil. Nosotras tres salimos de casa sin pensárnoslo demasiado. El viento sigue siendo fuerte y la nieve cae con ganas. Ya hay una buena capa cubriendo todo Mist Rachs.

Les señalo la dirección a seguir y nos ponemos en camino sin perder más tiempo.

—¿Cómo vamos a entrar en la biblioteca? —pregunta casi gritando Tyra para hacerse oír.

—¿Por? —le digo sin comprender.

—Estará cerrada.

—Eso dejádmelo a mí —nos dice Cynthia. Las dos la miramos sorprendidas sin entender a qué se está refiriendo—. Aprendí muchas cosas cuando viví en París.

Tyra ríe con ganas y agarra por los hombros a Cynthia.

—Esa es mi chica —le dice con una tierna sonrisa.

Me quedo mirando a Tyra por aquella última frase, pero ella se limita a encogerse de hombros. No tenemos tiempo para nada ahora mismo, así que seguimos caminando, por suerte en la misma dirección que el viento. Dentro de poco tendremos que pasar la primera prueba de esta odisea y espero que no se nos complique demasiado.

Porque voy a traer de vuelta a Gabriel.

Sea como sea.

XIX

Tyra

—Podemos sacar las herramientas que… —le dice Marie a Cynthia mientras esta trata de abrir la puerta con una pieza de su propia pulsera.

—No hace… falta —contesta ella, consiguiendo en segundos abrir la cerradura principal.

Abre del todo la puerta, haciéndonos una burlona reverencia para que pasemos dentro.

—Ya me explicarás por qué tienes tú esa maña para abrir cerraduras ajenas —le susurro mientras caminamos por una oscura y tenebrosa biblioteca, con el ruido ensordecedor de la tormenta de fondo.

—Antes tendrías que torturarme —contesta con una pícara media sonrisa que me encanta.

—¿Me estás retando?

Me mira un segundo y en sus labios arqueados hacia arriba tengo su respuesta.

—Vale, aquí está la zona del archivo —nos dice Marie frente a una puerta de hierro cerrada. Se gira hacia Cynthia—. ¿Podrías…?

Ella se adelanta unos pasos con soltura y vuelve a coger su pulsera, metiendo dos hilos de alambre en la cerradura. Segundos después, la puerta se abre ante nosotras.

—Dios, eres perfecta —exclamo, saliéndome del alma.

Cynthia me reprende con los ojos, pero sonríe con aquel cumplido tan real. Marie vuelve a mirarme de reojo, sabiendo que aquí pasa algo, pero creo que tiene cosas más importantes en la cabeza que el simple cotilleo, así que vuelve a centrarse en lo que nos ha traído a la biblioteca de Mist Rachs.

—Tiene que estar por aquí —nos dice, entrando en la zona del archivo local—. Hay una especie de máquinas que… ¡Ahí están!

Va corriendo hacia unos armatrostes con pantalla que parecen antiguos, seguida por nosotras, y comienza a cacharrear en una de ellas.

—¿Esta ruleta es para que suene música? —pregunto, moviéndola.

—Eso es… Es como el ratón del ordenador —me explica ella mientras Cynthia golpea mi mano suavemente para que suelte la ruleta.

—¡Ay! —me quejo.

—No te he hecho daño —dice Cynthia, algo preocupada.

—Eso lo dices tú, pero yo ahora mismo estoy sufriendo.

—No le hagas caso a Tyra —le dice Marie a Cynthia mientras sigue trasteando en esa maquinita—. Le encanta quejarse por todo; parece escocesa.

Cynthia me mira y sonríe. Mis labios se contagian y sonrío con ella. Y antes de arder por combustión espontánea, decido hacer algo para distraerme.

—¿Te podemos ayudar en algo, Marie? —le pregunto, echando un vistazo por encima de su hombro, viendo cómo pasan por delante de mis ojos documentos escaneados que parecen muy antiguos.

—¿Podéis intentar llamar a Gabriel para saber si ya se ha podido guardar en el sótano? —dice mientras saca su móvil y empieza a hacer fotos a lo que va viendo en esa extraña pantalla—. Me gustaría que intentara buscar la entrada al subsuelo desde allí. Él sabrá de lo que hablamos, no te preocupes.

Cojo mi propio móvil y marco el número de nuestro Gabriel, esperando que se haya podido arrastrar hacia una zona resguardada de esta tormenta.

—Tyra —le escucho al otro lado de la línea con voz quejumbrosa.

—¿Pudiste llegar al sótano?

—Sí, yo… Aquí.

Mierda, ya empieza a fallar la línea.

—Marie me dice que si puedes intentar buscar una entrada al subsuelo que debe haber por el castillo.

—Eso… Imposible.

—¿No puedes moverte?

—Sólo… Poco, pero… Tormenta… Fuerte.

Me separo el móvil de la boca y miro a Marie, que me está observando con un hilo de esperanza.

—Creo que dice que es imposible porque ahora la tormenta es muy fuerte —le cuento—. A lo mejor no puede buscar nada porque no le deja ver toda la nieve y el viento.

Marie suspira con dolor. Se la nota más que nerviosa, pero coge aire y trata de pensar en segundos.

—Muy bien, que no se mueva entonces de donde esté. Llegaremos lo antes posible.

Asiento, volviéndome a llevar el móvil a la boca para hablarle.

—Bueno, vale, pues quédate quieto ahí, ¿vale? ¡Ya estamos yendo!

—Tened… Cuidado… Favor.

—Sí, sí, pero tú hazte un ovillo, damiselo en apuros.

Al menos se ríe. Hace una pausa con un sonoro suspiro, tan sonoro que se escucha incluso en mitad de esta tormenta.

—Dile… Marie… La… Querido… Vida.

Y no me hacen falta más palabras para resolver el panel.

—Díselo tú cuando lleguemos —le contesto.

Veo a Marie girarse hacia mí, preguntándome con ese ceño fruncidísimo que qué sucede con Gabriel ahora. Le hago un gesto con la mano para decirle que no es nada, tonterías y minucias varias.

—Por favor… —insiste Gabriel.

—No, eso tú —repito—. En unos minutos estaremos allí, ¿de acuerdo?

Ya no se escucha claramente más, así que cuelgo justo cuando Marie se separa de la máquina, mostrándonos algo en esa pantalla.

—Estos puntos de aquí son las entradas y salidas —nos indica, señalando con el dedo unos puntos rojos en un plano antiquísimo—. El camino que hay que seguir es el del castillo. Se entra directamente por el ayuntamiento.

—No fastidies que tenemos que ir hasta allí ahora —le digo, sabiendo que salir de aquí va a ser harto complicado.

—¿No podemos entrar por la de aquí? —pregunta Cynthia, señalando uno de esos puntos —. Es la biblioteca, ¿no?

—Pero no va directa —nos dice, haciendo con el dedo el recorrido—. El castillo comunicaba con algo que había en donde ahora está el ayuntamiento. Luego se construyeron el resto de caminos subterráneos para ir uniendo otras partes, pero no podemos dar vueltas y vueltas por ahí abajo. Podemos acabar perdiéndonos y habría más probabilidades de encontrarnos cualquier cosa por esos pasillos.

—¿Cualquier cosa? Define qué es lo que… —le pido, temiéndome encontrarnos monstruos de tres cabezas que escupen fuego.

—Paredes caídas, zonas inundadas… —explica, dejándome algo más tranquila—. Hace muchos años que nadie baja. Vamos a ser las primeras en hacerlo. Pero si no queréis entrar ahí abajo, os aseguro que comprendo que…

—Entonces, por el ayuntamiento, ¿no? —le dice Cynthia, cortando incluso su disertación.

Marie le mira con ojos de agradecimiento, aunque algo tristes.

—Te aseguro que te lo puedo traer de vuelta sano y salvo aunque no vengas, de verdad —le asegura ella.

—Eh… Ya, sí —dice Cynthia sin comprender bien el sentido de esa frase—, pero quiero ayudar.

—Es comprensible —comenta de forma misteriosa Marie.

Bueno, no de forma tan misteriosa en realidad, pero Cynthia no se ha enterado de nada y

no es momento ahora de algo así.

—Entonces, siguiente parada, llegar al ayuntamiento, ¿no? —pregunto, centrando el tema de nuevo.

Marie me mira y asiente.

—Tengo llaves, así que no hace falta entrar de la forma de Cynthia.

—¡Tampoco entro así a todas partes! —se queja, medio riéndose y haciéndonos reír también a nosotras mientras comenzamos a caminar hacia la salida.

Segunda etapa del trayecto de salvamento, allá vamos.

XX

Cynthia

—¡Cynthia tarda menos en abrir una puerta a su manera que tú con una llave! —se sigue quejando Tyra después de haber conseguido entrar en el ayuntamiento por una puerta que no era la principal.

Le doy un codazo y ella se queja, pero pega su brazo al mío, llegando a rozar mi mano con la punta de sus dedos. Eso me descoloca y ella lo sabe por cómo sonríe, mirándome de reojo mientras seguimos caminando hacia la entrada a las catacumbas. O a lo que quiera que nos vayamos a encontrar al llegar.

—Hace demasiado frío y viento —se disculpa la pobre Marie—, no veía bien con la nieve metiéndoseme en los ojos.

—Tyra creo que está bromeando —le digo, y miro a quien ahora mismo sonríe con mi apreciación—. ¿Verdad que bromeabas?

—Es que me encanta bromear —me responde en bajo, aunque no tanto como para que Marie no le escuche.

—No te había visto yo tan risueña como hasta hace pocos días —le dice Marie sin dejar de mirar el plano que tiene en su móvil—. Tiene que ser ahí abajo —nos anuncia, señalando unas escaleras situadas a la derecha de la planta principal.

—¿Qué hay ahí abajo? —pregunta Tyra mirando hacia el oscuro final de la escalera.

—Los archivos —le contesta Marie.

—¿No acabamos de estar en los archivos?

—Son… Otros diferentes.

Marie comienza a caminar, poniéndose al frente, empezando a bajar escalones seguida de nosotras dos de cerca.

—En este pueblo hay muchos archivos —comento.

—No te lo puedes ni imaginar —escucho a Tyra responderme desde delante de mí.

—Vale, ahora es por… Aquí —oigo a Marie decir, seguido de unos rápidos pasos.

—¿No hay luz? —pregunto.

—Se habrá ido la corriente —nos dice ella, creo que dando con el dedo a un interruptor por el ruido que escucho. Al cabo de unos segundos, por fin se hace la luz, pero porque ha sacado una linterna de la mochila, la cual está cerrando ahora mismo—. Bueno, pues ya estamos

en donde pone el plano que hay una entrada. ¿Veis algo vosotras?

Comenzamos a observar cada punto que Marie ilumina hasta que veo algo que me llama la atención.

—Tiene que estar ahí detrás —les digo, señalando un enorme cuadro en una pared.

—¿Ahí detrás? —dice Tyra—. Pero eso es una pared, no el suelo. Si hay que ir hacia abajo…

—Puede haber otras escaleras —le digo.

—¿Por qué ahí? —me pregunta Marie, yendo precisamente hacia ese punto.

—Porque es una representación de Las Puertas del Infierno, de Rodin.

Ambas se quedan calladas, pensando en lo que he dicho. Porque suena un poco lúgubre, pero he tenido una sensación extraña al ver aquel cuadro.

Tiene que ser ahí.

—¿Por qué alguien querría esconder la entrada a un sitio que fue tan habitual en su momento? —se pregunta en alto Tyra.

—Puede que sea porque es demasiado peligroso —le responde Marie, intentando ahora descolgar el cuadro de la pared.

Le echamos una mano y en pocos segundos comprobamos con nuestros propios ojos que hay una pared lisa, pero en la que se ve una marca con forma de puerta. Hay una especie de hendidura a un lado, imagino que para poder abrirla.

Marie se gira hacia nosotras.

—Podéis quedaros aquí si…

—Abre la maldita puerta, anda —le dice Tyra, frotando su brazo.

—Antes mandad un mensaje a Sandrine y a Gabriel para decirles dónde estamos —nos pide, girándose hacia la puerta mientras Tyra comienza a escribir en su móvil—. Por si acaso.

Eso no me da muy buena espina, pero hay que continuar sin pensárselo demasiado, así que, en cuanto Marie consigue abrir aquella estrecha puerta, las tres comenzamos a bajar más escalones.

Ni siquiera se ve el final, por mucho que la linterna intente iluminarlo.

Igualito que descender al inframundo.

Llevamos quince minutos caminando por este lugar y, salvo mucha humedad y oscuridad, no hemos encontrado nada más. Es un pasillo bastante amplio por el que cabemos de sobra las tres y todavía sobra sitio para alguien más. Marie va señalando el camino con la linterna mientras echa un vistazo al plano cada poco tiempo aunque el pasillo sea recto. Se nota que está nerviosa, y es que no es para menos. Con este frío y con un esguince como mínimo, Gabriel tiene que estar

pasándolo realmente mal. Tenemos que llegar cuanto antes y llevarle de vuelta a casa.

Hemos pasado hace un rato la bifurcación que desviaba el camino para ir hacia el castillo o hacia el resto de puntos del pueblo, así que las tres nos quedamos de piedra cuando vemos otra vez el camino dividirse en dos.

—¿Hay algo en el plano? —pregunto, haciendo que mi eco resuene en este interminable pasillo, rebotando hasta perderse a lo lejos.

—No, no hay… —Marie se asoma con la linterna a un lado y al otro, y luego se gira hacia nosotras—. La de antes era la bifurcación correcta, pero esta no la marca.

—Será para evitar intrusos —les digo—. Puede que en ese tiempo los del pueblo supieran la correcta y no la marcaran en los planos por si alguien se los robaba.

—Entonces, si nos equivocamos de camino, ¿qué nos va a pasar? —pregunta Tyra con una seriedad que roza el miedo.

—Puede que nos lleve a dar vueltas y vueltas por un laberinto de túneles hasta que nos perdamos.

—O puede haber un agujero en mitad del camino y caeríamos a una fosa con cocodrilos —dice ella.

—Claro, y los cocodrilos han sobrevivido durante cientos de años, esperando a comerte a ti —le digo de forma burlona.

Tyra hace una mueca graciosa con la nariz que provoca que sonría por ella.

—No podemos perder tiempo probando un camino y luego el otro —dice Marie, intentando no aparentar que está nerviosa—. Tenemos que ir por el correcto para llegar cuanto antes.

—Revisemos ambas entradas con detalle por si hay algo que nos indique el camino correcto —propongo.

Marie me cede la linterna, depositando en mí unas esperanzas que espero no romper por no saber por qué pasillo seguir. Enfoco cada milímetro de pared en cada lado hasta que Tyra hace que me detenga en un punto concreto, agarrando mi mano para que siga enfocando en esa dirección.

—¿Qué narices hace la firma de Pete aquí? —exclama Marie con un tono de voz que infunde hasta miedo.

—¿Pete? —pregunto—. ¿Ese no es el sheriff al que le caigo tan mal? Pensé que hacía mucho tiempo que nadie bajaba aquí.

Tyra y Marie se miran, pero no descifro lo que se están diciendo en silencio.

—Y es que es así —me confirma Marie.

—¿Entonces?

Vuelve a hacerse el silencio. Y cuando Marie lo rompe, no es precisamente para

explicarme nada.

—Hay que ir por este camino.

Tyra le sigue sin comentar nada de lo que acaba de pasar, pero yo no puedo evitar seguir preguntando.

—Si Pete ha estado aquí abajo, es que este laberinto de pasillos es seguro, ¿no? Es decir, hace poco que alguien ha bajado aquí y…

—En Mist Rachs las cosas no son tan sencillas, Cynthia —me corta Tyra, cogiéndome por la cintura un instante y acercando su cabeza a la mía.

—Entonces explícame lo que…

—Si quieres te explico algo de lo que hasta ahora no había hablado con nadie —me propone, provocando que mi curiosidad salte como un resorte ante aquellas palabras.

—¿A nadie?

La veo sonreír antes incluso de que me mire.

—Es sobre el motivo que me trajo a Mist Rachs —anticipa.

—¿No llegaste aquí por equivocarte de camino? —le pregunta Marie, que también parece interesada en esto.

—Sí, pero el motivo por el que cogí un bus equivocado que acabó averiado frente al puente, es lo que me he callado siempre. No sé si querríais que…

—Ya nos lo estás contando con todo tipo de detalles —le dice Marie, haciéndola reír.

Aun así, Tyra me mira, y hasta que no asiento, ella no empieza a hablar.

—Tenía la vida perfecta en Estocolmo, y eso incluía un trabajo en el que ganaba mucho dinero, una familia numerosa con la que celebrar cada fiesta, abundantes y sofisticados amigos… Y un novio de diez.

—¿Tenías novio? —pregunta Marie—. ¡No tenía ni idea! ¿Qué fue de él cuando te quedaste aquí a vivir?

Tuerce los labios hacia un lado en una divertida mueca antes de responderle.

—Era una vida perfecta que iba a culminar en la boda perfecta rodeados de gente perfecta. Pero esa perfección no me hacía feliz. Así que el día de mi boda, cuando tenía que ir hacia la iglesia, bajé de mi piso y cogí un taxi que me llevó al aeropuerto. Apagué el móvil después de escribirle a mi novio para pedirle perdón por lo que iba a hacer y no volví a encenderlo hasta meses después.

—No… ¿Dejaste a tu novio el día de tu boda por mensaje? —pregunto sin podérmelo creer.

No le pega nada a la Tyra que he conocido estos días.

—En mi defensa diré que estuve durante los últimos meses antes de mi huida intentando explicarle que tenía dudas, que era mejor que dejáramos para más adelante la boda. —Parece

avergonzada igualmente al contarnos esto—. Aun así, sé que no tuve que irme de esa forma, pero me sentía tan atrapada que entré en pánico y…

—¿Volviste a hablar con él? —pregunta Marie.

—Mis padres siempre me dicen que le llame, que le hará ilusión, pero sé que lo dicen porque creen que podríamos arreglarlo. Ellos tampoco entienden por qué tomé esa decisión. Tampoco comprenden qué hago yo aquí desde entonces y cómo puedo decir que ahora sí soy feliz. Y yo no sé cómo explicarles lo que se siente perteneciendo a un lugar como Mist Rachs.

Las tres nos quedamos en silencio, imagino que por motivos diferentes. Me acerco a Tyra y soy yo en esta ocasión la que agarro su cintura, apoyándome en su hombro un instante.

—Yo tendría que volver a pintar y tú tendrías que…

—Lo sé —me corta—. Y algún día lo haré. Si conseguimos salir vivas de aquí.

El humor negro parece que no abandona a Tyra en ningún momento. Se gana un empujón por mi parte, algo que, por lo que sea, le provoca la risa.

Marie frena en seco, haciendo que nos choquemos contra su espalda.

—¿No notáis una brisa? —nos dice, enfocando con la linterna hacia el final del pasillo, por donde parece que emana ese aire frío que parece entrar por alguna parte.

—Tenemos que estar llegando —comento.

—Espero que Gabriel siga bien —dice Marie, acelerando el paso—. ¿Alguien tiene cobertura ya en su móvil?

—Yo un poco —le dice Tyra, yendo detrás de ella con rapidez.

—Intenta llamar a emergencias para ver si por fin van a poder enviar ayuda, por favor.

—Debe ser horrible ser alcaldesa —pienso en alto, viendo todos los problemas que está sufriendo Marie.

—Tiene sus momentos, te lo aseguro —me dice.

—Y encontrar a Gabriel va a ser uno de ellos, ¿no? —puntualiza Tyra, volviendo a bromear.

Marie sonríe porque sabe que por fin estamos llegando a alguna parte.

Vamos a poder salvar a Gabriel y eso merecerá una buena celebración. En Mist Rachs. Rodeados de gente tan bonita como las dos con las que estoy compartiendo aventura.

Y estoy deseándolo.

XXI

Gabriel

Creo que no voy a salir de aquí con vida. Llevo un rato pensándolo, pero ahora esa idea está haciéndose enorme en mi cabeza, tanto que ya no soy capaz de pensar en nada más. Moriré aquí, en un castillo ruinoso, rodeado de suciedad y nieve. Me encontrarán congelado, con una mueca de aceptación de mi destino, en este rincón del sótano del castillo.

Tengo la bufanda congelada, el abrigo es puro hielo y me duele la cabeza del frío constante a mi alrededor. Al menos el tobillo no me duele. Al principio sí, era un dolor fuerte, intenso, constante. No podía casi ni moverme. Estaba intentando buscar a Marie y Sandrine a carreras cuando resbalé en una piedra y caí de mala manera. Escuché, incluso por encima de la tormenta, el tobillo doblarse. Aun así, continué buscándolas como pude, forzando el tobillo todo lo que dio de sí. Y cuando Marie por fin me llamó y supe que estaban a salvo, me tiré en el suelo, agotado por el esfuerzo, sabiendo que no sería capaz de llegar de nuevo al pueblo. Era imposible estando así con la tormenta encima de mí. Ella me dijo que vendría a buscarme, que esperara en la parte del sótano del castillo. Y le hice caso. Me arrastré hasta aquí abajo, pero sé que sería un milagro que consiguieran llegar a tiempo. Ya casi no puedo moverme y lo único que me apetece es dormir. Escucho a lo lejos mi móvil aunque lo tengo en la mano, pero me parece que sería un esfuerzo demasiado grande mirar siquiera la pantalla, así que aquí sigo, hecho un ovillo, tratando de pensar en lo imbécil que fui por no hablar claro con Marie y confesarle que la quiero como algo más que una amiga desde hace… Ni me acuerdo.

¿O me acordaba, pero el cerebro ya me está fallando?

Escucho ruidos y voces a mi alrededor. La tormenta y el poco oxígeno que debe llegarme al cerebro están cambiando la realidad tal y como la conocía cuando tenía toda una vida por delante.

Alguien me llama. A mi lado. Siento una mano agarrando mi brazo y un aroma a bosque parece rodearme de repente.

—Despierta, Gabriel, no puedes dormirte —me dice una voz que no reconozco—. Abre los ojos y mírame.

Tardo lo que me parece una eternidad en conseguirlo, pero lo hago. Y entonces compruebo que no tengo la más remota idea de quién es la mujer que está en cuclillas junto a mí, mirándome con una sonrisa, con una simple capa como abrigo en esta horrenda tormenta. No

parece molestarle tampoco estar en un lugar como este en un día como el que estamos viviendo. Se aparta un mechón rubio de su cara y se lo coloca dentro de la capucha sin dejar de observarme. Su rostro es amable y tranquilo, y su ausencia de preocupación parece que se me contagia de forma mágica.

—¿Tú…? ¿Quién…? —consigo decir con dificultad.

—Van a venir a por ti —dice, obviando mi balbuceo—. Están casi aquí. Pero no puedes dormirte, ¿de acuerdo? Tienes que seguir aquí conmigo, mirándome, hasta que lleguen.

—¿Por… qué?

Su sonrisa precede a sus palabras.

—Porque eres importante, Gabriel. Lo mismo que Mist Rachs y todos sus habitantes. Y, además, tengo algo que decirte. Algo que puede que no recuerdes de manera consciente después de nuestra conversación, pero que se te quedará grabado en la mente. Cuando sea el momento, no te darás ni cuenta, pero de alguna forma lo recordarás.

—Pero si…

No soy capaz ya de hablar siquiera, el frío que siento es demasiado intenso y ella parece comprender.

—Primero iremos a un lugar en donde no hace tanto frío y luego hablaremos, ¿de acuerdo?

La escucho sin entender bien de lo que habla o por qué me lo dice, pero mi atención se queda clavada en ella tanto tiempo como soy capaz de mantener los ojos abiertos.

Marie

—Sigue llamándole —le pido a Tyra mientras acelero el paso, viendo ya el final del pasillo que hasta hace unos instantes empezaba a parecerme interminable.

—No me lo coge todavía —responde ella, casi corriendo a mi lado.

Dios mío, eso es muy mala señal.

—Entonces hay que correr para encontrarle cuanto antes.

Una enorme puerta de hierro por donde se cuela el viento nos corta el camino. Miro a Cynthia, desesperada, y ella comprende. Desarma una vez más su maravillosa pulsera y en segundos la puerta cede. No sé cómo lo hace, pero cuando todo esto acabe quiero estar abrazándola hasta Año Nuevo por lo menos.

Separamos la puerta lo justo como para pasar nosotras y subimos unos pequeños escalones a toda prisa, empezando a gritar el nombre de Gabriel, aunque la tormenta es ya tan

fuerte aquí arriba que no creo que nos pueda escuchar. Mi corazón se acelera de tal forma que hasta me duele respirar.

—¡No veo nada! —grita Cynthia—. ¿Vosotras?

—¡Puede que no se le vea porque tenga demasiada nieve encima! —nos alerta Tyra, mirando a su alrededor, completamente sobrepasada como Cynthia y yo.

—¡Esperad! ¿Esta es la planta del sótano del castillo o es la baja? —pregunto, viendo que más bien parece que estamos en la zona de la capilla que lleva medio derruida desde hace por lo menos doscientos años.

—¡Mierda, no! ¡Hay una planta más abajo! —exclama Tyra, echando las tres a correr hacia dentro, donde el techo no está caído siquiera.

Ya ubicadas, conseguimos encontrar el acceso a la parte del sótano y bajamos las escaleras todo lo rápido que podemos.

Nada, ni rastro por ningún sitio.

—¿Dónde está? —pregunto desesperada.

—¡Ahí ha estado alguien hasta hace poco! —nos dice Tyra, señalando un rincón alejado de las escaleras y donde los huecos de las ventanas no crean demasiada corriente.

¿Es ahí donde ha estado y, por algún motivo, se ha podido mover? ¿Dónde está entonces ahora y por qué no nos pudo esperar? ¿Cómo se ha ido con el pie teniéndolo tan mal y con una tormenta como esta?

Saco mi móvil y marco su número.

Da tono.

—¿Qué haces? —pregunta Cynthia.

—¿Escucháis algo? —les pregunto—. Estoy llamándole al móvil. Puede que si oímos el sonido…

—¿Con esta tormenta? Imposible, Marie —me dice Tyra.

Pero no me rindo. Comienzo a desandar mis pasos y pongo más atención que en mi vida para lograr captar algún sonido que no sea el viento azotando el castillo, lanzándonos cada vez más nieve. Sigo caminando, seguida por Tyra y Cynthia, en absoluto silencio. Camino y camino hasta acercarme al puñado de escaleras que conducen al subsuelo.

Y entonces lo escucho.

—¡Es un móvil! —grito emocionada sin dejar de moverme hacia ese sonido.

—¿Cómo puede ser posible que…? —oigo a Cynthia detrás de mí.

Sigo llamando mientras paso por la puerta de hierro y entro al pasillo, donde se escucha con más fuerza el sonido de su móvil. Y casi no puedo creerme lo que tengo delante de mis ojos. A un lado del mismo, junto a la pared, está Gabriel, hecho un ovillo.

Me echo a correr hacia él y comienzo a moverle al llegar a su lado. Tiene los ojos

cerrados y pienso conseguir que los abra, sea como sea.

—Gabriel, ya hemos llegado —le susurro, pero no parece estar escuchándome—. ¿Gabriel?

—¿Cómo es que…? —comienza a decir Cynthia, bastante contrariada por explicar su tono de alguna forma—. Acabamos de pasar por aquí, le habríamos visto.

—Eso ya lo hablamos luego —le dice Tyra mientras ambas se acercan.

—¡Gabriel! —le empiezo a gritar, moviéndole para que reaccione—. ¡Despierta, Gabriel! ¡Tenemos que irnos! —Pero todavía no reacciona. Me acerco a su rostro con terror y compruebo que respira, así que no todo está perdido. Su ropa está tan fría que casi me queman las manos. Y me dirijo a las chicas, que están a mi lado, de pie, con cara de absoluta preocupación—. ¡Ayudadme a meterle más hacia dentro!

Sin pensárselo dos veces, Tyra agarra uno de los brazos de Gabriel y se lo pasa por los hombros mientras yo hago lo mismo que ella en el otro lado. Empezamos a caminar, parece que incluso más rápido que cuando llegamos, y eso que ahora estamos tirando de una persona. Nos alejamos todo lo posible, adentrándonos en este amplio pasillo para que el frío deje de ser tan paralizante, y nos detenemos en ese momento, dejando de nuevo en el suelo con cuidado a Gabriel, que parece que ahora se queja por algo.

¡Va reaccionando!

—¿Está abriendo los ojos? —pregunta tímidamente Cynthia con toneladas de esperanza.

Es entonces cuando veo sus azules ojos de nuevo, mirándome fijamente.

—¡Gabriel! ¡Estás bien! —exclamo, abrazándole con tanta fuerza que incluso le escucho quejarse con una medio risa en su voz.

—Me vas a ahogar…

Le suelto inmediatamente y cojo con rapidez la mochila que llevo a mi espalda, sacando de ahí la manta térmica que le pongo por encima después de quitarle el abrigo, casi congelado.

—¿Te duele mucho el tobillo? —le pregunto—. ¿Puedes caminar?

—No sé… No duele tanto, pero…

—Puede que sea por el frío —dice Tyra—. A lo mejor no lo siente y cuando entre en calor empieza a dolerle.

Cynthia se agacha a mi lado y agarra su bota, quitándosela con cuidado. Empieza a moverle poco a poco el pie hasta que Gabriel se queja una vez más, en esta ocasión, de manera justificada.

—Sí, es un esguince, pero con algo de reposo… —nos dice ella.

—¿También aprendiste eso en París? —le corta Tyra, bromeando con las habilidades de nuestra particular turista.

Cynthia se limita a sonreír, pero no contesta.

—Es mejor que nos vayamos pronto, antes de que comience a dolerle —nos indica.

—Pero salir en mitad de la tormenta… —le dice Tyra, no estando muy segura de todo esto.

—Vamos a ir directas a su casa —les digo. Ambas me miran sin comprender todavía—. Este laberinto tiene comunicación directa con todo el pueblo, incluida su casa. En la biblioteca le mandé un mensaje a Sandrine para que fuera buscando el punto exacto de la entrada y espero que ya lo haya despejado para que podamos entrar cuando lleguemos. Ahora ayudadme a ponerle el jersey, le volvemos a tapar con la manta y le cogemos para irnos hasta casa.

—Donde espero que podamos tomar un buen vino especiado —sueña en alto Tyra.

—Este pueblo es el más extraño de todos los que he conocido —nos dice Cynthia mientras Gabriel nos coge el jersey y comienza a ponérselo él mismo.

—Pero te gusta, ¿a que sí? —le dice Tyra, acercándose demasiado a ella un instante.

Lejos de incomodarla, sonríe y le dice algo en un susurro que Gabriel y yo no logramos entender desde donde estamos. Se han hecho muy amigas en estos días al parecer.

—Pero, ¿dónde…? —comienza a decir Gabriel al mirar hacia los lados.

—En el subsuelo, donde te encontramos —le digo, algo contrariada por esa pregunta—. ¿No recuerdas haber venido hasta aquí?

Niega con la cabeza.

—Me quedé en el sótano del castillo —responde en bajo para evitar que Cynthia lo escuche.

A veces los habitantes de Mist Rachs sabemos que hay cosas que suceden aquí sin una explicación razonable, así que tratamos de que no trasciendan más allá de nuestro pequeño y peculiar pueblo. Por si acaso.

—¿Cómo es que no te encuentras mal después de haber estado tanto rato bajo la tormenta? —le pregunto en cuanto acaba de ponerse el jersey, cogiendo la manta térmica y poniéndosela por encima.

—Hubo… —Parece pensar algo antes de continuar—. Alguien… Creo que vi a alguien allí que me ayudó.

—¿Cómo?

—Sí, era una chica o… No sé, no recuerdo bien.

Tyra le ha escuchado y se acerca a nosotros.

—Creo que estabas delirando —le dice—. Pero es normal que te estés recuperando tan pronto, porque en realidad nosotras no hemos tardado ni una hora en llegar.

Miro el reloj y me asombro de lo rápido que hemos conseguido venir a salvarle.

—Vaya, pensé que incluso se habría hecho de noche —comento sorprendida.

—Me hiciste caso —me dice Gabriel cuando le ayudamos a levantar entre Tyra y yo—.

Entraste al subsuelo.

—Siempre te hago caso —le recuerdo.

Me encanta poder volver a ver su sonrisa, tanto que tengo que aguantar las lágrimas como puedo.

—No tendríais que haberos arriesgado —nos dice—, pero gracias, a las tres.

—Ha sido divertido —le dice Tyra, quitándole importancia a sus agradecimientos.

—Yo me he enamorado más aún de este pueblo —comenta Cynthia—. Siento hasta ganas de ponerme a pintar todo lo que estoy viviendo.

Veo a Gabriel sonreír ante sus palabras.

Claro, normal.

—Espero que no tengamos problema para llegar hasta casa —les digo, intentando dejar de… sentir.

—Ahora ya va a ir todo rodado —me dice Tyra con despreocupación—. Lo peor ya lo hemos pasado y ya tenemos aquí al damiselo en apuros.

—¡Oye! —exclama con buen ánimo el susodicho, haciéndonos reír.

—Tienes tú mucho cuento —se queja ella—. Hacernos venir hasta aquí porque no te apetecía volver solo a casa.

Tyra se pone a bromear con Cynthia mientras continuamos caminando.

—Algo pasó con aquella mujer, Marie —me dice, acercándose más a mí.

—¿La que dices que viste en el castillo?

Asiente con un gesto preocupado.

—Ella… Hizo algo, no sé, pero yo sentía que iba a morir allí. Y… —Menea la cabeza, algo frustrado—. No sé qué pasó o qué me dijo, y siento que tendría que acordarme de algo, pero…

Froto su mano por encima de mi hombro, tratando de que se tranquilice.

—Ya lo irás recordando, no te preocupes. Lo importante ahora es que estás bien y que llegaremos en breve a casa. —Entonces recuerdo algo—. Cynthia, ¿puedes ver si hay cobertura suficiente para decirle a Sandrine que ya estamos volviendo con su hermano?

—Tengo ganas de verla —dice Gabriel mientras Cynthia teclea un mensaje en el teléfono.

—Y ella a ti —le respondo—. Estaba muy preocupada. Como todas nosotras.

—¿Tú también?

Sonríe de forma burlona pero deliciosa.

—Sabes que sí. Y en cuanto pase la tormenta, Frederick va fuera incluso de Mist Rachs. Hablaré con Pete para ver lo que se puede hacer.

Sueno tan enfadada que Gabriel se ha echado a reír incluso.

—No entiendo cómo puede haber alguien así en Mist Rachs —dice ahora Tyra.

—Por algo sería —responde Gabriel—. Pero me alegraría mucho si le perdiera para siempre de vista.

Vuelvo a acariciar su mano y él me devuelve las caricias, entrelazando sus dedos en los míos después. Le miro cuando siento sus ojos clavados en mí y veo que sonríe de nuevo.

Y entonces caigo en algo, porque mi cabeza funciona así.

—¿Quieres que mejor te coja Cynthia?

Su sonrisa desaparece y su ceño comienza a fruncirse mientras Tyra se echa a reír con la propia Cynthia.

—Está bien así, Marie —responde él—. Pero mañana mismo tenemos que hablar.

—Sí, por favor, hablad de una vez, que buena falta os hace —nos dice Tyra de pasada, volviendo a hablar con Cynthia de sus cosas.

Gabriel se encoge levemente de hombros y sonríe otra vez. Yo no digo nada porque me muero de vergüenza. Imagino que ha sentido que tiene que explicarme su relación con Cynthia y…

No, no quiero pensar en nada más que en lo importante: hemos conseguido encontrarle y le estamos llevando de vuelta a casa. Con eso es más que suficiente para ser feliz.

Y si él lo es, sea con quien sea, yo también lo tendré que ser.

XXII

Gabriel

—Sí, es por ahí —nos confirma Marie, totalmente segura de lo que hace.

—Pero este pasillo gira más a la izquierda, y supuestamente tendríamos que tirar hacia allí —comenta Tyra.

—Según el plano, este pasillo va hacia la calle de atrás, y esta es a la que vamos nosotros —le dice, enseñándonos su pantalla.

—Sí, yo también creo que hay que girar aquí —añade Cynthia después de echarle un vistazo al móvil de Marie.

Continuamos caminando por el tenebroso laberinto de pasillos subterráneos que tiene Mist Rachs en sus entrañas. Sorprendentemente están muy bien conservados. Sucios y húmedos, pero este trayecto lo hemos hecho sin problema en pocos minutos además.

Yo voy intentando probar a apoyar el pie, por si puedo comenzar a caminar por mí mismo, pero duele cada vez más, así que desde hace un rato ya no me dejan hacer más pruebas. Tendré que guardar reposo y buscar una muleta con la que ayudarme hasta que sane del todo.

—Al girar en esa esquina, tendríamos que ver al fondo una puerta —nos anuncia Marie, algo nerviosa.

—Ya queda menos para tomarme medio litro de vino especiado —dice Tyra, con la risa de Cynthia acompañando las dos últimas palabras.

—Espero que Sandrine haya sabido encender la chimenea —comento—, porque tengo una gran necesidad de tirarme en el sofá a no hacer nada durante horas.

—No te quejes, damiselo, que aquí las caballeras hemos sido las que hemos hecho todo el trabajo —me recuerda Tyra, provocándonos la risa a todos.

Seguimos caminando al doblar la esquina y, efectivamente, tal y como nos dijo Marie, al fondo de este pasillo vemos una gran puerta metálica.

—Da un poco de miedo —comento—. ¿Cómo vamos a abrir ahora esa…?

—Me toca, dejadme pasar, gracias, gracias —va diciendo Cynthia mientras se adelanta a todos.

Se quita la pulsera, se agacha frente a la cerradura y en cuestión de segundos la puerta se abre sin mayor problema. Ella se gira hacia nosotros y hace una reverencia mientras le aplaudimos la hazaña.

—Si vamos a utilizar estos pasillos para comunicarnos algún día, será mejor que cambiemos las cerraduras a unas mejores —le digo a Marie, comenzando a caminar de nuevo hacia aquella puerta, por donde ya se cuela un hilo de luz.

—Cynthia es muy buena abriendo cerraduras —me dice Tyra al escucharme—. Seguro que puede…

Sus palabras son interrumpidas abruptamente por Sandrine, que se asoma a aquella puerta con algo de miedo y se echa a correr hacia mí en cuanto ve que somos nosotros los que hemos abierto la puerta.

El abrazo de mi hermana pequeña es lo más bonito que me podía pasar al llegar a casa.

—Cuidado —le dice Marie, dejando que Sandrine sea la que ahora me coge para ayudarme a entrar—, tiene un esguince en el tobillo y no puede posar bien el pie.

—Ahora lo ponemos en alto, no te preocupes —me va diciendo mi hermana mientras entramos, por fin, a casa.

Ya había ido entrando en calor durante el camino con el jersey y la manta térmica, pero esto es algo diferente. Cerrar aquella puerta metálica, parece que situada en el sótano de la casa, me hace sentir que todo aquello ha quedado atrás en mi vida. Por fin. Porque pensé que no lo contaría y ahora puedo volver a abrazar a mi hermana en nuestra casa.

Jamás olvidaré lo que han hecho todas ellas hoy por mí.

—La que has liado aquí —le dice Cynthia al ver que Sandrine ha tenido incluso que arrancar el papel de toda la pared para buscar la puerta.

—Coloqué como pude todo lo que había aquí en el otro lado del sótano —nos dice, señalando con la cabeza esa zona en concreto, llena de herramientas, bicis y material escolar antiguo, guardado en cajas—. Y también seguí llamando a emergencias.

—¿A emergencias? Bueno, tampoco era para… —comento sin entender la expectación de todas con ese tema.

—Frederick envió un email a emergencias para cancelar todo —me cuenta Marie, que ahora se dirige a mi hermana con tono nervioso mientras subimos las escaleras hacia la planta baja—. ¿Alguna novedad con eso?

Mi hermana sonríe antes de contestar.

—Leo me dijo hace unos minutos que había conseguido movilizar un par de equipos más, por si lo necesitábamos.

Marie se tapa la cara y cuando vuelve a mostrar su rostro, veo felicidad y alivio en él.

—¿Les pediste que vinieran o…? —pregunta.

—Ya me habíais mandado un mensaje para decirme que estabais viniendo, así que lo que le dije es que, nada más que pudieran, desplazaran esas unidades cerca del pueblo, por si acaso. La quitanieves pasará también en cuanto la tormenta vaya alejándose un poco.

Mi mejor amiga no puede ocultar su emoción cuando llegamos al hall de entrada y se echa a llorar. Todas y yo mismo, como puedo, la abrazamos, haciéndole sentir que no está sola en todo este lío que parece que ha armado el maldito teniente de alcalde por vete tú a saber el motivo.

—Lo siento —nos dice calmándose—. Es el cansancio, pero ya estoy bien.

—Ha sido un paseo —comenta Tyra con despreocupación.

—Y lo volveríamos a hacer —añade Cynthia, frotando su espalda con cariño.

Marie se seca las pocas lágrimas que le quedaban en las mejillas y sonríe de forma apagada.

—Es normal que volvieras a hacerlo —le dice a Cynthia—. Te aseguro que yo simplemente lo hice porque es mi mejor amigo y lo que…

Las otras tres empiezan a quejarse, emitiendo ruidos de agotamiento entre risas, cortando la frase de Marie mientras esta me mira sin saber qué les sucede.

—Creo que no les gusta que seamos mejores amigos —le digo, aunque me parece que yo sí que entiendo por qué las tres se han empezado a quejar.

Y eso me hace infinitamente feliz, porque si es lo que creo que es…

—No… No entiendo —sigue diciendo ella, cada vez más avergonzada.

Sí, es lo que creo que es.

Y voy a explotar de felicidad.

Cojo las manos de Marie, que primero las mira y luego me mira a mí.

—¿Sabes en lo que pensaba cuando pensé que iba a morir en ese castillo? —le digo, aunque no dejo que conteste—. Que fui un estúpido por no confesarte lo mucho que te quería, Marie.

—Sí, claro, yo también te quiero mucho porque somos…

—¡Ni se te ocurra decir *mejores amigos*! —le grita Tyra con desesperación.

Hasta Marie se ríe con aquello sin dejar de mirarme.

—Marie, yo te quiero —le repito—. Te quiero tanto que podría pasar mi vida sin estar a tu lado porque a ti te hiciera feliz otra persona. Te quiero y me gustaría que me dejaras demostrártelo. Porque seguirías siendo mi mejor amiga, eso nunca cambiaría, pero mis sentimientos van más allá. Y no quiero volver a estar al borde de la muerte para darme cuenta de lo cobarde que he sido.

Un extraño silencio se hace durante los segundos más largos de toda mi puñetera vida. Porque Marie parece que va a hablar justo antes de terminar yo, pero no lo hace. Y siento que me juego media vida ahora mismo, esperando sus palabras.

—Pero Gabriel, ¿Cynthia y tú no estáis enamorados y…?

—¡Pero por favor, Marie! —se quejan las tres espectadoras que tenemos detrás de

nosotros, echándose a reír.

Yo sonrío con la duda que parece que lleva teniendo durante días.

—Cynthia y yo no estamos enamorados —le aseguro—. De quien lo estoy es de ti, Marie. De mi mejor amiga. De quien me ha salvado la vida tantas veces. Porque eres como mi ángel de la guarda, y si tú quisieras, yo…

—Pues es curioso que diga eso —escuchamos decir a Tyra de nuevo—, porque él es clavadito al ángel Gabriel, siempre lo comentamos todas.

Marie sonríe con vergüenza, como si ella supiera bien de lo que habla Tyra.

—Gabriel, ¿y si pasa algo? —me dice ahora, con un tono de voz más bajo—. No quiero perderte.

—No lo vas a hacer —le aseguro—. Sólo dime si tú a mí me ves como algo más que tu mejor amigo.

Y creo que en mi vida he sido tan feliz como al ver la sonrisa de Marie en este momento.

—Yo sí…

—¡Por dios, menos mal! —se escucha decir a Tyra, seguida de las risas de Cynthia y mi propia hermana.

Me atrevo a pasar mi mano por su cintura y ella acerca su cuerpo al mío. Y le agradezco que sea ella quien dé ese paso, porque con mi esguince ya me cuesta suficiente mantenerme en pie sobre uno solo.

—¿Lo intentamos entonces? —le pregunto, casi sobre sus labios sonrientes.

—Vale —susurra, mirándome a los ojos con un brillo de escarcha navideña.

—Vale —repito, tan nervioso que no sé ni qué más decir.

—¡Pero besaros, por el amor de dios, que me voy a acabar yendo a hacer palomitas, volviendo y todavía estamos así! —nos pide Tyra, que sigue amenizando a nuestro público.

Marie ríe conmigo un instante mientras sus ojos se clavan en mis labios. Y sé que este es el momento que llevo esperando prácticamente toda mi vida. Desde los días en los que íbamos juntos al colegio, hasta cada segundo que he estado a su lado en esta nueva etapa de alcaldesa, pasando por los días en los que estuve alejado de ella, sin saber lo que la vida me traería más adelante. Y ella consiguió que volviera a Mist Rachs, nadie más.

Y volvería a hacerlo, sólo por atesorar más instantes a su lado.

Mis labios rozan los suyos y siento que podríamos derretir toda la nieve que está cayendo en el exterior con las chispas que siento en mi interior. Sus manos se posan en mi cintura, igual que acabo de hacer yo en la de ella. Y cada instante de mi vida que he compartido con ella pasa por mi cabeza como en un tráiler de película que me confirma que sí, que este es el final que tenía que tener lo nuestro.

O, más bien, el principio de lo que deberíamos habernos atrevido a tener hace ya

demasiado tiempo.

Escuchamos aplausos provenientes de nuestro entregado público. Nos hacen reír sus comentarios, pero no dejamos por ello de besarnos. Tenemos que recuperar mucho tiempo perdido por no ser capaces de hablar las cosas.

—Desde ahora, vamos a comentarnos este tipo de cosas, ¿de acuerdo? —me pide entre beso y beso, parece que leyéndome el pensamiento.

—Nunca dejaré de repetirte que te quiero —le aseguro.

Ella ríe sobre mis labios, una sensación que no pensé que sentiría jamás.

—Me refiero a contarnos las cosas —me especifica ella, separándose unos centímetros de mi boca.

—Todo Mist Rachs os lo agradecería, porque llevamos años diciéndoos que hablarais sobre esto —oímos a mi hermana medio quejarse.

Volvemos a reír todos. Abrazo con fuerza a Marie, la mujer a la que siempre he querido y de la que nunca me querré separar. La chimenea chisporrotea con una llama constante que se escucha desde donde estamos, con el viento de la tormenta azotando nuestro amado pueblecito mientras lo cubre una capa de nieve que disfrutaremos cuando podamos salir de aquí. No hay prisa.

Lo único que quiero ahora es seguir abrazando a Marie y que ella me abrace a mí.

XXIII

Cynthia

Ayer por la noche la tormenta por fin empezó a descender en intensidad. Al parecer, ha sido la tormenta de nieve que más ha durado en Mist Rachs. No ha hecho falta avisar a los servicios de emergencia para nada y estos dos días han transcurrido con absoluta normalidad, con todos metidos en casa, celebrando una inusual cena de Nochebuena y desayuno de Navidad para mí, pero parece que dentro de un rato ya podremos volver a la normalidad.

Si eso es algo que se puede decir sobre Mist Rachs.

Ayer fue día de preparar postres navideños y comerlos al calor de la chimenea del salón hasta bien entrada la noche, mientras todas veíamos varias pelis navideñas. Pero también fue un día para cerrar puertas definitivamente y reconciliarnos un poco con nosotras mismas. Tyra y yo decidimos que nuestro pasado nos pesaba demasiado, así que ella consiguió hablar con su ex para pedirle perdón por lo que hizo y por no habérselo pedido antes y yo llamé a mi hermana. Se me echó a llorar nada más empezar a hablar, pero conseguimos perdonarnos el pasado, aunque le pedí perdón de antemano porque yo no creo que vaya a ser capaz de olvidar. Prometimos ir poco a poco, por si todavía había algo que salvar. Dudo que podamos tener una relación normal de hermanas como la que teníamos antes de que todo aquello sucediera; hay cosas que se rompen y no pueden ser reparadas. Pero me gustaría poder saber de ella de vez en cuando.

Desde que volvimos de nuestra pequeña pero valerosa aventura hasta el castillo, Gabriel y Marie no se han separado. El pobre anda cojo por toda la casa y resulta muy gracioso de ver. Le dijimos que no hacía falta que hiciera nada, que lo que debía hacer era guardar reposo, pero ha fabricado una muleta improvisada con un palo de nieve y goma dura de la rueda de una vieja bicicleta, y ahora camina apoyándose en ese engendro de la creatividad. No ha habido forma de convencerle de que no es lo mismo mantener el pie en una postura elevada que andar con esa especie de muleta del Averno.

Tyra se tira a mi lado en el sofá, frente a la chimenea, y coge el libro que estaba leyendo, esperando a que todos acabaran de arreglarse para salir afuera.

—¿Una biografía? —pregunta con una mueca graciosa—. Muy navideño.

Le vuelvo a quitar el libro y coloco el marcapáginas, cerrándolo y posándolo en la mesa de enfrente.

—Van Gogh siempre me ha gustado.

—Era la alegría de la huerta, sí.

Es imposible no echarse a reír a su lado.

—Cuando vivía en París, solía ir a su tumba en Auvers-sur-Oise y…

—Planazo donde los haya, ir a tumbas de cementerios —me interrumpe, volviéndome a hacer reír y ganándose un empujón con el que ella también ríe.

—Contigo no se puede hablar en serio —me quejo, todavía entre risas.

Ella posa su brazo sobre mis hombros y me mira a una distancia tan reducida que siento unas placenteras descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—Yo contigo podría hablar de lo que fuera —me dice—. ¿Quieres que hablemos primero de nosotras o de Van Gogh? Elige el orden.

Me giro hacia ella, apoyando la rodilla sobre el sofá.

—¿Sobre nosotras?

—¿Eso es una pregunta o una afirmación cantarina?

—Tyra… —vuelvo a quejarme, tratando de aguantar la risa en esta ocasión o será imposible que me responda.

Levanta las palmas de sus manos, rindiéndose, apoyando ahora su brazo sobre el sofá.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en Mist Rachs? —me pregunta directamente.

—Hasta que tenga que volver al internado a trabajar.

—¿Y luego?

—Sí, luego, después de terminar el curso, ¿qué harás?

—Pues… Normalmente me quedo allí durante el verano, salvo algunos días que me los tomo para viajar a alguna…

—¿Por qué no vuelves?

La miro, tratando de saber a qué se refiere con esa pregunta.

—¿Volver?

—Aquí, a Mist Rachs. Una artista como tú necesita un pueblecito tranquilo en el que poder pintar la obra de su vida.

—Claro, y mientras tanto, podría vivir del aire.

—Estoy segura de que tienes suficientes ahorros para vivir sin trabajar el resto de tu vida. Porque si no sales del lugar en el que trabajas…

—Ya te he dicho que a veces viajo.

—A ver cementerios vecinos —vuelve a bromear, de nuevo haciéndome reír.

—Tyra, ¿por qué me preguntas todo esto? —le pregunto.

—Porque no tengo ni idea de cómo decirte que quiero estar contigo, porque me muero de miedo por si tu respuesta es salir corriendo de aquí.

Sus preciosos ojos verdes brillan con intensidad al decirme eso. Porque suena segura,

pero el movimiento de su pecho me dice que no lo está tanto ahora mismo.

—Tendría que pasar bastante tiempo fuera —le digo.

—Hasta que te hicieras una pintora famosa y tuvieras que dejar de dar clase para dedicarte a ir por las galerías que expusieran tus obras.

Me río por su imaginación.

—Claro, de aquí a poco tiempo, todo el mundo hablará de mis obras.

—Estoy muy convencida de ello. Si quieres, apostamos algo.

—Lo que quieras.

Sonríe antes de volver a hablar.

—Un beso.

Parece que nuestros ojos se estuvieran retando por cómo nos miramos después de sus palabras.

—¿Esperarías tanto? —pregunto, algo sorprendida.

—¿Por un beso tuyo? La mismísima eternidad si hiciera falta.

—Pues no lo hagas.

Su gesto es triste, pero eso es porque no ha comprendido todavía mis palabras. Me acerco a ella, posando mi mano sobre sus rizos de colores. Antes de que mis labios toquen definitivamente los suyos, veo su sonrisa, la cual beso al instante, primero levemente y después, animada por su cuerpo acercándose al mío, de manera más impetuosa. Siento una de sus manos sobre mi cintura y la otra en mi nuca. Y creo que jamás en toda mi vida había sentido algo así con un beso. Ni con ninguna otra cosa en realidad. ¿Y si estoy enamorándome de Tyra?

¿Y si por fin he encontrado un verdadero hogar?

—¡Dios mío! ¡Estas navidades están siendo las mejores de mi vida! —escuchamos detrás de nosotras a Sandrine, gritando a todo pulmón.

Nos giramos hacia ella, separándonos del susto que nos ha dado, y la vemos dando saltos de alegría, tapándose la boca con sus manos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Marie, viniendo casi corriendo, alertada por los gritos de su futura cuñada.

—¡Están juntas! —sigue gritando Sandrine sin dejar de mirarnos con emoción.

—¿Quién?

—¡Ellas!

Marie nos mira y parece que de repente todo en su cabeza se une por fin. Se tapa la cara un instante, aunque por motivos diferentes de los de Sandrine, y la vemos echarse a reír.

—Y yo pensando… —dice después.

—Tú *no* pensando, más bien —le reprende Tyra—. Ya te dije que no te preocuparas con Cynthia —y me mira con una encantadora sonrisa— porque era yo la que me preocupaba por

ella.

—Ay, por favor, esto es demasiado bonito —dice Marie con voz emocionada cuando volvemos a besarnos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es bonito? —oímos ahora a Gabriel.

—El que faltaba, el lisiado —dice Tyra, volviendo a mirar hacia atrás—. Pensábamos que llegarías cuando ya nos hubiéramos casado, con esa pata chunga que tienes.

—¿Casado? Pero, ¿qué…? —Y parece entender por cómo sonríe—. ¿En serio? ¡No sabéis lo que me alegro!

—No, a ver, ¡que no vamos a casarnos! —puntualizo yo con rapidez.

—A ti lo que te pasa es que tienes miedo de que salga corriendo, porque como tengo experiencia con eso —me dice Tyra, haciéndome reír. Se acerca ahora de nuevo a mis labios—. Contigo jamás haría eso. Correría mil millones de kilómetros para ir hacia ti.

Me ha dejado muda por completo y ella aprovecha para volver a besarme ante los aplausos del resto.

—No sabía que Tyra fuera tan romántica —comenta Marie.

—Josh, el de física, se va a llevar un chasco cuando se entere —escuchamos a Sandrine.

—Pobre Josh, lo que se ha perdido —me dice Tyra casi dentro de mi boca, volviéndome a hacer reír.

Y creo que puedo asegurar sin temor a equivocarme lo más mínimo que esta es la Navidad más feliz de toda mi vida.

Y el día más perfecto de mi puñetera existencia.

Marie

Todo parece más o menos en orden. La tormenta ha pasado por Mist Rachs un año más sin incidentes que lamentar. Los vecinos se han quedado en casa hasta que han visto que era seguro salir. Hoy, el día de Navidad, el sol se ha asomado entre las nubes de estos días para poder hacer la guerra de bolas de nieve que siempre se celebra en el pueblo justo después de la tormenta. Porque todo vuelve a estar en calma y la gente ha decidido que quiere volver a divertirse y disfrutar de la Navidad.

—Las quitanieves han despejado bastante todo —comenta Gabriel, paseando conmigo por el pueblo para comprobar que todo esté bien.

—Y los de emergencias están ayudando mucho a limpiar tejados y entradas —le digo, viendo cómo precisamente hay un equipo ahora mismo subidos a una larga escalera, quitando

toda la nieve que pueden de los tejados para que no se hundan.

Mi nuevo teniente de alcalde a partir de mañana mismo y yo vamos agarrados de la cintura, siendo saludados con efusividad evidente por cada vecino con el que nos cruzamos. Todos parecen alegrarse de que por fin hayamos dado el paso, algo que se ve que era evidente para todos salvo para nosotros, que estuvimos paralizados de miedo durante demasiado tiempo. Pero a partir de ahora, hemos prometido confiar en el otro para contarnos cualquier cosa que sintamos, por mucho miedo que pueda darnos. Es la única forma en la que podremos por fin disfrutar la nueva relación más allá de la amistad que hemos comenzado. La confianza es un complicado arte que se necesita practicar para ser feliz con la otra persona, y eso es en lo que centraremos nuestros esfuerzos, en no dejar que nuestros miedos vuelvan a cegarnos con respecto al otro.

—¿Te puedo confesar algo? —pregunta Gabriel, mirando a nuestro alrededor con despreocupación. Me mira para comprobar que quiero saber en qué está pensando—. Este es el mejor día de Navidad que recuerdo haber pasado.

Sonrío mientras beso los labios del amor de mi vida, ese que siempre ha estado a mi lado y del que no quiero volver a separarme ni un solo segundo.

—Yo, sin embargo, recuerdo un año que te gané en la batalla de bolas de nieve, dejándote medio sepultado.

Se ríe porque, efectivamente, recuerda lo que le estoy diciendo.

—Fue una emboscada —protesta—. Olive, Sandrine y tú hicisteis un complot contra mí bastante injusto.

—¿Acaso quieres la revancha?

Cojo nieve de una valla de piedra por la que estamos pasando y se la lanzo a la cara. Gabriel se quita toda la nieve que ahora resbala por su rostro, mostrándome una sonrisa prometedora. Se agacha rápidamente y coge la nieve suficiente como para hacerme echar a correr por miedo a que me tire toda esa cantidad encima. Él me persigue, intentando atinar con su bola, cosa que hace unos metros más allá, pero yo ya tengo otra preparada que le lanzo en cuanto le tengo a tiro. Él sortea a Tyra y a Cynthia, que están paseando en dirección contraria, vino especiado y pretzel en mano, y vuelve a lanzarme otra bola de nieve, que impacta contra Pete, el cual frunce el ceño aunque le vemos ocultar una leve sonrisa mientras continúa hablando con Jenna y Philip frente a su restaurante y la futura tienda de dulces de ella.

Reímos, corremos de aquí para allá y seguimos lanzándonos bolas de nieve, ahora uniéndonos al resto de nuestros familiares y amigos, reviviendo junto a Sandrine y mi hermana Olive, ya recuperada de su gripe, aquella batalla de nieve en la que Gabriel quedó ampliamente derrotado. Todo el mundo parece estar disfrutando de esta mañana de Navidad, con nieve alrededor y sin miedo al día de mañana. Porque en Mist Rachs podrán suceder miles de cosas,

pero conseguiremos superarlas entre todos, unidos como siempre.

Por mi parte, haré cualquier cosa para que mi pequeño pueblo y todos los habitantes de él estén siempre a salvo. Sé que Gabriel hará lo mismo. No nos importan los peligros, porque los afrontaremos juntos.

Pase lo que pase, confiando el uno en el otro.

Y protegiendo Mist Rachs de lo que quiera que esté por llegar.

Pero esto no ha sido todo…

Anna

—Y en cuanto crucemos…

—Sí, de acuerdo —me dice con voz de agotamiento.

—Nada de improvisar esta vez, ¿de acuerdo? —le advierto.

—Es que uno ya necesita algo de diversión —se queja.

—Esto es muy serio, Mike —le advierto—. Además, no sé cuántas veces más podría soportar ver algo así.

Mike coge mi barbilla y me acerca a él, dándome un delicado beso, primero en la nariz y después en los labios.

—Muy bien, nada de improvisar, cariño.

Le coloco bien el abrigo, quitándole un poco de nieve de encima.

—Siempre guardamos fatal la ropa —comento.

—Es lo que tiene ir de acá para allá constantemente, imagino.

Miro a los ojos a la persona que lleva haciéndome feliz casi la totalidad de mi vida y acaricio su rostro. Es un buen chico, y me quiere, y yo le quiero a él. Mike me lo demuestra constantemente, embarcándose en esta locura desde hace ya demasiado tiempo.

Pero, ¿yo se lo demuestro a él?

—Te quiero —le digo—. Lo sabes, ¿no?

Suspira para hacerme rabiar.

—Sé que me quieres, sí —contesta—. Y también sé que le quieres a él. No hace falta que me expliques nada más.

—Esto es muy importante para mí, Mike. Y te prometo que en cuanto consiga resolverlo, pasaremos unas navidades tranquilas por fin.

—Pues sería todo un detalle, porque extraño sentarme frente al fuego y comerme unas sencillas naranjas, que tanto manjar extraño me está triturando el estómago.

Le doy levemente con mi mano en su hombro, riéndome con él.

—No disimules, porque el chocolate con malvaviscos es ahora de tus bebidas favoritas.

Se encoge de hombros, pero no quiere darme la razón.

—Entonces qué, ¿entramos de nuevo? —pregunta, señalándome con la cabeza Mist Rachs.

Cojo la mano que me está ofreciendo y entrelazo mis dedos con los suyos, comenzando a

caminar por el puente.

—Primero vamos al Timeless, descansamos y salimos a comprobar si hemos cambiado algo —voy repitiéndome a mí misma en voz alta mientras pasamos por toda Candle Avenue hasta llegar a Snow Avenue.

Y precisamente en el mismo momento en el que giramos la esquina para dirigirnos al hotel, nos chocamos con alguien que caminaba de forma acelerada en dirección contraria a la nuestra.

¿Cómo…? No era ahora. No teníamos que encontrarnos con él todavía. ¿Por qué está aquí, en mitad de la calle, mirándonos con el ceño fruncido?

Miro a Mike, y creo que él está pensando lo mismo que yo. ¿Hemos cambiado algo por fin?

—¿Turistas? —nos pregunta, sabiendo de antemano la respuesta.

—Sí, turistas, señor sheriff —respondo, conteniéndome todo lo que puedo.

Nos echa un vistazo de arriba abajo a ambos y no parece nada contento con lo que ve.

—¿Con una pequeña mochila nada más? —vuelve a preguntar.

—El… El autobús nos dejó hace unos minutos a la entrada del pueblo —le explico, esperando que la improvisada respuesta le valga.

Se toma su tiempo para responder.

Está tan triste y cansado…

—¿Al Timeless entonces?

—Sí, allí íbamos, al hotel a descansar un rato —contesta ahora Mike con ganas de huir de aquí cuanto antes.

No se fía demasiado de lo que pueda hacer yo en una situación así.

Y hace bien.

—Es extraño estar de viaje precisamente el día de Navidad —nos dice—, más aún, cuando acaba de haber una tormenta tan grave.

Creo que no acaba de catalogarnos y eso le incomoda.

—El turismo navideño por la zona está bastante de moda últimamente y quisimos probar nosotros también —le explico—. Hemos estado preparándonos todo el año para esto y nos alegra haber llegado a un pueblecito tan encantador precisamente la mañana de Navidad.

Su media sonrisa también es triste, y eso me entristece a mí. Se hace a un lado para dejarnos pasar por fin.

—Espero que tengáis una tranquila y feliz estancia en Mist Rachs —nos dice, reanudando su camino y dejándonos atrás.

—Vámonos ya mismo al hotel —me ruega Mike, tirando de mí para que nos alejemos de él.

Seguimos caminando, tratando de no detenernos más, mientras pienso en esas últimas palabras que nos ha dicho.

¿Tranquila y feliz estancia?

Eso dependerá de si lo conseguimos esta vez, papá.

[1] Todos los extras estarán incluidos en la edición en tapa dura. En otras ediciones puede que no se incluyan algunos de ellos por limitaciones propias de la misma o circunstancias ajenas a la voluntad de la escritora.